

EUROPA EN ÁFRICA

Precios de suscripción

	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
España y Marruecos.....	15 pesetas.	8 pesetas.	5 pesetas.
Ginebra española.....	17 —	9 —	6 —
Extranjero.....	17 francos.	10 francos.	7 francos.

Número suelto: DOS PESETAS

BATALLA DE WAD-RÁS

(23 DE MARZO DE 1860)

(Conclusión.)

No había entrado en los cálculos del general O'Donnell que el encuentro de la vanguardia con el enemigo ocurriese tan pronto, á los cinco ó seis kilómetros de marcha, ni que la batalla se empuñase antes de llegar sus tropas al desfiladero del Fondak, que era donde esperaba que los marroquíes le opusiesen tenaz resistencia. Había fundado motivo para creerlo así, pues, dentro de los más rudimentarios principios del arte militar, no les convenía á los moros pelear en un campo de batalla mucho menos ventajoso que el desfiladero, expuestos á una derrota que les incapacitase para defender en éste posiciones que eran casi inexpugnables. La táctica que á los marroquíes les convenía era molestar á los españoles y entorpecer su marcha en continuas y poco insistentes escaramuzas, sin empuñar combates serios, para que llegaran nuestros soldados rendidos y extenuados por la fatiga y con sus energías agotadas, mientras ellos las conservaban casi intactas. Bien es verdad que tan pronto acudieron los moros á cerrar el paso á los españoles y presentaron á éstos la batalla antes de que llegasen á Buceja, no fué por orden de su califa Muley-el-Abbas, y sí por espontáneo impulso de los kabileños que vivían en los aduares de aquellos valles y sierras y de las comarcas inmediatas, que, irritados al advertir que los conquistadores de Tetuán se dirigían á Tánger para conquistarlo también, y animados por los numerosos refuerzos de kabileños del interior de Marruecos que habían recibido, y dado la confianza de la victoria, se apresuraron á oponerse á los propósitos de los españoles. En la versión de la batalla de Wad-Rás, según los historiadores marroquíes de la guerra hispano-marroquí, que inserta el comandante francés Mordacq en su nota-

ble obra *La guerre au Maroc*, se llega á asegurar que Muley-el-Abbas estaba con sus tropas lejos del campo de batalla, y que, al saber que los españoles se habían alejado de Tetuán y luchaban con los musulmanes en la cuenca del Buceja, renunció á su primer plan (?) y examinó la situación á fin de hacer otro.

Cabe la hipótesis, que por mi cuenta me atrevo á aventurar, de que, sin el retraso de cuatro horas en la marcha á que obligó á nuestro ejército la niebla del amanecer de aquel día, los moros no hubieran advertido tan pronto como se inició el movimiento de avance de aquél, y cuando hubiesen acudido á oponerse á él, ya nuestras tropas hubieran tenido tiempo de pasar el Buceja y recorrer la llanura de la margen derecha de este río; y lo más cerca de Tetuán que se hubiera empeñado el combate hubiese sido en las faldas del monte de Benider y de las alturas del Wad-Rás y entrada del valle de este río.

Fuese en ejecución de plan preconcebido; ó, lo que es más de creer, instintivamente, dado que su habitual orden de combate era siempre en forma de media luna, la acción ofensiva opuesta por los marroquíes á la marcha ofensiva de nuestro ejército fué un ataque de frente, combinado con doble movimiento envolvente sobre nuestras alas, ejecutado desde luego contra la izquierda, por estar las fuerzas moras que habían de efectuarlo próximas al río Jelú, por cuya margen izquierda caminaba nuestra columna principal, y bastante después por tener que venir del valle y de las alturas de Wad-Rás la hueste encargada de efectuarlo, y con más vigor y empeño por esperar que les había de dar la victoria, contra el ala derecha.

Los amagos de los marroquíes al flanco derecho de la columna principal, y el golpe de mano con que intentaron apoderarse del convoy, han dado motivo para que algunos historiadores de esta campaña censuren que el general en jefe no cubriera la derecha del ejército en marcha con una columna de flanco, del mismo modo que la izquierda.

Poco puede decirse como ampliación de las breves consideraciones que respecto á este punto se han hecho en la narración de la batalla. Una columna más de flanco hubiese mermado considerablemente las tropas que tenían que atacar de frente al enemigo para arrojarle de posiciones importantes, como eran los cerros inmediatos al cauce del Buceja, y de otras casi inexpugnables más allá del llano, como el bosque de Amsal, monte de Benider y alturas del valle de Wad-Rás. Y si se tiene en cuenta que del ejército se habían descontado ya las que formaban la columna del general Ríos, y en el momento del ataque tampoco se podría contar con las de la división del general Mac-Kenna, encargadas de custodiar y defender el convoy y de asegurar las comunicaciones del ejército con Tetuán, ni tampoco con las que forzosamente se habrían de escalonar en el sentido de la profundidad para enlazar esas de retaguardia con las que efectuaran el ataque al frente, quedarían éstas tan reducidas en número, que podían muy bien no resultar suficientes para asegurar el éxito de la operación. Por la izquierda no era indispensable la columna de flanco como por la derecha, en razón á que por los montes de Sadina y Sansie la hueste marroquí que viniese á atacar nuestro flanco no se-

ría vista, ni podría, por tanto, ser combatida, casi hasta el momento mismo de caer sobre nuestras tropas; y por la izquierda nuestro flanco tenía un resguardo en el río Jeltú, y cuando el enemigo viniese á atacarnos, por ser el terreno más despejado que á la derecha, sería visto con tiempo suficiente para adoptar disposiciones de combate y aprestar fuerzas bastantes para rechazarle escarmentado; que fué lo que sucedió.

Tampoco puede exponerse como argumento en favor de la conveniencia de una columna de flanco por la derecha, la detención que en la marcha del ejército hubo de ocasionar el tener que empeñar tropas del primero y del segundo cuerpos de ejército un combate para rechazar á los moros que amagaron nuestro flanco derecho, y las del tercer cuerpo para librar el convoy de un golpe de mano; porque, aunque no hubiesen tenido que detenerse para combatir, corto trayecto hubieran recorrido, por tener que atemperar la velocidad de su marcha á la de la columna del general Ríos, que, de quedar muy distanciada y no ir á la altura de la principal, próximamente, haría ineficaz el flanco que iba efectuando.

Con el despliegue de las fuerzas del primer cuerpo de ejército para oponerse al movimiento envolvente del enemigo por la izquierda y tomar al frente posiciones, y el apoyo inmediato que al primero le prestó el segundo cuerpo de ejército, dirigiéndose una de sus brigadas á la izquierda para batirse con los moros en la margen derecha del Buceja, y avanzando las otras por la derecha de aquél hasta llegar á su altura, quedaron en primera línea, formando el ala izquierda, la brigada que se destacó del segundo cuerpo de ejército y el primer cuerpo; en el centro, con frente paralelo al curso del Buceja, en sentido contrario á su corriente, á partir de su puente, todas las otras tropas del segundo cuerpo; y constituyendo el ala derecha, algo retrasada del centro y sin contacto con él, la columna del general Ríos, en los montes de Samsa, adonde llegó. Por el avance del segundo cuerpo de ejército y la detención del tercero para librar al convoy del golpe de mano intentado por los marroquíes, resultó muy agrandada la distancia entre ambos; y para restablecer el enlace, el tercero se adelantó al convoy, que quedó confiado, para su defensa, á la retaguardia, mandada por el general Mac-Kenna, con lo que el tercer cuerpo resultó en segunda línea, y la primera división del de reserva en tercera. Los continuos amagos de los moros contra el flanco izquierdo del ejército habían perturbado el orden de marcha de la columna principal, obligando á los españoles á despliegue de fuerzas al frente y por el flanco, y habían entorpecido la marcha, obligándoles á disminuir su velocidad.

Constituyen el tercer período de la batalla los reñidísimos combates que, incompleta, sostuvo la segunda división del segundo cuerpo de ejército con el enemigo para desalojarlo de cuantas posiciones ocupó en la margen derecha del Buceja, siendo eficazmente ayudada al principio por la división de caballería, la mayor parte de la artillería de montaña y la batería de cohetes, y luego por los tres batallones del tercer cuerpo que, en momentos para las tropas del general Prim muy críticos, fueron á auxiliarla y reforzarla. Los combates de la columna de flanco en los montes de Sadina se hallan también compren-

didos en este período, durante el cual las tropas del tercer cuerpo, en casi su totalidad, acudieron en apoyo de las del general Prim, y, siguiendo el movimiento de avance de éstas, el resto del ejército fué adelantando sus posiciones. Desde el ataque que dieron las tropas del general Prim para forzar el paso del Buceja por su puente, que fué el primero de esa serie de combates del tercer período, en todos cuantos sostuvieron aquéllas hasta llegar á los bosques de Amsal y faldas del monte de Benider, tanto la caballería como la artillería, y muy especialmente la batería de cohetes, contribuyeron muy poderosamente á que el enemigo fuera arrollado; pero ya en las laderas del monte de Benider, el esfuerzo de la infantería fué el que casi exclusivamente contruvo y dominó las reacciones ofensivas de los marroquíes, porque las escabrosidades del monte hicieron que el auxilio que á la reina de las batallas prestaron las otras dos armas de combate fuerza ineficaz. En la famosa y valerosa carga de los coraceros se puso de manifiesto esa ineficacia de la cooperación de la caballería; y en los ataques á los aduarez de Amsal y Benider tuvo la infantería que extremar sus energías y sufrió muchas bajas por no haber sido posible preparar aquéllos con el fuego de la artillería. Esta, antes de que la lucha se llevase á riscos poco menos que inaccesibles, había causado mucho daño al enemigo, y sobre todo la batería de cohetes. Cuando hizo los primeros disparos, dice el coronel Goeben que la impresión entre los moros fué espantosa: huían en todas direcciones; y añade, en son de censura, que como los españoles, en vez de aprovechar el pánico, continuaron normalmente el fuego, pronto se rehicieron los moros. Muy extraño es que incurrieran nuestros soldados en tan censurable pasividad, y que, habiendo usado y aun abusado en esta batalla, como en toda la campaña, de los ataques á la bayoneta, que el mismo Goeben califica con el adjetivo de irresistibles, desperdiciaran ocasión tan oportuna cual la que les brindó ese pánico del enemigo para dar uno de esos irresistibles ataques. Tanto más, cuanto que Goeben, á renglón seguido, afirma que la infantería, con sus ataques á la bayoneta, fué la que decidió la batalla, obligando á retirarse al enemigo.

Mientras las valerosas tropas de la segunda división del segundo cuerpo de ejército, con el valeroso general Prim á su cabeza, avanzaban con ímpetu arrollador por la margen derecha del Buceja, las del primer cuerpo y todas las otras del segundo se reconcentraban en los cerros de Sansie, y las del tercer cuerpo aceleraban su marcha para apoyar y reforzar á las del general Prim, y restablecer el contacto perdido con ellas, acortando la distancia que mediaba entre unas y otras, y que el vertiginoso avance del general Prim había agrandado.

Estas, al internarse en los bosques de Amsal y faldas del monte de Benider, penetrando como aguda cuña en las más importantes posiciones enemigas, de centro de la primera línea que fueron en el segundo período de la batalla, pasaron á ser ala izquierda y primera línea muy avanzadas. Ellas, las del primer cuerpo de ejército y restantes del segundo, y la columna de flanco, con relación al frente, quedaron escalonadas. Las primeras eran, además de ala izquierda, escalón de vanguardia; las segundas, reconcentradas en

los cerros de Sansie, centro y segundo escalón; y las del general Ríos, que acababan de vencer al enemigo en los montes de Sadina, ala derecha y escalón de retaguardia.

Fueron alterando este ordenamiento el sucesivo pase del tercer cuerpo de ejército, en casi su totalidad, á la margen derecha del Buceja, y su despliegue en ella; el algo posterior, á la misma, de la brigada improvisada á las órdenes del general D. Enrique O'Donnell con los regimientos de Borbón y Castilla, y el descenso de la columna de flanco desde los montes de Sadina al llano. Al finalizar el tercer período formaban la primera línea: la segunda división del segundo cuerpo, que, reforzada por los batallones de Ciudad Rodrigo, Baza y Albuera, seguía luchando con el enemigo entre los adueros de Amsal y Benider, y todavía algo adelantada á todas las otras tropas; casi todas las del tercer cuerpo, y los regimientos de Borbón y Castilla. A la izquierda del Buceja quedaban en segunda línea cuatro batallones del tercer cuerpo, y primer cuerpo y las tropas del de reserva que habían hecho el flanco. Continuaba en última línea, custodiando siempre el convoy y cubriendo las comunicaciones con Tetuán, la primera división del cuerpo de reserva.

El tan rápido como audaz y arriesgado movimiento de avance de las tropas del general Prim abrevió la duración, que ya iba siendo larguísima, de la batalla, porque al llevar el combate desde las márgenes del Buceja, donde, de no efectuarse tal avance, se hubiera aún prolongado por algún tiempo, á las faldas del monte de Benider, en las que se hallaba el punto decisivo, anticipó mucho la acción resolutive que había de dar el triunfo, y se le dió, á las armas españolas. Pero si ese movimiento podía producir, y produjo, tan beneficioso resultado, puso en grave peligro de derrota á las tropas que le efectuaron, porque á consecuencia de él perdieron por el pronto todo contacto con las demás del ejército, y al introducirse entre las huestes del enemigo para poderle herir, por decirlo así, en el corazón, se vieron á punto de ser envueltas por éstas. Su propio valor, perfecta disciplina y gran confianza en su intrépido caudillo, el arrojo de los tres batallones que acudieron inmediatamente á auxiliarlos y reforzarlos y que hicieron fracasar el movimiento envolvente intentado por la caballería marroquí, y el apoyo eficaz que luego les prestaron fuerzas numerosas del tercer cuerpo, desvanecieron el peligro y afirmaron el triunfo.

Ya no grandísimo valor, heroísmo fué el de los soldados del general Prim en tan supremas y críticas circunstancias. También lo fué el de los batallones de Ciudad Rodrigo, Baza y Albuera, y muy principalmente el de los dos primeros. Cuando la realización de inspiraciones geniales, como en este caso, ó incidentes inesperados que no pudieron entrar en los cálculos de la más exquisita previsión, producen repentinamente crisis peligrosas, para cuya feliz solución se requiere que las tropas combatientes extremen su valor hasta el heroísmo, no hay razón para exigir por ello responsabilidades al mando.

Pero la hay cuando en una campaña, en una batalla, en un combate cualquiera se observa frecuencia de actos heroicos, porque esto prueba que en la preparación de la campaña no se acumularon los elementos de combate suficientes para no fiar el triunfo á esfuerzos supremos, ó que al plantear ó des-

arrollar el problema táctico ha habido deficiencia en la dirección de las maniobras ó en su ejecución. Un general digno de serlo debe disponer y mover sus tropas, tanto en el teatro de la guerra para operaciones estratégicas, como en el campo de batalla para las maniobras tácticas, de un modo tal, que resulten las más fuertes en los puntos decisivos; y ha de procurar que no les sea preciso á sus soldados hacer esfuerzos extraordinarios para rechazar al enemigo ó arrollarlo, según estén á la defensiva ó á la ofensiva. El heroísmo es la exaltación del valor más allá de lo que puede exigirse á un soldado, aunque sea animoso, á un varón, aunque sea esforzado. El héroe es el superhombre de los valientes. Es, por tanto, muy peligroso, es hasta temerario poner ó dejar con frecuencia al soldado en el caso de que para vencer, para no ser vencido, sea héroe; porque muy bien podrá suceder que falle su esfuerzo, y que no resulte más que hombre, que, sin poder ser tildado de cobarde, ceje en la contienda. Cuando se evitan derrotas ó se obtienen algunos éxitos favorables por el valor del soldado, es que se han suplido con el heroísmo de éste las deficiencias del mando, la inhabilidad ó impericia del caudillo. Un buen caudillo hace muy difícil el heroísmo en las tropas que manda, porque con sus acertadas disposiciones hace que luchen con ventaja, sin necesidad de esfuerzos extraordinarios. Solamente en casos como éste de la batalla de Wad-Rás puede dispensarse al general que sus soldados se vean en la necesidad de ser héroes, y aun haya que aplaudirle por haber conseguido con su ejemplo que lo sean.

No puede pasar inadvertido para el observador que no se deje deslumbrar por la brillantez del hecho de armas que examina, el detalle de que batallones de tan reducida fuerza como los de Ciudad Rodrigo, Baza y Albuera (no llegaría el efectivo de ninguno de los tres á cuatrocientos hombres) fuesen conducidos y mandados por tres oficiales generales, yendo al frente del de Ciudad Rodrigo el brigadier Prim, del de Baza el general Cervino, y del de Albuera el brigadier Alaminos. Ha sido muy frecuente en todas las guerras sostenidas en nuestros tiempos por tropas españolas, el que en determinados momentos de un combate resulten los generales al frente de fuerzas muy inferiores á las que les corresponde mandar por su categoría. Esto no puede explicarse más que por haber generales de sobra en el ejército combatiente, ó porque esos generales hayan abandonado el mando de la totalidad de sus tropas para dirigir en el combate á una parte muy pequeña de ellas. En tales condiciones, ó van allí de respeto (permítase lo vulgar de la frase), ó cohiben á los jefes de los regimientos ó batallones en el legítimo ejercicio de su mando. Solamente en casos muy extraordinarios y circunstancias anormales puede estar justificada tal conducta. En el caso de referencia solamente la presencia del general Cervino se hallaba plenamente justificada, porque iba con tres batallones de los cuatro que formaban la brigada de su mando. También es para llamar la atención que cuando casi toda la segunda división del segundo cuerpo de ejército se estaba batiendo en el ala izquierda, su general, que era don Enrique O'Donnell, resultara batiéndose también, y en sitio arriesgado, pero en la extrema derecha y mandando una brigada improvisada por dos regimientos, ninguno de los cuales pertenecía á su división.

Al iniciarse la concentración final de fuerzas para dar el ataque general y definitivo á las posiciones ocupadas y defendidas por los moros en el monte de Benider y alturas y valle de Wad-Rás, como el primer cuerpo de ejército pasó el Buceja por su puente para apoyar el avance de las tropas del tercero, quedaron en la margen izquierda y á lo largo del río cuatro batallones del tercer cuerpo y la división del cuerpo de reserva, que había bajado al llano desde los montes de Sadina después de mediodía, y antes de la una de la tarde habían pasado el Buceja por su puente las tropas del general Prim, y eran ya más de las tres de la tarde cuando le pasaban las del general Echagüe.

La concentración de tropas de los cuerpos de ejército segundo y tercero, apoyadas por el primero, y el ataque combinado de todas ellas á las últimas posiciones enemigas y la completa retirada de los moros, puede considerarse que constituyen el cuarto y último período de la batalla.

La divergencia en sus maniobras y dislocación de sus fuerzas á que se vió obligado el ejército español por la simultaneidad y continuidad de amagos de movimientos envolventes sobre su flanco izquierdo por varios puntos á la vez de los ríos Jelú y Buceja, por la insistente acometividad al principio y tenaz resistencia después en todo el frente, y por la fracasada intentona de envolverle por el flanco derecho y caer sobre su retaguardia, que efectuaron los marroquíes, gracias á las hábiles disposiciones tácticas del general en jefe y al vencimiento, ya simultáneo, ya sucesivo, del enemigo en todos los distintos parajes del campo de batalla, en que hubo reñidos combates ó ligeras escaramuzas, se trocaron en convergencia y concentración.

Del mismo modo, la falta de contacto y enlace, inevitable entre la columna de flanco y la principal, y accidental y circunstancial entre los distintos elementos de ésta, había desaparecido, convirtiéndose en íntima cohesión entre todas las fuerzas del ejército. Desde el momento en que á los moros á quienes no se había puesto en fuga se les había obligado á reconcentrarse en el monte de Benider y alturas y valle de Wad-Rás, no obstante la dificultad que había para conseguirlo por su sistema de batirse á la desbandada y en un frente muy extenso, la victoria estaba asegurada, y no tardó en obtenerse más que el tiempo preciso para que las tropas de los cuerpos de ejército segundo y tercero efectuasen el ataque combinado y central ordenado por el general en jefe en sus instrucciones á los comandantes de cuerpo de ejército y división en cuanto vió concentrado el ejército en las márgenes del Buceja.

En este ataque general el ya entonces duque de Tetuán tomó parte activa con su cuartel general y su escolta y al frente de un batallón, como también la había tomado, á la cabeza de algunas fuerzas, en la batalla de los Castillejos. Y esto, hecho por un caudillo en que eran característicos el más completo dominio de sí mismo y la más imperturbable serenidad, es manifestación muy expresiva de la costumbre que hubo y hay en los generales y jefes del Ejército español de hacer alarde temerario de valor, poniéndose siempre á la cabeza de sus tropas ó yendo á batirse hasta en las guerrillas, y siempre en los puntos más avanzados y donde mayor es el riesgo. Y esta costumbre está tan arraigada en nosotros, que el general ó jefe que no se arriesgue de

modo tan temerario, como en campañas anteriores no haya conquistado sólida reputación de bravo, seguro puede estar de que todos sus subordinados le tildarán de ser prudente con exceso, cuando no de cobarde.

Y que el general O'Donnell sabía que no hacía bien en arriesgarse así, lo prueba que trató de sincerarse de haberse arriesgado, sin necesidad absoluta de hacerlo, en la batalla de Wad-Rás con el coronel alemán Goeben, á quien, según refiere éste en su obra sobre esta guerra, dijo después del combate: «El soldado español quiere, cuanto más bravo es, que sus jefes le den el ejemplo; entonces se puede exigir de él cuanto se quiere.»

No obstante el respeto y admiración que se merece tan insigne caudillo, no puede aplaudirsele que se expusiera más de lo que un comandante en jefe tiene el derecho de hacerlo.

Victoria conseguida á costa de tan extraordinarios esfuerzos y de tan continuo y rudo pelear, evidenció con hechos lo que ya estaba en la conciencia de todos: lo peligrosa que era la expedición de las tropas españolas á Tánger. Si á pocos kilómetros de Tetuán habían tenido que vencer tan obstinada resistencia y que sostener tan ruda y sangrienta batalla; si las comunicaciones del ejército con aquella ciudad se habían visto seriamente amenazadas desde que las tropas emprendieron la marcha, haciendo preciso, para conservar los escalones, gran parte de la columna principal en el sentido de la profundidad, ¿qué sucedería cuando, salvado el desfiladero del Fondak, ó forzado su paso, las tropas marchasen desde éste á Tánger? El número de combatientes no llegaba en las tropas expedicionarias á veinticinco mil, muy exiguo para que pudieran dejarse en el camino fuertes destacamentos que asegurasen las comunicaciones con Tetuán. En tales condiciones, un combate desgraciado hubiera llegado á tomar las proporciones de desastre tan espantoso como el sufrido por los portugueses en la batalla de Alcazar-Kibir ó Lucos.

Y para que la afirmación de que no ya en la no terminada expedición á Tánger se hubiera corrido ese peligro, sino que se corrió durante toda la campaña, no parezca aventurada ni pueda creerse que al hacerla se incurre en exageración, ahí va testimonio tan valioso, tan de mayor excepción como el de varón tan esforzado y caudillo tan animoso como el general Prim, que, en carta escrita el 1.º de abril de 1860 en el campamento de Tetuán (1), decía: «Aquí ha sido preciso vencer siempre, pues una sola derrota hubiera acabado con nosotros hasta el último, como le sucedió al Rey D. Sebastián de Portugal, y á tantos guerreros que osaron pisar estas tierras. Convencidos, pues, de lo que nos esperaba en la derrota, cada uno ha procurado cumplir con su deber, y yo, como los demás, he peleado con alma, vida y corazón.»

Y ya que transcribimos estas sinceras frases de la carta del general Prim, es oportuno copiar también las en que, en la misma carta, hace referencia á la batalla de Wad-Rás: «La batalla del 28 en Guad-drás¹ fué de las más reñidas. Los moros pelearon con rabiosa desesperación; pero tuvieron que ceder al ímpetu ordenado de nuestras masas. A mí me tocó romperles la línea y to-

(1) *Nuestro Tiempo*, revista mensual, año IX, núm. 181. *Epistolario histórico*, pág. 212.

marles las posiciones llave de la cordillera del Fondak, y ambas cosas hice á satisfacción mía y del ejército. Este tuvo, en su totalidad, 124 jefes y 1.020 hombres fuera de combate, y solamente en los ocho batallones de mi cuerpo que entraron en fuego, batallones de cuatrocientos hombres unos con otros, tuve 57 oficiales y 554 hombres de baja. Los catalanes se batieron como tigres: cargados por la caballería mora, en vez de formar la masa, pues el cuadro no lo conocen ni de vista, se lanzaron contra la multitud de caballos, y, muriendo y matando, hicieron retroceder á los moros, espantados de pelear con gente tan bravía. De 257 que entraron en combate perdieron siete oficiales y 111 hombres, muertos y heridos.

»Brava gente la de mi tierra.»

Desde que las tropas del primer cuerpo de ejército pisaron tierra africana, se había percatado el general O'Donnell del peligro que corría el ejército expedicionario de Africa de sufrir un tremendo desastre en cuanto una vez siquiera combatiere sin vencer al enemigo, y por eso extremó las precauciones de prudencia y adoptó cuantas medidas de previsión y vigilancia le sugirieron sus eminentes cualidades de experto é inteligente caudillo, para asegurar siempre el triunfo de las armas españolas. En las comunicaciones de carácter reservado que dirigió desde Marruecos al ministro interino de la Guerra, que tuve la suerte de encontrar en el Archivo del Ministerio, y á las que di publicidad en las lecciones de Historia militar explicadas por mí en el Ateneo de Madrid el año 1898, se echa de ver cuánto le preocupaban las grandes dificultades que para el desarrollo de sus planes de campaña, y para la consecución de un feliz éxito en ella, se le presentaban. Su absoluta tranquilidad y la típica sonrisa que entreabría constantemente sus labios, ocultaban sus preocupaciones, que no alteraron ni por un momento su imperturbable serenidad, y tampoco amenguaron sus facultades intelectuales; antes por el contrario, el peligro las estimulaba y acrecentaba, llegando á una clarividencia en los momentos más críticos solamente comparable con la tranquilidad con que oía silbar las balas enemigas en torno suyo. Si no hubiera previsto cuán peligrosa y difícil iba á ser la expedición á Tánger, la jornada del 23 de marzo se lo hubiera hecho conocer. Empezó la marcha aquel día para dar la batalla y batir al enemigo en el desfiladero del Fondak, y no había pasado de su entrada al anochecer, después de una costosa victoria. Los extraordinarios esfuerzos que para conseguirla habían tenido que hacer, y lo dudosa que estuvo en algunos momentos, hicieron apreciar á oficiales y soldados la magnitud de los peligros y dificultades de la empresa, de que la batalla de Wad-Rás no era más que el principio.

No obstante de estar en la conciencia de todos tal persuasión, y de la creencia en que igualmente estaban todos de que, vengado ya el ultraje inferido por los moros á España, después de la toma de Tetuán no tenía razón de ser la continuación de la guerra, poseídos del más excelente espíritu, se apresuraban el día 25 para atacar al enemigo en las alturas del Fondak, con la seguridad de la victoria, por la confianza que tenían en sí mismos, y, sobre todo, por la que tenían en la pericia é inteligencia de su valeroso caudillo, cuando

un emisario de Muley-el-Abbas se presentó al general O'Donnell, en demanda de que se reanudasen las interrumpidas conferencias para tratar de las condiciones de paz. Se efectuó inmediatamente la entrevista entre el califa marroquí y el general en jefe español, y aquel mismo día se firmaban las bases de un Tratado de paz entre España y Marruecos.

Este apresuramiento de los moros en pedir la paz prueba que el escarmiento sufrido por éstos en la batalla de Wad-Rás había sido mayor de lo que los mismos vencedores suponían.

Si en la actualidad todas las naciones civilizadas pueden tener representantes suyos hasta en la misma capital del Imperio de Marruecos, si el territorio marroquí quedó abierto para su comercio, á una de las cláusulas del Tratado definitivo de paz entre España y Marruecos se debe.

Con legítimo orgullo podemos decir los españoles que las bayonetas de nuestros soldados abrieron las puertas del Mogreb á la civilización moderna y al comercio universal.

Francisco Martín Arrás.

General de brigada.



LOS ESTUDIOS ÁRABES EN ESPAÑA

ABU-EL-ATAHIYA Y SU DIVÁN

(Conclusión.)

Rachid hizo que uno de sus cortesanos fuese á la cárcel á pedir á Abu-el-Atahiya una de sus composiciones, ajustada á todas las leyes de la prosodia, para que la aprendiesen los bateleros del Califa. Abu-el-Atahiya, al ver que se le pedía una nueva composición, y que, sin embargo, ni siquiera se trataba de ponerlo en libertad, se irritó, como si nunca hubiera pensado en aquellos dos versos sobre la paciencia que pocos días antes había tomado solemnemente como canon de su vida.

Tenía Rachid un temperamento irritable y sensible hasta lo imposible; lloraba como un histérico cuando alguien se atrevía á perorarle sobre los novísimos, y era un loco furioso cuando se enojaba. Abu-el-Atahiya, que le conocía, dijo:

—Yo te haré la composición que me pides; pero te aseguro que tu paseo ha de ser triste como la conducción de un cadáver.

Hizo, pues, una composición inspirada en los terrores de la mala concien-

cia, y la dió á dos remeros para que la aprendiesen y la cantasen cuando se embarcase Rachid. Era así:

«Tu mirada te seduce, ¡oh corazón rebelde! A medida que te llamo al bien ó al mal, te alejas ó te acercas. Acaso al que sólo busca la maldad, se le dará un premio eterno. ¿Qué bondad puede haber en corazones que no son sino una úlcera? Gracias á Dios que los pecados no hieden, porque lo que se oculta bajo muchos vestidos todo es maldad. ¡A cuántos nobles he visto con los costados desgarrados! Los llamó al viaje eterno el grito de la muerte inevitable. La muerte de unos en el mundo es la entrada de otros, y llega el hombre á ser un día un cuerpo sin alma. Ante los ojos de la vida brilla la bandera de la muerte. Todos vivimos descuidados, y la muerte avanza día y noche. Para los hijos del mundo tiene el mundo el *laban* de la noche y el de la mañana. Todo el que cornea en el mundo, será acorneado. Grita á tu alma, ¡oh infeliz!, si sabes gritar, que no has de quedar aquí, aunque vivas los años de Noé.»

Al oír Rachid aquel *Dies irae* tan inesperado rompió á sollozar y llorar de la manera más extraña, y el visir Fadl-el-Barmecida mandó á los bateleros callarse y atracar. Abu-el-Atahiya se había vengado desde su prisión. Más de una vez el taimado poeta derramaba el absintio en la copa de Rachid sin que éste viera más que la austera rigidez del poeta moralista.

Sentábase Rachid á una espléndida orgía, después de haber tenido una de aquellas recepciones que hicieron famoso el fausto de la Corte de Bagdad. En medio del banquete presentóse Abu-el-Atahiya, y Rachid, con la más regocijada intención, le dijo:

—Describenos estos placeres de que ahora gozamos.

Abu-el-Atahiya acordóse quizá de sus prisiones, y, vindicativo como un camello, le dijo:

—Vive en paz cuanto quieras á la sombra de tus alcázares soberbios.

—¡Bravo!—dijo el Califa—. ¿Qué más?

—Se trabaja por hacer tus caprichos noche y día.

—Bien; ¿qué más?

—Pero cuando tu alma se agite bajo las convulsiones de tu pecho agonizante, entonces verás con certeza cuán engañado vives.

Herido por aquella puñalada trapera hipócrita del asceta, Rachid soltó la copa y desatóse en acerbo llanto.

Un cortesano dijo al poeta:

—Te ha hecho llamar el Califa para que lo alegres, y tú, ¿ves lo que haces?

Pero Rachid le interrumpió:

—Déjalo, porque ha visto nuestra ceguera y se ha compadecido de nosotros.

Influencia de las poesías de Abu-el-Atahiya.—Su valor estético

Increíble parece que los sanguinarios abasidas le tolerasen tan groseras audacias; pero aún es más increíble el aprecio que del poeta hacían y la fatídica impresión que les causaban aquellas vulgaridades de enterrador, repeti-

das en todos los tonos y metros del parnaso árabe. Al final traducimos varias poesías de nuestro autor, y sólo su lectura bastará para demostrar que no somos apasionados en nuestra crítica. Sin embargo, nada más cierto que la subyugadora influencia—por lo menos del momento—que en el ánimo de los Califas ejercían estos versos. Cuentan el Mauardi y el Mashudi que el Asmai entró un día á ver á Harun á la sazón en que éste leía un libro y las lágrimas rodaban sosegadas por sus mejillas. El literato se detuvo respetuoso hasta que el Califa se calmó; éste, volviendo entonces la cabeza, le dijo:

—Siéntate, ¡oh Asmai!; ¿sabes por qué lloro?

—Lo supongo, Príncipe de los Creyentes.

—¡Vive Dios, que si hubiera sido por una cosa de este mundo, no hubieras visto mis lágrimas!

Entonces le alargó un códice, primorosamente iluminado, que contenía los versos de Abu-el-Atahiya.

—¿Acaso has reflexionado sobre los sepulcros?

Quítense los nombres, y veremos que la escena en nada desdeciría de San Jerónimo cuando en la gruta de Belén oía la trompeta del Juicio, ó de San Antonio cuando visitaba en el desierto á Pablo el ermitaño.

Yo no creo que sea verdad, sino pura invención de los raudis árabes, gente nada escrupulosa en inventar las anécdotas que les convienen; mas varios centonistas cuentan que un embajador del Rey de los griegos presentóse en la Corte de Rachid y preguntó por Abu-el-Atahiya. Recitáronle algunos versos suyos, porque entendía bien el árabe, y él fué luego para Constantinopla y contó á su Rey lo que le había pasado. Sin más, el griego escribió á Rachid con el mismo embajador, pidiéndole que le enviase á Abu-el-Atahiya y que le pidiese por él cuantos rehenes quisiese, é insistió mucho en su demanda.

Rachid habló con Abu-el-Atahiya; pero éste le rogó que le dispensase de tan molesto viaje, y se quedó en Bagdad. Entonces el Califa supo que el Rey de los griegos había mandado escribir dos versos de Abu-el-Atahiya sobre la puerta de su salón del trono y sobre la puerta de la ciudad. Los versos eran:

«No se suceden el día y la noche, ni se deslizan las estrellas en el cielo, sino para quitar el poder á los reyes y hacer que sus reinos pasen á otros.»

¿Qué juicio mereció Abu-el-Atahiya á los literatos árabes? Todos convienen en que era un excelente improvisador, un repentista muy agradable, que declamaba con elegancia y encantaba á sus oyentes. Nadie le igualaba—dicen—en el dominio de la prosodia; para él era fácil hablar en verso en cualquier ocasión y á toda clase de personas. Sabía además explotar todos los encantos de un exterior seductor; era hombre muy pulcro, blanco de cara, de pelo negro crespo, de buena presencia y extremada elegancia; tanto, que se le achacaba el adornarse como la juventud afeminada de la corte.

Y él tenía plena conciencia de ésta su verdadera superioridad sobre sus rivales.

—Si yo quisiera hacer que todo lo que digo fuese verso, lo haría,—decía jactanciosamente.

Hay en sus poesías formas nuevas que no entran en las viejas normas de la prosodia árabe; y como le echasen en cara esta innovación, y hasta le dijiesen que no conocía bien la prosodia, respondió:

—Yo soy mayor que la prosodia.

Era, pues, un romántico, en la exigua medida en que se puede aplicar este epíteto á un poeta abasida. Sencillez en la expresión y naturalidad son las dos cualidades que le distinguen. Es uno de los rarísimos poetas árabes que no han caído en el gravísimo defecto de ser rebuscado en su lenguaje, y de afectar, aun á costa del sacrificio de toda idea, un arcaísmo para ellos mismos incomprensible.

Abu-el-Atahiya rompe con los moldes anticuados de la *qasida* del desierto. Como predicador que es en verso, pone todo su empeño en ser popular. Habla correctamente, sin olvidar nunca las leyes del *nahu* y el *sarf*; pero jamás pretende deslumbrar á sus lectores con el inagotable vocabulario que los beduinos del tiempo de Amru-el-Qais empleaban al hablar de sus camellos.

Triste y mezquino elogio es éste. Sería soberanamente cómico si, al hablar del mejor de nuestros líricos contemporáneos, dijésemos que evita con suprema sobriedad el abuso de los variadísimos y pintorescos vocablos con que el *caló* de los vaqueros andaluces designa los más ligeros accidentes y variedades de pelo, color; edad, etc., en los toros de lidia.

La prosa rimada y el conceptismo son enfermedades pasajeras en nuestras literaturas; pero en las letras árabes es una lepra hereditaria, agravada todavía por una irresistible propensión al uso de dicciones estrambóticas, de puros juegos de palabras, de rimas imposibles. Nadie que haya emprendido el estudio de la literatura árabe ha dejado de tropezar con esta seria dificultad de su poesía, y han sido necesarios todos los adelantos de la filología semítica en el siglo XIX para que la mitad de la lírica árabe no fuese un jeroglífico indecifrible.

Pues bien; Abu-el-Atahiya habla la lengua del siglo XI, y en ella dice á todo el mundo, por activa y por pasiva, aunque casi siempre en el mismo tono, que la vida es breve, que la muerte se acerca, que hay que ser bueno, y que después nos espera el juicio de nuestras obras. Por esto el Mubarrad sólo llega á decir que Ismail ibn el qasem abu el Atahiya fué buen poeta, sencillo y comprensible; que sus versos son un tapiz, por lo bien trabados, y que su versificación fluye con la fuerza, la facilidad y la seguridad de la respiración.

Es cuanto se puede decir de él, sin acordarse de sus defectos, y no fijándonos más que en la parte externa de su obra. Algunos de sus contemporáneos, sin embargo, lo tuvieron por un prodigio: Giafar ibn Yahia lo tenía por el mayor poeta de su siglo, y Abu Nauas, el famoso poeta erótico, consultado sobre el particular, dijo que Abu-el-Atahiya era el mayor poeta de los hombres y de los genios. Esta es la apoteosis loca á la cual muchos quisieron co-operar; ya al principio de nuestro trabajo hemos citado testimonios en que se le trata de prosaico y desaliñado.

En realidad, es Abu-el-Atahiya poeta mediano, dentro del cuadro general

de la lírica árabe; bueno para su siglo, en que no hubo ninguno eminente; y pésimo en sí mismo, por su valor intrínseco juzgado.

Compararle con nuestros poetas místicos es imposible: Abu-el-Atahiya jamás tuvo una idea mística en sus versos; con nuestros poetas moralistas la comparación, en rigor, es posible; pero sus poesías, al lado de la *Epístola moral* ó de *La vida del campo*, son como los tañidos monótonos de un esquilón quebrado al lado de las espléndidas sonatas de Beethoven. La aproximación sólo puede verificarse con algunos trozos exhortativos de Gonzalo de Berceo, perdiendo en el cotejo de las ideas, que son mucho más elevadas, variadas é interesantes en el viejo juglar castellano cuando moraliza, y ganando solamente en la ejecución técnica, que era ultraperfecta en árabe en el siglo de los abasidas, y casi ni en embrión existía en la literatura castellana.

Muerte del poeta

La vida poética de Abu-el-Atahiya fué muy larga, pues comenzó en los días de Almanzor, y llegó hasta los de Almamun. Celebró alguna vez á este Califa en sus versos; pero en seguida volvió á su vida retirada, y pronto se vió postrado en el lecho por la última enfermedad. Visitado por sus amigos, les dijo que su postrer deseo era el que el cantor Mújarraq le cantase al oído sus propios versos:

«Se desvanecerá mi recuerdo y será olvidado mi amor, y después de mí el amigo encontrará un nuevo amigo, y cuando llegue la última noche las plañideras me llorarán poco.»

Al sentirse morir, él mismo se puso á repetir sus propios versos:

—Señor, no me castigues si he perseverado en buscar lo que me pedía la pasión, porque no tengo otro recurso que mi esperanza en tu perdón, si me perdonas, y mi buena opinión de Ti. ¡Cuántos deslices he tenido en mi mal camino; mas Tú eres para mí generoso y compasivo! Si pienso en mi arrepentimiento por ellos, me muerdo los dedos y rechinan mis dientes.

Cuando ya casi ni hablar podía, dijo á su hija Raquiata:

—Levántate, hija mía, y anuncia la muerte de tu padre con sus versos.

Y ella se levantó, y cantó:

—El dolor se ha entretenido en mi camino y en mis pasos; he sido sepultado entre las ruinas de mis penas. El dolor se ha pegado á mi cuerpo y me ha robado el vigor; el dolor se ha hecho el procurador de todas mis necesidades.

Sobre la fecha de su muerte hay algunas divergencias; pero la más segura parece la dada por su propio hijo: 210 de la Hégira, 826 de Jesucristo. Tenía entonces setenta y nueve años. Fué enterrado frente al puente de Alzagatin, al poniente de Bagdad, y por su mandato se le puso el siguiente epitafio:

«¡Oh oído que todavía oyes, oye á este tartamudo! Yo permanezco en mi lecho sepulcral; prepárate para una lucha como la mía. He vivido noventa

años, que al fin me han traído á la sepultura. ¿Cuándo has visto al hombre permanecer en esta morada instable? No hay otra provisión que se pueda tomar para la vida eterna, sino la piedad; tómalala, pues, ó pídelala.»

«Spécimen» de las poesías de Abu-el-Atahiya

Vamos ahora á traducir una serie escogida de las composiciones de Abu-el-Atahiya, para que sirvan de comprobante á las ideas que en nuestra monografía hemos emitido. Nuestro deseo hubiera sido traducir su diván íntegro, para presentar en castellano este modelo de la poesía ascética en el Oriente musulmán; pero como su impresión nos hubiera costado mucho, y como un libro de esta naturaleza no había de tener sino muy pocos lectores, hemos tenido que reducir sus límites y contentarnos con un florilegio, por razones de no más elevada categoría que la que acabamos de indicar.

El diván sigue en la disposición de las poesías el orden alfabético de las rimas, según la sapientísima costumbre árabe; excusado es decir la gradación armónica que podrá resultar de compilar primero todas las composiciones que riman en *alif*; luego, en el segundo capítulo, todas las en *ba*, etc. Nosotros entresacamos las que nos parecen más aceptables, indicando su paginación en el diván.

Exhortación contra el amor de este mundo (metro tauil, pág. 2).

«¡Por tu vida! No es el mundo morada durable; bástate que sea morada de muerte y corrupción. No te apasiones por el mundo, hijito, porque los que lo aman sólo ven grandes calamidades; sus dulzuras están mezcladas de amarguras, y sus descansos llenos de penas. No andes nunca con vestidos preciosos, porque has sido hecho de barro y agua. ¿Recibes, por ventura, las cosas de Dios con agradecimiento? Porque son muy pocos los que se contentan con lo que Él decreta, siendo así que Dios nos hace grandes favores y beneficios, y es muy generoso. El mundo es un continuo variar, la vida toda del hombre no presenta un solo día igual al otro: un día es de pesares y de males, y otro de alegrías y descanso. No todo lo que no espero carece de utilidad, ni todo lo que espero es digno de esperanza. Es digno de admiración el mundo, ó, mejor dicho, sus vicisitudes, porque las vicisitudes del mundo destruyen toda fraternidad. Deshacen las vicisitudes del mundo todas las reuniones, y enturbian los accidentes del mundo todo lo limpiado y puro. Si un amigo mío cae en una tribulación, me hago cuenta que estoy lejos, muy lejos de su alcance.

«Visito los sepulcros de los grandes y no veo ninguna grandeza, y eran hombres ilustres. Todo el tiempo acaba en desgracia; todo tiempo termina en tiranías. La muerte es más poderosa que toda invención, y toda medicina es imposible contra la enfermedad de la muerte. El hombre en su crecimiento, y

todo lo que crece, crece para menguar. Cuantos eran amados de los suyos han muerto sin ver á sus familias; los amaron, y de nada les sirvió el cariño. Ante ti tienes, ¡oh dormilón!, la mansión de la felicidad, en que son eternos los bienes, y la mansión de la desgracia; has sido creado para una de las dos: no duermas, pues, y vive entre el temor y la esperanza. Aunque entre los amigos se deje ver el mal alguna vez; mas Dios lo cubre con el manto del olvido.»

De las ventajas que la vida futura hace á la presente
(metro Majuz el Kamel, pág. 4).

«El mal del hombre es su pasión por el mundo; siempre que el hombre se hace rico se hace rebelde. He visto lo que el mundo da de sí, y dejado lo que amo por lo que temo. He considerado el mundo y su hermosura, y he aquí que toda su hermosura se marchita. Todas sus cosas son mudables; nada hay en la tierra que permanezca. He observado á la mayor parte de los mundanos, y he aquí que todo hombre se afana por su interés. Tengo experiencia, y nada encuentro más noble ni más elevado que la sobriedad. He buscado y no he encontrado mayor honor para el hombre que la piedad. He pasado entre los sepulcros, y no he sabido distinguir entre el esclavo y el señor. Nunca el mundo deja de traernos cuidados, y el que lo sigue no se ve libre de penas. Es la morada de las desgracias, de los pesares, del dolor, de las tristezas y del sentimiento. Apenas ha puesto en él su morada, cuando ya se encuentra bajo la tierra. Los malos siguen la huella de los buenos, y no hay distancia entre la nueva del nacimiento y la de la muerte. Pocas veces lucirá el sol sin que oigas que se anuncia la muerte de alguno. No te quejes del tiempo, porque el tiempo no da satisfacción al que se queja de él. Y cierto que si te enojas contra el mundo por lo que trae consigo, pocas veces estarás contento. El hombre está sujeto al Destino, y no puede librarse de trabajar para sustentarse. Tiene el hombre un sustento que no muere aunque todo el mundo se empeñe en su ruina. ¡Oh tú, que construyes una casa y la amueblas!, ¿qué te has preparado para la otra morada? Y tú que extiendes tapices suntuosos, no te olvidas del lecho del sueño más duradero. Has sido llamado y has respondido al llamamiento, pues mira á qué te llaman. ¿Acaso crees que podrás contar cuántos has visto vivos y después los has visto muertos? Tú también irás al palacio de la muerte y bajarás al lugar de la corrupción. Quien se propone por fin el mundo, ¿cómo podrá obtener su último fin?

»En las manos de la corrupción están todas nuestras vidas, y en manos de la destrucción todo lo que perece. No te dejes seducir por los ruegos de este mundo, porque pasan y no quedan con el hombre. No tengas por dichoso al hombre impío; no tengas por dichoso sino al hombre piadoso. Alabado sea el que no tiene igual; ¡cuántos de buena vista son ante él ciegos! Alabado sea el que te ha dado de sus dones, alabado el que te ha dado lo que te ha dado. Si reflexionas le darás gracias, y si le das gracias te enriquecerás más y más. Si

lloras por el viaje imprevisto hacia el sepulcro de un ser querido, ya lo mismo ha hecho llorar á otros. Si eres moderado en tus deseos, obtendrás la verdadera riqueza y el fin último. Si tú te contentas con este siglo, él se contentará contigo y no te morderán detractores. Hay pocos que tengan una vida pura; hay pocos para quienes la vida sea tranquila. A veces una chanzoneta sale de los labios de un gracioso, y es como una víbora. Debe el hombre velar por su lealtad, y debe velar con la más sincera atención. Dios nos ha dado generosamente de qué vivir, y nosotros nos apenamos por reunir riquezas. Me admiro del que busca el oro, que se gasta, y no busca las cosas eternas. En verdad que es dichosa y no tiene de qué quejarse el alma que se contenta con lo que se le ha dado.»

Dijo, describiendo la muerte, y en recuerdo de sus amigos difuntos
(página 7):

«¿Quién me dará noticia de los que habitan el sepulcro, quién los ha visto, quién sabe algo de los que están bajo una capa de tierra? ¿Quién me dará ver al que amé y me amó, á aquellos cuya ausencia me es siempre tan dura? ¿Quién sabe si murió porque el que lo cuidaba le dió una pócima dañosa? ¿Quién me lo vió sobre el ataúd, cuando era llevado á la mansión de la podredumbre? ¡Oh tú que vives, pero que has de morir, has gastado tu vida en excusarte del bien y desear el placer! Ya las canas te han vestido de blanco y te han quitado de los hombros la túnica de la juventud. Han pasado tus compañeros con los cuales te uniste para hacer juntos el camino; mas pronto alcanzarás á los que te han pasado. Poco tiempo durarás aquí; prepárate, pues, y pocas alegrías tendrás puras, si alguna tienes. Ya sabes el camino; toma, pues, precauciones, porque tu día vendrá pronto. La riqueza consiste en contentarse con lo que uno tiene, porque nada está tan lejos de la verdadera riqueza que la ambición insaciable. No te haga apartarte de tus amigos, si los tienes, un acaso ó un quizá. Doma tus pasiones si te llevan al mal, porque hay muchos bienes en domar las pasiones. Conocer un camino es fácil al que lo busca; mas conocer los corazones es camino de ciego. Me admiro de que perezca el que tiene medios de salvarse; pero también me admiro de los que se salvan. Me admiro de los que se olvidan de la muerte, siendo así que no hay otro término que la muerte, aunque tarde en venir.

«Las horas del día y de la noche á la par se te echan encima, y todas aceleran el paso. Si me salvo, es misericordia del Rey misericordioso; y si perezco, es que lo merezco. ¡Oh habitante de este mundo, que no temes tus deslices, aunque ves que los días giran como ruedas de molino! ¡A cuántos ha dado muerte el siglo, aunque encastillados en una alta montaña de escarpados flancos! ¿Dónde están los príncipes que construyeron castillos y los guarnecieron con soldados? ¿Dónde están? ¿Dónde los héroes que soportaban el peso de las batallas en la guerra que cambia las fortunas? ¿Dónde están los señores de los mimbares y soldados; los dueños de pueblos, campos, ciudades y aldeas? ¿Los

señores de carros y regimientos; los de noble familia, honores y dignidades? Los ha aniquilado el Rey de los reyes, y no hay ni uno solo que vea ni oiga. El es, el oculto y el manifiesto, el Rey cuyo reino no acaba y que se sienta en su trono eterno. Él es, el Todopoderoso que rige á las criaturas, el que no tiene igual en el reino. Él decreta acerca de nosotros lo que le parece, y nadie se puede oponer á sus mandatos. Él es el que salva y libra á su pueblo, después que se ha descarriado, y lo lleva del mal camino al bueno. ¿Hasta cuándo no saldrás de tu error, ¡oh amigo!; hasta cuándo, hasta cuándo..., hasta cuándo?

»Pasa el día y pasa la noche, y en ellos hay materia de reflexión para el que tiene talento. ¡Oh asamblea de los muertos, oh huéspedes del Rey de cielo y tierra! ¿Qué gusto encontráis al polvo que coméis? ¡Oh moradores de los sepulcros, la tierra ha borrado vuestras facciones!; ¡oh moradores de los sepulcros! ¿Cómo se ha cambiado tanta belleza? ¡Oh habitantes de las tumbas, bástanos con edificar vuestras moradas, porque en vuestras huesas está nuestro último fin! ¡Oh habitantes del sepulcro! ¿Es que no habrá lazo de unión entre nosotros? Las relaciones del que ha muerto se deshacen como una cuerda podrida.

»¿Cuántos hermanos he tenido y ante su tumba he pronunciado el «á Dios tu perla» qué hombre? Hermano mío, la muerte, si se presenta, no piensa en lo que te ha dado de comer el médico y en lo que te ha dado de beber. Acaso, ¡oh hermano!, los exorcismos y los sortilegios te librarán del fin que te predigo. ¡Oh hermano mío! ¿Cómo te encuentras en tu morada del sepulcro, y qué te parece de la estrechez de tu lecho? Cierto que cuando me separé de ti quedé sano é incólume; pero preferibles hubieran sido los accidentes de la muerte. Hoy con razón sufro, ya que me ha enviado Dios por tu causa lo que me ha enviado. Después que te lloraron mis ojos te llora mi corazón, como si hubiese de perderlo ó me lo hubiesen de arrancar al llorarte. Cuando pienso en ti, ¡oh hermano!, se deshace mi corazón, y rompe el pecho y mis entrañas.»

Esta elegía á la muerte de un amigo, al parecer, ardientemente querido, es la más interesante y bella de las poesías de nuestro autor. Hay en ella, á vuelta de repeticiones pesadas y saltos líricos injustificados, varios toques valientes, algunas ideas felices y cierto sentimiento intenso, *rara avis* en el diván de Abu-el-Atahiya.

Por el asunto y hasta por el desarrollo de ideas como la de: «¿Dónde están los príncipes que construyeron castillos? ¿Dónde los héroes que soportaban el peso de las batallas en la guerra que cambia las fortunas? Los ha aniquilado, etc.», ocurre inmediatamente el compararla con la elegía de Jorge Manrique y con la de Abu-Beca á la pérdida del *Andalus*. Aquí no cabe ni soñar en aproximaciones imitativas con «los Infantes de Aragón...», ¿qué se hicieron?»

El poeta castellano es casi seguro que no conoció, ni indirectamente siquiera, la elegía del árabe murciano, á pesar de cuantos esfuerzos se han hecho para acercarlos y relacionarlos; mas en cuanto al poeta de Bagdad, ni soñar se puede que hubiese sido imitado por Jorge Manrique; verdad es que

hay en ella tantas ó más ideas que en el «despierte el alma dormida»; mas las condiciones de lugar y tiempo hacen imposible toda argumentación.

En cuanto al mérito, ninguna de las dos puede aspirar al honor de ser comparada con las sublimes coplas de Jorge Manrique, y menos ésta, que cede mucho en energía, colorido y toques líricos á la pérdida del Andalus.

Execra el amor mundano y describe el impetu de la muerte
(metro mafer, pág. 14).

«La ambición y el deseo doblega las cervices de los hombres; pero el noble permanece puro en las adversidades.

»Si alguna vez ves el buen camino y no lo sigues, es que no has gustado lo que es el buen camino. Encontrarás en él, más que en las vanidades del mundo, un refrigerio como el del agua límpida y sabrosa. No es buen juez el que no se preocupa de si erró ó acertó en sus juicios.

»Todo tiene cara, y toda pregunta tiene respuesta. Todo acontecimiento tiene su tiempo, y todo el que obra, su cuenta. Todo lo que sube tiene su término, y todo lo que ha de morir, un libro. Toda salud se prepara para la muerte, y todo edificio se prepara para la ruina. Todo reino será un día, así como la mano del que le ha regido, polvo.

»Ningún viviente podrá fijar en él la mirada sin retirarla con dolor. Todos los bienes de este mundo son una ilusión fantástica; y ¿quién va á coger con la mano un fantasma? El Destino podrá apresurarse á traernos algo que nos alegre; mas todo tiene que acabarse. Es bien extraño que tengas que morirte y que te ocupes de construcciones y de cúpulas. Veo que cada vez que te abres una puerta en el mundo, la abres á una calamidad. ¿No ves que el amanecer de cada día te aproxima cada día más á la muerte?

»El Rey supremo ha decretado lo que ves, y todos los acontecimientos, aun sin quererlo, le son testigos. ¿Es que Dios no está cerca de todo el mundo, y que á todo el que le llama le responde? No verás que á todo el que pide á Dios se le trate avaramente, ni que el que espera en Dios se vea confundido. Cree que el espíritu es lo más árido de la vida cuando encuentras la vida fértil y sabrosa.

»No vencerás tus pasiones mientras no te acostumbres á la paciencia y al temor de la cuenta. Porque toda desgracia, por grande y fuerte que sea, se aligera si se espera para ella una recompensa. Nos ensoberbecemos, ¡oh amigos!, como si no hubiésemos ya pasado la juventud; fuimos como ramas flexibles y tiernas que se doblan bajo el peso del fruto. ¿Hasta cuándo jugaremos en una casa en la cual sólo has visto persecuciones y despojos? ¿No es verdad que la juventud y la robustez no bastan á consolar al joven que se halla en peligro de muerte?

»Ha pasado mi juventud sin que haya de volver, y á Dios he de dar cuenta de mi juventud.

»*Auream quisquis mediocritatem.*»

Metro mensarihu (pág. 17).

«La ambición no esclaviza al hombre bien educado: en la ambición tiene el hombre materia de reflexión. ¡Válgame Dios, qué entendimiento y qué educación tiene el que sólo piensa reunir dinero! La ambición no cesa de excitar al codicioso con el recuerdo de lo que puede obtener. La ambición, la codicia y el placer son una impiedad, de la que ni el persa ni el árabe se libran. En la moderación, si es verdadera, no tiene que temer el hombre ni tribulación ni desgracia. El que no se contenta con lo necesario, no se contentará con toda la tierra hecha oro. No dejará de turbarse la vista del que deja á la duda apoderarse de sus convicciones. El que conoce al mundo no cesará de estar en guardia contra sus accidentes. El que se da al odio no vivirá tranquilo; la inquietud lo ahogará en sus mares. El hombre tiene que habituarse á una morada en la que son muertos y despojados sus habitantes.

«El hombre está dado á sus entretenimientos y vanidades, y la muerte sin cesar se le va acercando. ¡Oh temeroso de la muerte: se te ha pasado ya la juventud con sus vanidades, juegos y distracciones! Tu casa te anuncia la muerte de sus moradores, y tu castillo se ve envejecer por los años. ¡Oh amontonador de tesoros: mañana llegará la ruina de todo lo que has acumulado! Guárdate de creer al tiempo, porque el tiempo no cesa de mudársenos. Cuidado con la justicia, porque es tenebrosa; cuidado con la ilusión, porque es mentira. Ves á cada uno brillar en su puesto, y de pronto se dice: ha muerto, ha perecido. He visto al hombre noble, que reconoce el derecho y se somete á él cuando debe, y he conocido que los malvados no tienen honor, amigos ni conciencia. Guárdate de la gente vil, porque no se cuidan de lo que hacen contigo. La mitad de los malvados son viles como el polvo desde que nacieron, y la otra mitad, infames. Huye las bajezas y los que las cometen, porque una bajeza es como la sarna.»

Sobre la caducidad del mundo (metro mafer, pág. 23) (1).

«Engendrad para la muerte y edificad para la ruina, porque todos vosotros habéis de perecer. ¿Para quién edificamos, si hemos de volvernos polvo, como fuimos formados de él? ¡Oh muerte, es verdad que no puedo evitar tu venida, y que ni eres violentada ni sobornada! Tú has de caer sobre mis canas, como mis canas cayeron sobre mi juventud. ¡Oh mundo mío!, ¿qué es de mí que no te elijo por morada, sino para sufrir tus mudanzas? Es que detrás de ti, ¡oh tiempo!, no se esfuerza el mundo y se apresura por despojarme. Tú eres, ¡oh tiempo!, todo mudanzas; tú eres, ¡oh tiempo!, todo cambios. ¿Qué es de mí que no te pido algo sin que me envíes penas por todas las puertas? Tú eres, aunque se te busque por todos lados, como un ensueño nocturno, como

(1) Es de las mejores composiciones sobre la materia, según los críticos árabes.

una nube, ó como el día de ayer, que ya pasó y no ha de volver, ó como el brillo de un fantasma. Toda esta creación se apartará de ti; todas las cosas están con un pie en el estribo.

»Está prometida á toda obra y á todo trabajo, cuando mañana reciba su merecido, la casa de las eternas justicias. Tengo estos huesos en feudo del Criador, y los uso como si estuviese seguro de las aves de rapiña. Mientras tenga ambiciones en este mundo, no entraré en la senda del bien. Se me tomará cuenta de todos los negocios en que he entendido, y ¿cuál será mi excusa allí? ¿Cuál mi respuesta? ¿Con qué argumentos me defenderé el día de la cuenta, cuando sea llamado á darla? Dos son las consecuencias que puedo sacar de mi libro de cuentas cuando lo miro: ó que viva eternamente en la felicidad, ó que sea eterno mi tormento.»

Dícese que á propósito de esta poesía dió Abu-el-Atahiya á conocer algo de sus teorías poéticas, porque, como el poeta Ibn-abi-el-abiad mostrase mucho interés en que Abu-el-Atahiya le recitase la mejor de sus poesías, respondió éste:

—Mis versos no podrán menos de parecer malos á un poeta como tú, porque la poesía tiene que ser como la de las *ma'allaga* y los grandes poetas antiguos; es decir, arcaica, artificiosa, cargada de expresiones tomadas de la vida del desierto, é inaccesible por sus asuntos á la inteligencia del pueblo. No son de esta clase mis versos, por lo cual nada puede encontrar digno de atención en ellos un literato como tú. Yo trato de materias ascéticas, y ni los reyes ni los literatos, ni los que buscan novedades, gustan de este género; los hombres retirados del mundo, los que estudian—el *hazid*—las tradiciones religiosas, los teólogos y el vulgo son los lectores de mis poesías, y para ellos lo más admirable es lo que mejor entienden.

Metro tauil (pág. 25).

«Te he buscado, ¡oh mundo!, y me he afanado en buscarte, y no he alcanzado sino penas y disgustos. Y cuando me convencí de que no obtenía el placer sino con fatiga doblada, me refugié en la religión y no seguí mis pasiones, y huí con mi religión de ti; ¡dichosa fuga! Y me aparté de ti con todas mis energías y todo mi poder, como se aparta uno de un rebaño sarnoso. Nunca un día de alegría llegó para mí hasta la noche sin que me sucediera una desgracia. Yo soy de aquellos á quienes Dios no deja salir bien en sus empresas; guarde un rebaño que sólo me da leche amarga. He visto que no sabes ser buen amigo, como si tuvieses seguridad de que nunca has de ser desgraciado. ¿No ves que en el mundo todo son separaciones y disgustos, y que por más que guste uno de él, tiene que irse? Vuelvo mi vista una y otra vez para enterarme de lo que me pasa en mi alma y en mi corazón. Me he vestido con las virtudes de la sobriedad y la pureza, y tengo en mis virtudes tesoros de oro. No veo dicha como la del hombre modesto, que toda su vida sabe ser sobrio. No veo virtud que sea cumplida sin la generosidad, ni talento que sea

verdadero sin buena educación. No he visto, entre todos los enemigos con quienes he tratado, enemigo de la razón más fiero que la ira. No veo alianza posible entre la dicha y la desgracia, ni solución posible entre la vida y la muerte.»

Dice al Maali-ibn-Ayub: «Entré un día á ver á Almamun, mientras que él estaba con un anciano de venerable barba, toda teñida de verde, y vestido de blanquísima túnica. Pregunté á Hasan-ibn-Said, secretario general de Almamun:

- »—¿Quién es ése?
- »Y me contestó:
- »—¿Qué? ¿No le conoces?
- »—Si le conociese no te preguntaría.
- »—Es Abu-el-Atahiya.
- »Y oí á Almamun que le decía:
- »—Recítame tu mejor composición sobre la muerte.
- »Y se la dijo, y era:

»—Tu vida te hace olvidarte de tu muerte, y buscas la eternidad en esta vida. Te precipitas en busca del mundo, aunque ves que todo lo que en él se reúne se ha de disipar. Te has formado de la vida y su duración una idea falsa. ¡Oh! Tú, que has visto á tus padres cómo fueron y murieron, ¿no tienes nada que reflexionar con eso, ó crees que tú sólo has de librarte de ese fin? Y ¿quién ha procurado escapar de la muerte y lo ha conseguido? La muerte se hace amiga de todos los hombres y se los lleva á su casa.»

Trescientas cuarenta y siete páginas ocupan las poesías de Abu-el-Atahiya en la edición de Beirut de 1886, y de ellas, trescientas ocho pertenecen exclusivamente al género ascético, del que tantos ejemplos acabamos de dar.

Presenta esa interminable serie de moralidades rimadas la misma monotonía que las olas en el mar. En dos ó tres versículos á lo Kempis pueden holgadamente encerrarse todas las ideas de ese farragoso é insípido *Contemptus mundi* musulmán.

El resto, unas cuarenta páginas, ofrece, envueltas en anécdotas y comentarios insubstanciales, fugaces muestras del ingenio de Abu-el-Atahiya en asuntos menos santos: la sátira y el panegírico, sobre todo.

La mayor parte la hemos ya aprovechado al trazar la biografía del poeta. Vamos ahora á reunir aquí algunos ejemplos más, para terminar.

Como en su vida hemos visto, Abu-el-Atahiya escribió muchos versos eróticos, ya para cantar sus amores, ya para amenizar las orgías de los Califas; sería muy regocijado ver al penitente asceta moverse en el jardín de Venus con toda la desenvoltura de un Abu-Nauas, y comparar esas dos fases, tan opuestas, de su fisonomía poética; mas la imprenta católica de Beirut sólo nos ha dado una edición *ad usum Delphini*, y en ella para nada se deja ver el afeminado y loco poeta de Oufa, ni el seductor de las concubinas del Mahdi. Tenemos, pues, que contentarnos con algún rasgo satírico y tal cual chiste más ó menos legítimo, cuya sal cómica cristalizaba siempre en un timo ó en un sablazo.

Cuenta Muhammad ibn-el-Fadl que Abu-el-Atahiya, en los primeros tiempos de su carrera poética, vendía gallinas por las calles de Oufa. Un día hizo una larga composición poética, y, no hallando medio de hacerla aceptar por quien pudiese pagarla, se la aprendió de memoria, y, cogiendo su caja de gallinas, se lanzó á la calle. Y como acertase á pasar junto á un grupo de niños que se entretenían en declamar versos de memoria, saludólos, y, poniendo en el suelo la caja de gallinas, les dijo:

—Muchachos, veo que recitáis versos de los poetas antiguos; voy á deciros algunos hemistiquios que yo sé, y si los completáis os doy diez *dirhemes*, y si no, me los dais vosotros.

Los muchachos burláronse del vendedor ambulante que se metía á literato, y le dijeron riéndose:

—Aceptado.

Abu-el-Atahiya dijo:

—Es preciso que con la mitad del dinero, ya que se trata de una apuesta, se compren dátiles frescos para comerlos juntos.

En seguida se pusieron los *dirhemes* de ambas partes en manos de un tercero; Abu-el-Atahiya les dió el siguiente hemistiquio suyo como si fuese de un viejo poeta:

—Habitantes de los sepulcros, vosotros...—Y les dijo socarronamente: —Completadlo.

Les dió de tiempo hasta la puesta del sol. Los muchachos repasaban en su fresca memoria cuantos versos habían estudiado en las escuelas, que no eran pocos, pues entonces apenas se estudiaba otra cosa que versos; mas no pudieron dar con el segundo hemistiquio. Entonces volviéronse las tornas, burlándose de ellos, y les recitó los dos versos:

—Habitantes de los sepulcros, vosotros fuisteis ayer como nosotros; ¡ojalá pudiésemos saber si habéis ganado ó perdido en la partida!

La composición, que era larga y pesada, le sirvió después para salir de la prisión, una vez que Rachid lo había encarcelado por no querer beber vino en sus fiestas ni hacerle versos amorosos.

Era Abu-el-Atahiya mucho menos rencilloso de lo que su sangre árabe y su siglo podían exigir; de modo que no cultivó mucho la sátira. La familia de Maan, sin embargo, sufrió más de una vez sus ataques, y Abdala-Ibn-Maan, en particular, se vió afrentado en público por sus brutales injurias. Abdala, que era poderoso, quiso intimidarlo. Abu-el-Atahiya le respondió con estos versos:

—Id y decid á Ibn-Maan, puesto que el amor se ha trocado en odio, que he sabido lo que ha dicho; pero que no me cuido de ello. Aunque sea de familia de leones, no me amedrenta ni me aterroriza. Haz de esa espada con que te adornas unas pulseras, y no te la cuelgues al cinto, ya que no eres capaz de batirte. Tu tribu es de valientes; pero tú eres un cobarde.

—Jamás me ciño la espada—decía después Ibn-Maan—sin que me parezca que todos los que me ven se acuerdan de las palabras de Abu-el-Atahiya: «Haz de tu espada unas pulseras», y que me miran por su causa.

Prevalido de su impunidad, todavía fué más adelante en sus invectivas, é hizo la siguiente sátira:

«¡Oh compañeros de camino, no os ensañéis en criticar los defectos de Abdala! Alabado sea Dios, que le ha dado tan poco talento como vemos. Ibn-Maan ha dicho, y se ha gloriado de ello (¡vaya una gloria la suya, amigos míos!): «Yo soy la primera doncella del campamento en nobleza y en honor. No hay entre los nobles hijos de Saiban una sola doncella como yo.» Se llama Abu-el-Fadl; y ¿quién ha visto una joven que se llame Abu-el-Fadl? Y no te digo yo solo esto sin que ya muchas plumas se hayan afilado antes de la mía.»

Abdala enojóse furiosamente, y mandó á sus criados que lo apaleasen: ellos lo espiaron, y, cogiéndole en un sitio retirado, le dieron cien palos. El infeliz quedó medio muerto. Ibn-Maan temió un nuevo desbordamiento de la feroz desvergüenza del poeta, y al día siguiente le mandó este mensaje: «Te he pagado tus versos... ¿Quieres ahora que hagamos la paz, y te doy una cabalgadura con diez mil *dirhemes*, ó prefieres la guerra? Elige.» El apaleado asceta, como era de suponer, no imitó al altivo embajador romano en el Senado cartaginés, y no sólo eligió la paz, sino que, inspirado en la suave música de sus diez mil monedas de plata, llegó hasta enviar á Ibn-Maan, aun antes de que los cardenales de sus espaldas hubiesen desaparecido, unos versos tan graciosos como éstos:

«Me critican por haber perdonado á Ibn-Maan, y no haberme vengado después de lo que me ha hecho; mas yo he tenido la culpa, y he sido en todo diez veces peor que él. Di al que se admira de mi sincera resolución con Maan: «El amor nace á veces del oído, y la pasión, de la aversión.» Esto ha pasado muchas veces entre los hombres. En cuanto á los palos, sólo ha sido mi mano derecha, que ha golpeado á mi mano izquierda.»

Dice Muijarraq que se encontró una vez con Abu-el-Atahiya, á la entrada del puente de Bagdad, y le dijo:

«—Atahiya, recítame aquellos versos en que dices que todo el mundo es avaro.

»El se echó á reir, y me dijo:

»—¿Ahora?

»Yo le dije que sí, y me recitó:

»—Si buscas un amigo, elígelo y aquilátalo; y si no corresponde bien á tu amor, busca otro en su lugar. A veces se pide á un avaro lo que no vale un comino; mas Dios no le ha dado medio de hacer bien. Vuelve tu vista á todas partes, y verás que todo el mundo es avaro.

»Yo le interrumpí:

»—Exageras.

»Y él me contestó:

»—Si quieres desmentirme, hazme algún regalo, y probarás que no todo el mundo es avaro.

»Yo no estaba entonces para ello, y, turbado, volví la vista á la derecha y á la izquierda, y luego tuve que decirle:

»—Me encuentro en un momento difícil; no puedo por ahora.

•El me contestó con gran desenfado:

•—No te apures; aguardaré hasta que puedas.

•Y se alejó riendo.»

Presentóse Abu-el-Atahiya en la antesala de Fadl-Ibn-Rabia el Barmecida un día en que éste se disponía para ir á visitar al Califa. Abu-el-Atahiya acababa de volver de la Meca; mas el visir no quiso recibirle. Entonces, sacando de la manga de la túnica una sandalia con bordados, dijo al chambelán:

—Di á tu señor que Abu-el-Atahiya le ofrece este regalo, y desea ofrecer á Dios su vida por él.

Hízolo así; examinó el visir la sandalia, vió que tenía versos, y mandó leerlos; eran éstos:

«Te envío esta sandalia para que la calce el pie que camina con ella á la gloria, y si quieres que le ponga por cubierta mi mejilla, le pondré gustoso mi mejilla.»

Los versos gustaron extraordinariamente al vizir, é hizo que su chambelán llevase la sandalia á palacio. Apenas fué recibido por el Califa, se la presentó, y le dijo:

—Abu-el-Atahiya me ha regalado esta sandalia, con dos versos bordados en ella, y el Príncipe de los Creyentes es más digno de calzarla que yo, por lo del que la lleve dice.

Leyó entonces los dos versos al Califa, y éste, admirado, dijo:

—Bien ha estado; nadie antes que él ha tenido tan peregrina idea. Dadle diez mil *dirhemes*.

Sacáronselos en un manto, y él, montado en su burro, los cogió y se fué.

Nadie que se haya formado en las doctrinas poéticas europeas podrá pensar como Rachid; para nosotros, la originalísima idea de Abu-el-Atahiya valía menos aún que el bordado de la sandalia.

Ambrosio Huici Miranda.



EL COMERCIO EN LA GUINEA ESPAÑOLA

Algunos comerciantes de Barcelona vienen siguiendo con interés, desde hace algunos años, el movimiento mercantil de nuestras posesiones de Guinea.

Las oscilaciones del comercio en Fernando Póo tienen su origen en causas fáciles de averiguar desde España, tanto por el número relativamente considerable de españoles que allí residen ó tienen interesados capitales, y entre los cuales no faltan personas cultas, con aptitud para suministrar ú obtener detallados informes, como por radicar en la ciudad condal el principal mercado de aquella isla.

No sucede lo mismo en la parte continental de la Guinea española. Allí predomina el comercio extranjero, y es muy difícil inquirir datos completos sobre el movimiento de importación y exportación que en aquella región se desenvuelve.

Venciendo no pocas dificultades, se ha logrado allegar una mediana copia de datos sobre esta materia, completando los escasos y deficientes de carácter oficial con otros suministrados por particulares. Los informes obtenidos arrojan resultados suficientes para ilustrar al público sobre la marcha general del comercio en dicha posesión continental. Los expresados datos acusan un sensible decrecimiento en las transacciones comerciales de los distritos de Bata y Elobey, que componen la citada posesión.

En un informe emitido por el comisario regio, D. Diego de Saavedra, ante una Junta consultiva que fácilmente se desorganiza, y á la cual, previa larga y penosa reorganización, somete de vez en cuando el examen de los asuntos coloniales el Ministerio de Estado, se enumeran los diversos productos extractivos exportados de dichos distritos en 1908, en la forma siguiente:

	Kilogramos.
Almendra de palma.....	125.000
Caucho.....	80.000
Cacao.....	65.000
Aceite de palma.....	12.000
Marfil.....	2.000
Palo rojo.....	100.000
Bokume (<i>tosas</i> = troncos rollizos).....	8.000

No incluye el comisario expresado la cantidad exportada de piassava, cocos y cacahuete. Personalmente podemos añadir que, según nuestros informes, carece de importancia la cantidad exportada. Si lo fuese, ya habrían propuesto algún gravamen sobre tales productos los empleados aduaneros de la colonia.

Tasando aquellos productos á los precios habituales en dicho año en las factorías allí existentes, ó sea, á 12 libras esterlinas la tonelada de almendra de palma (*palm Kernel*), á 7 pesetas el kilogramo de caucho, á 1,40 el de cacao, á 25 libras esterlinas la tonelada de aceite de palma, á 30 pesetas el kilogramo de marfil (precio medio por piezas), á 20 pesetas los 100 kilogramos de palo rojo, y á 25 pesetas la *tosa* de bokume (precio medio), encontramos los valores correlativos que aparecen á continuación:

	Pesetas.
Almendra de palma.....	42.000
Caucho.....	210.000
Cacao.....	91.000
Aceite de palma.....	8.400
Marfil.....	60.000
Palo rojo.....	20.000
Bokume.....	75.000
TOTAL.....	506.400

Pongamos la cifra redonda de 600.000 pesetas, incluyendo en ella la cuantía de los pequeños productos menospreciados por el fisco. De esta cifra corresponden á Bata unas 150.000 pesetas, y el resto, á Elobey.

La importación de géneros de Europa asciende á una cifra poco mayor que la mitad de la referente á la exportación; de manera que el total valor de aquel movimiento comercial asciende apenas, en cifra redonda, á un millón de pesetas para el año 1908.

Ahora bien; en una conferencia dada en el Ateneo de San Fernando, en la noche del 23 de abril de 1905, por el subgobernador que fué de Elobey don Enrique López Perea, demostraba dicho señor, con cifras oficiales, que en los tres primeros trimestres del año 1904 la exportación por el solo puerto de Elobey ascendió á unos dos millones de pesetas.

El descenso ha sido, por tanto, tremendo, y contrasta con el constante aumento progresivo de las transacciones comerciales en las demás colonias africanas.

La causa principal de tal decrecimiento en las transacciones comerciales de aquella posesión consiste en la falta de dominio efectivo sobre las tribus que pueblan su parte interior. Envalentonados los jefes indígenas con la pasividad de las autoridades coloniales, cobran descaradamente el barato á las caravanas portadoras de mercancías europeas ó de productos extractivos. Asimismo no son pocos los aborígenes que á mansalva dan petardo á los comerciantes del litoral que les abrieron crédito á cambio de productos del país, que han degenerado en billetes del Banco... de la paciencia. Este ameno estado anárquico en que yace una colonia que apenas puede llamarse española, ha sido calificado con duros y veraces juicios, aunque justos y sin acritud, por el Rvdo. P. Marcos Ajuria, en el periódico *La Guinea Española* y en un artículo reproducido en el número anterior de esta Revista.

No se necesita más para que el menos listo comprenda que en una colonia cuya mayor parte se halla en plena anarquía salvaje, decaiga el comercio y se imposibilite toda penetración civilizadora. Allí donde cada régulo negro puede hacer cuanto le venga en gana, no tiene nada de extraño que las caravanas comerciales estén expuestas á toda suerte de exacciones y despojos, quedando así mermadas, interrumpidas ó desviadas las corrientes comerciales.

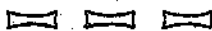
Atribuyendo á dichos distritos, conjuntamente, la población aproximada de unas doscientas mil almas que indica el Sr. López Vilches, explorador oficial de aquellos territorios, en un conocido folleto, resulta, dividiendo el millón de pesetas del total comercio de la expresada posesión continental por la expresada cifra de población, un promedio por habitante de cinco pesetas al año.

Si se compara este resultado con el arrojado por la estadística comercial de cualquiera de las restantes colonias de reciente formación entre las existentes en Africa, encontramos, por ejemplo, que en la posesión alemana de Camarones (Kamerun) el movimiento comercial de 1908 ascendió á 35 millones de pesetas oro; y siendo allí la población de 8.500.000 habitantes, les co-

responde un promedio de 10 pesetas oro por cabeza. Como dicha colonia es como unas doce veces más extensa que la Guinea continental española, los trayectos que tienen que recorrer en ella las mercancías son mucho mayores que en la expresada posesión española, con el aumento consiguiente de gastos y dificultades; no obstante esto, como la Administración alemana ha sabido imponerse á los jefes indígenas, las caravanas comerciales circulan por Kamerun libremente, y de aquí se sigue una mayor actividad en las transacciones.

Ya va siendo tiempo de que el Ministerio de Estado exija estrechas responsabilidades á esas autoridades de Bata y Elobey, á las cuales no parece importarles gran cosa, según se desprende de las frases del P. Ajuria, que hagan mofa y escarnio de la soberanía española unos salvajes sucios y procaces. El mal no es de ayer. El Ministerio de Estado debía haberlo corregido antes de que llegase á ser público y notorio; y si no pone inmediato y eficaz remedio á tan vergonzoso desarreglo, sobre él caerán las responsabilidades de las graves consecuencias que seguramente han de acarrear los inauditos sucesos tan severa y patrióticamente denunciados por un misionero amante de la honra y el prestigio de la nación.

El ministro de las Colonias de Bélgica, M. Renkin, acaba de regresar á su país después de girar una visita al Congo belga. Con legítima satisfacción ha podido declarar que aquella colonia, aunque nacida ayer, se halla en el estado más floreciente, habiéndola encontrado admirablemente organizada. Puede presumirse la misérrima situación en que se hallaría hoy aquella próspera posesión belga si hubiera caído en las pecadoras manos que han reducido los distritos de Bata y Elobey á su lastimoso estado actual.



VIAJE DEL MINISTRO DE FOMENTO, SR. CASSET

A LAS NUEVAS POSESIONES DE AFRICA

Descripción geográfica

Los límites de los terrenos que poseen las tropas españolas en la parte del Rif contigua á Melilla podemos considerarlos determinados: al Norte, por el Mediterráneo; al Este, por el río Muluya; al Oeste, por el río Kert; y al Sur, por una línea poco definida que enlaza ambos ríos; de modo que el área comprendida entre tales límites es bastante mayor de dos mil kilómetros cuadrados, correspondientes á los territorios denominados Quelaja, Quebdana y Eulat-Setut; en el bien entendido de que al sur de la zona materialmente ocu-

pada por el Ejército español hay otra muy importante sometida á su influencia directa.

El litoral mediterráneo está constituido por una costa de forma accidentada, y en la parte de Oriente se halla el delta del Muluya, que llega hasta Cabo de Agua, compuesto por unos acantilados de rocas, junto á las que hay bastante profundidad de agua; desde este punto hasta cerca de Muley-Ali-Xerif la costa es frecuentemente acantilada y de difícil acceso en las proximidades del mar por estar el terreno cortado por profundos barrancos, cuyas depresiones aumentan hacia su parte inferior.

Desde Muley-Ali-Xerif á Melilla la zona litoral está constituida por una playa baja y deprimida, compuesta por arenas y restos de conchas, la cual ofrece dos pequeños promontorios, denominados Punta Quiviana y La Restinga, oportunamente utilizados como sitios estratégicos por prestarse muy bien para la defensa en caso de un inopinado ataque.

Desde Cabo de Agua á Melilla se forma una bahía cuya cuerda tiene en el mar cotas de sondeo que llegan á 57 brazas de profundidad (la braza mide seis pies de Burgos).

En Melilla comienza el litoral á ser accidentado y de difícil acceso, como constituido por las estribaciones del Pequeño Atlas, que avanza sobre el Mediterráneo formando el Cabo de Tres Forcas (Ras Uark), que hasta poco ha constituía un verdadero peligro para la navegación, no sólo por el extraordinario avance de la pequeña península, sino por la existencia de unos islotes de roca denominados Los Farallones, que emergen destacados frente á la punta del cabo, en el que recientemente se ha dispuesto un faro que lo caracteriza para seguridad de la navegación universal; en la festoneada playa abundan las puntas y las calas ó pequeñas ensenadas, constituyendo en conjunto una costa brava y peligrosa en grado tal, que las embarcaciones mayores tienen que acudir en demanda del fondeadero de Chafarinas como refugio, en caso de verse combatidas por temporales violentos.

En la desembocadura del río Kert se forma otra playa más tendida y fácilmente asequible, con una ensenada llamada de Azanen, limitada al Oeste por la Punta Betoya.

Orografía, hidrología ó hidrografía

Los grandes macizos de montañas denominados Gurugú ó Caramú y Sierra de Quebdana, formados por las estribaciones orientales de la cordillera más próxima á la costa, conocidas en la parte occidental como Pequeño Atlas, subdividen el territorio antes mencionado en tres grandes cuencas: la del río Muluya, al este y sur de la Sierra de Quebdana; el valle del Kert, al oeste del monte Gurugú; y, finalmente, en el centro, el Garet ó amplio valle del río Tigaud ó de Zeluán, al que aportan sus aguas una buena parte de las vertientes contrarias de los sistemas orográficos referidos, en tanto que el resto no afluente á los tres *talwegs* prenombrados concurren directamente al Mediterráneo,

formando una porción de barrancos y ríos, entre los cuales únicamente haremos mención del conocido como Río de Oro, por su importancia relativa á Melilla, y cuyo nombre es debido á haberse hallado el rico metal en sus arenas, si hemos de dar crédito á las referencias de la tradición rifeña.

La división orográfica é hidrográfica tiene en todas partes transcendentalísima importancia, la cual en el Rif está acrecentada por conceptos políticos, ya que para divisiones de kábilas, comarcas, etc., ellos las establecen, en general, donde «cortan aguas y cortan vientos».

El levantamiento del gran macizo del Gurugú y Cabo de Tres Forcas debió de ser muy rápido y repentino, como lo demuestran las circunstancias de ser muy rígidos los taludes, así como bruscas y rudas las fuertes siluetas de sus laderas, todo lo cual armoniza perfectamente con el origen eruptivo de dicho levantamiento y de las formaciones de los terrenos que constituyen el núcleo de dicho macizo.

El río Muluya es el de cuenca más extensa de toda la vertiente de Marruecos que es tributaria del Mediterráneo; nace en las regiones del Sur, entre las cordilleras denominadas Atlas Medio y Gran Atlas, teniendo la divisoria de sus aguas entre Ait Chokman, Ait Aiachi y Ait Nadidu (1), con cotas que alcanzan la respetable altitud de 4.200 metros sobre el nivel del mar, lo cual explica la permanencia y relativa normalidad de sus aguas.

Los más importantes afluentes son los denominados por el Oeste el río Msun, que tiene su divisoria en la región de los Riata, partiendo aguas en las proximidades de Taza con el río Sebú. El Millo es otro notable afluente por la izquierda, el cual aporta aguas procedentes de las altas regiones de los Ait Yussi, donde parte sus aguas con el Sebú, que pasa por Fez, y con el Rebia, que desemboca cerca de Mazagán.

Entre los afluentes de la margen derecha podemos considerar como el principal de todos al río llamado en la parte alta Charef, y también conocido por Tsa en su zona inferior.

Al Oriente la cuenca del Muluya confina con la del río Kiss, el cual forma parte de la posesión francesa de Argelia.

El curso total del río Muluya lo fija el distinguido publicista y teniente coronel de Artillería Sr. Martín Peinador en 550 kilómetros.

Más modesto es el Uad (río) Kert, que nace al norte del Djebel (monte) Azrú. Este río pasa por Amar de Mtalza y cerca de Tafersit, en el camino de Melilla á Fez. Sus afluentes más importantes son el Zuahh por la derecha y el Fenzar. La longitud ó curso total del río es de un centenar de kilómetros.

En la región intermedia entre ambos ríos se encuentran multitud de cauces torrenciales de importancia variable, pero siempre reducida, que mencionaremos según su disposición de Este á Oeste, comenzando por los llamados ciento un barrancos, que no son en tan gran número, á menos de llamar barrancos á simples escorrentías. La causa de su formación es debida á la fácil

(1) En berebere, Ait significa hijos de.

denudación de los torrentes de época reciente sitos entre los montes de Quebdana y el mar.

Sigue luego el Uad el Jemis, que toma su nombre de la proximidad de su curso al zoco el Jemis (mercado del jueves) de Quebdana, y desemboca al Mediterráneo, junto al poblado de Muley-Ali-Xerif.

Más hacia el Oeste está situado el río Tigaud ó de Zeluán, cuyo nombre es debido á hallarse la alcazaba de Zeluán junto á su curso, que es muy reducido, pues los orígenes de este cauce torrencial se encuentran en las kábilas Beni-Buyahí, sin que podamos asignarle al Zeluán un recorrido que exceda de 40 kilómetros desde la divisoria hasta Mar Chica, Sejbabunarej (laguna de Puerto Nuevo), de la que nos ocuparemos seguidamente.

El Uixán ó del Caballo va desde el monte de aquel nombre también á Mar Chica.

Encuéntranse luego los Igzar (ó curso de agua) denominados Iyuhrien, Ibarraken, también desaguardo en Mar Chica.

Más al Oeste encontramos los barrancos de Ait-Aisa, del Lobo y del Infierno, cuyas aguas se pierden por los campos sitos á poniente de Mar Chica, y cuyo álveo debería abrirse de modo de impedir los perjuicios é insalubridad que la situación actual de los mismos puede irrogar.

Finalmente, la única cuenca importante que resta mencionar es Río de Oro, cuyo cauce envuelve al Gurugú en forma cuyo conjunto es circular, abarcando más de un semicírculo en su derredor, y teniendo un recorrido de unos 20 kilómetros de longitud.

El valle en la parte inferior es muy abierto, y los estrechamientos comienzan algo más arriba del zoco del Had Benisicar hasta poco antes del zoco Jemis Benisicar, ó sea, entre los puntos señalados por los morabitos Sidi Amaran y Sidi Hach Said. Tanto en la cuenca de este río como en la del Frajana, su afluente, existen muchos regadíos, establecidos todos en forma bastante primitiva, y se observan restos de presas de piedra en seco, que el río ha arrastrado fácilmente por estar mal construídas. Los restantes cursos de aguas de la pequeña península de Cabo de Tres Forcas tienen menguada cuenca y salvan en un corto recorrido un gran desnivel; de modo que son verdaderos torrentes y barrancos de carácter torrencial.

Hemos dicho anteriormente que el río Zeluán y varios cursos de agua la aportan á Mar Chica ó laguna de Puerto Nuevo, é importa decir algo acerca de esa interesante depresión del terreno, notable por muchos conceptos, incluso por el de tener más salada su agua que la del Mediterráneo, no obstante ser cuenca de recepción de corrientes terrestres, á causa, según parece, de la presencia de manantiales que emergen del fondo y por la concentración de sus aguas por la evaporación.

La longitud de la laguna es de unos 24 kilómetros, con una amplitud de unos seis, variando algo una y otra dimensión con la altura de la superficie del agua, distinta é inferior en la actualidad á la del Mediterráneo.

La profundidad ó calado actual de Mar Chica es variable, hallándose la canal de máxima sonda variable hasta cinco ó seis metros, formando una

curva que desde el embarcadero de la Bocana va hasta ser casi tangente al Atalayón. Este es un monte cónico, de aspecto volcánico, de 95 metros de altitud, que forma á modo de un istmo, unido al macizo del Gurugú. Dicho monte justifica su nombre, pues constituye una verdadera atalaya, naturalmente dispuesta para, desde su cumbre, vigilar toda la Mar Chica.

En tiempos anteriores se hallaba la laguna en comunicación constante con el Mediterráneo, y en prueba de ello consignaremos que el marqués de Segonzac consigna en la página 42 de su obra *Voyages au Maroc en 1899-1901* que *Bou Erg* ó Mar Chica comunicaba con el mar por una depresión de cien metros de longitud; algunos autores, y entre otros el citado Sr. Martín Peinador, suponen que en las épocas cartaginesa y romana Mar Chica debió utilizarse como puerto importante.

Desde el punto de vista histórico, interesa el recuerdo de que el español Juan de Guzmán, en 1479, después de tomada Melilla por Estopiñán, en nombre suyo abrió el pequeño puerto de Kasasa, y luego construyó un fuerte en la que hoy es alcazaba española de Zeluán; hoy son muchos los que creen que Mar Chica podía ser una gran dársena interior análoga á la que es Bizerta para Francia; pero las circunstancias de hallarse el cordón litoral en formación, y también la enorme cuantía de las obras hacederas, inducen á que otros, en no menor número, entiendan que conviene meditar si ha llegado el momento de emprender trabajo tan interesante, ó si conviene aguardar para ello á que se desarrolle el tráfico comercial, ó á que posea España una poderosa escuadra, de que hoy carece.

Topografía y geología

Los grandes accidentes orográficos implican ya en cierto modo los caracteres topográficos de la comarca: así, es lógico que sean muy abruptas las laderas de las vertientes del Gurugú que miran al Norte y al Este; los barrancos de Ait-Aisa, del Lobo y del Infierno, por ejemplo, son de una pendiente media tan pronunciada, que en su escaso recorrido alcanzan desniveles de cerca de 700 metros. Con el barómetro comprobé en los collados de separación de las cuencas de los barrancos del Lobo y del llamado del Infierno, y en el punto más bajo de la divisoria de los barrancos del Lobo y de Barraoas, altitudes de 615 y de 565 metros, respectivamente; pero luego suben las crestas más elevadas de dichas cuencas en más de un centenar de metros sobre los puntos indicados. Dentro de esas mismas estrechísimas cuencas, de origen evidentemente eruptivo, se observan grandes rocas y agudos promontorios; pero ninguno tan curioso como el llamado *Gorro Frigio*, resto de un cono volcánico que ha sufrido denudaciones importantes, á las cuales debe su forma extraña, que justifica el nombre con que es conocida esa posición tan estratégica, que domina los citados repliegues del Gurugú, desde donde impunemente atacaban los rifeños á las fuerzas españolas y, sobre todo, á los convoyes que cruzaban por cerca de la segunda caseta.

En el pequeño fuerte sito en la cumbre del *Gorro Frigio* recogí varios ejemplares de lavas, así como otros en las laderas del extinguido volcán; esta posición fortificada, una de las mejor escogidas de cuantas pudimos observar, es de un área reducidísima, inconveniente que se ha subsanado construyendo en otra eminencia denominada *Gorro Frigio inferior* un *blokhau*s de mayor superficie, de excelentes condiciones defensivas y en relación con el antes citado.

El macizo del Gurugú es todo él de naturaleza eruptiva hasta su base, distinguiéndose en él zonas de distinta cohesión, y con frecuencia rocas feldespáticas y granitoides, así como pórfidos y otras masas eruptivas teñidas ó no de hierro, pero de una dureza y consistencia extremadas. Esta variación de resistencia es causa de las formas extrañas que adquieren las rocas y las mismas montañas, á lo cual contribuyó la violencia de la erupción, que ha producido escarpes verticales de cientos de metros, como el de la Aguja del Gurugú, de 810 metros de cota, la cual se divisa desde muy lejos, á pesar de ser más baja que el Pico de Baxbel.

La violencia del levantamiento del Gurugú se comprende con sólo considerar que su mayor elevación es la de 985 metros sobre el nivel del mar, y que la distancia horizontal hasta éste es sólo de unos 6.500 metros.

El macizo Uixán se halla formado en su parte inferior por potentes diques de diorita, á la cual van superpuestos bancos de cuarcita y de pizarras y filadidos estrato-cristalinos; más altas se presentan unas bancadas de caliza en las que arma el mineral de hierro, formándose un verdadero criadero de contacto con mineral magnético de una riqueza superior al 65 por 100.

El Cabo de Tres Forcas está compuesto de terrenos de distintas épocas y de naturaleza bien diversa, hallándose constituido en su parte más avanzada por una roca eruptiva, después de la cual se encuentra el terreno estrato-cristalino; los criaderos de hierro vienen en el contacto de la roca eruptiva con el estrato cristalino formando masas, y á través del estrato cristalino formando filonitos; más hacia el interior se encuentra el terreno terciario.

Entre el Gurugú y el Cabo de Tres Forcas hay la gran vaguada de Río de Oro, que, así como la de su afluente el Frajana, pertenecen al terreno terciario mioceno.

Las llanuras de Nador y Atlaten están compuestas por detritus de rocas feldespáticas que deben ser muy ricas en substancias alcalinas, y por ende altamente favorables al cultivo; en cuanto á la orilla interior de Mar Chica, no tiene traza de cordón litoral, estando formada por rocas eruptivas y detritus de éstas.

Por fin, la Sierra de Quebdana podemos considerarla como una formación heterogénea compuesta de diferentes terrenos, que se hallan relacionados con las formaciones de la Argelia, siendo probable que en ella existan criaderos minerales de hierro y otros metales explotables.

En la parte próxima á Cabo de Agua se hallan terrenos recientes, y en la zona contigua al mar de esta punta, así como de Ras Quiviana y Restinga, se observa un cordón litoral clásico de reciente construcción, á la que contribu-

yen la excesiva proporción de sales del mar en esa parte y la presencia de multitud de conchas y restos de los abundantes moluscos que en ese litoral se crían.

Con lo expuesto ya se comprende que han de encontrarse terrenos muy accidentados en todos los macizos del Gurugú y Tres Forcas, así como más tendidos, y con los taludes correspondientes á los terraplenes y conos de deyección, en los terrenos de formaciones detríticas, así como en los de época diluvial.

El valle de Río de Oro es bastante accidentado; pero las erosiones producen arrastres y depresiones de cierta regularidad, que hace adoptar á las subcuencas formas un tanto redondeadas.

Los terrenos de Quebdana son de una topografía más variada y en relación con las formaciones respectivas; así, pues, encontramos escarpes casi verticales, como en la cumbre del monte Tessan, denominada la Peineta, que mide la respetable altitud de 998 metros sobre el nivel del mar, en tanto que en sus estribaciones occidentales se enlaza con los llanos del Garet y con el valle de Zeluán.

Las pequeñas cuencas sitas entre la Sierra de Quebdana y el Mediterráneo sufren erosiones notables á consecuencia de la fácil destrucción de los terrenos que las forman por las aguas torrenciales que de la sierra proceden, y á ello es debido el considerable número de barrancos profundos y de poca amplitud que hacen un tanto penosa la marcha por esa zona.

Más hacia el Este se encuentran laderas ya algo más consistentes, en que predominan los terrenos calizo arcillosos, influyendo también en que no estén cruzados por surcos profundos la circunstancia de estar ya lejanas las estribaciones de la sierra y de verter éstas sus aguas al Muluya.

Desde Yebara podemos considerar que se penetra ya en la cuenca del Muluya, porque, con ligera accidentación, se suceden ya los llanos hasta llegar á ese río, el segundo en importancia de Marruecos, y que ofrece una serie espléndida de terrenos casi horizontales desde el Morabito Sidi-Mohamed-Amezian hasta la desembocadura en el Mediterráneo.

El pequeño afluente que hay más al Sur, denominado barranco de la Ceniza, tiene también una amplia accidentación que no desdice de la topografía del rico valle del Muluya.

Para completar las noticias geológicas daremos á conocer las distintas capas atravesadas en la perforación de los pozos artesianos que están abriéndose así en Cabo de Agua como en Melilla, en el estado en que se hallaban en los días que hicimos las observaciones:

SONDEOS DEL POZO ARTESIANO DE CABO DE AGUA.

Profundidad de la capa. — Metros.	Profundidad del taladro desde la superficie. — Metros.	TERRENOS ATRAVESADOS	OBSERVACIONES
25	25	Arenisca en formación.....	El agua de la capa general subterránea se encontró a nueve metros de profundidad.
1,10	26,10	Roca caliza.....	
28,90	50	Arenisca en formación.....	
9	59	Arenisca en formación.....	
2	61	Detritus de rocas eruptivas con algo de arcilla.....	

SONDEOS DEL POZO ARTESIANO DE MELILLA.

(Huerto de las Cañas.)

Profundidad del taladro. — Metros.	Profundidad de la entubación. — Metros.	TERRENOS ATRAVESADOS	OBSERVACIONES
7	6	Desde la superficie hasta 5 metros, arcilloso.	A los 58 metros se encontró una capa de 0,50 metros de pizarra.
6	6	Desde 5 hasta 9 metros, arena gruesa.	
4	8	Desde 9 hasta 12 metros, arena fina.	
10	9	Desde 12 hasta 18 metros, piedra asperón.	
7	6	Desde 18 hasta 15 metros, arena fina.	
6	6	Desde 15 hasta 20 metros, asperón amarilla.	
7	6	Desde 20 hasta 24 metros, arcilla (color verdoso).	
6	9	Desde 24 hasta 25 metros, asperón (color naranja).	
58	51	Desde 25 hasta 28 metros, asperón (más claro).	
		Desde 28 hasta 32 metros, arcilla (primera parte, chinas).	
		Desde 32 hasta 35 metros, arcilla (más compacta).	
		Desde 35 hasta 37 metros, arcilla y chinas.	
		Desde 37 hasta 42 metros, arcilla (color plomo).	
		Desde 42 hasta 51 metros, arcilla (color plomo).	
		Desde 51 hasta 54 metros, arcilla y pizarra.....	
58	57	Desde 54 hasta 57 metros, arcilla obscura.....	

Meteorología

Hállase resguardada Melilla de la acción de los vientos del Sur y de la influencia directa del Sahara por la triple cordillera del Gran Atlas, del Atlas Medio y del Pequeño Atlas; gracias á ello reúne condiciones mucho más favorables que las que de otro modo le corresponderían, no siendo, pues, de extrañar que no sean excesivamente rigurosos los máximos ni los mínimos de temperatura, cuyos límites extremos son, en uno y otro sentido, inferiores á los de importantes poblaciones andaluzas.

Para dar una idea de las características meteorológicas de las posesiones españolas sitas al occidente del Muluya, consignaremos los siguientes datos, procedentes de los observatorios de las obras del puerto de Melilla:

TERMÓMETRO (Á LA SOMBRA Y AL AIRE LIBRE).

Del 1.º de agosto de 1904 al 31 de julio de 1905.

Máxima anual.....	88	grados.
Mínima.....	9	—
Media.....	19,6	—

Del 1.º de agosto de 1905 al 31 de julio de 1906.

Máxima anual.....	87	grados.
Mínima.....	2,5	—
Media.....	17,7	—

Del 1.º de agosto de 1906 al 31 de diciembre de 1907.

Máxima anual.....	84,5	grados.
Mínima.....	0	—
Media.....	17,7	—

Del 1.º de enero al 31 de diciembre de 1908.

Máxima anual.....	82,5	grados.
Mínima.....	5	—
Media....	18	—

BARÓMETRO.

Del 1.º de agosto de 1904 al 31 de julio de 1905.

Máxima anual.....	771
Mínima.....	752
Media.....	761

Del 1.º de agosto de 1905 al 31 de julio de 1906.

Máxima anual.....	775
Mínima.....	751
Media.....	768

Del 1.º de agosto de 1906 al 31 de diciembre de 1907.

Máxima anual.....	771
Mínima.....	742
Media.....	759

Del 1.º de enero al 31 de diciembre de 1908.

Máxima anual.....	775
Mínima.....	758
Media.....	768

LLUVIAS SEGÚN LAS ESTACIONES DEL AÑO.

Del 1.º de agosto de 1904 al 31 de julio de 1905.

	<u>Días.</u>	<u>Milímetros.</u>
Primavera.....	15	77,5
Estío.....	8	16
Otoño.....	5	87,5
Invierno.....	11	59,5
TOTAL.....	84	190,5

Del 1.º de agosto de 1905 al 31 de julio de 1906.

	<u>Días.</u>	<u>Milímetros.</u>
Primavera.....	9	58
Estío.....	2	5
Otoño.....	18	102
Invierno.....	10	71
TOTAL.....	84	296

Del 1.º de agosto de 1906 al 31 de diciembre de 1907.

	<u>Días.</u>	<u>Milímetros.</u>
Primavera.....	8	48
Estío.....	6	88
Otoño.....	28	275
Invierno.....	14	76
TOTAL.....	86	492

Del 1.º de enero al 31 de diciembre de 1908.

	Días.	Milímetros.
Primavera	10	80
Estío	2	15
Otoño	18	181
Invierno	22	288
TOTAL	50	515

Del 1.º de agosto de 1904 al 31 de julio de 1905.

Los días más calurosos han sido el 8, 9, 22 y 23 de agosto de 1904, con vientos del Nornoroeste y Noroeste, correspondiendo á puntos máximos de la curva de presiones barométricas. La mínima de las temperaturas ha sido observada el 4 de enero de 1905, con viento flojo del Este; el 25 de febrero del mismo año, con viento fuerte del Oeste.

Del 1.º de agosto de 1905 al 31 de julio de 1906.

Los días más calurosos han sido el 12, 16 y 28 de agosto de 1906, con calmas del Nordeste y Noroeste, correspondiendo á puntos medios de la curva de presiones. La mínima de las temperaturas correspondió al 5 de febrero, con viento fresco del Noroeste, y al 6 y 7 de dicho mes, con brisas del Noroeste, correspondiendo al 5 de febrero una presión barométrica de 765 milímetros; al 6, de 768; y al 7, de 771.

Del 1.º de agosto de 1906 al 31 de diciembre de 1907.

Los días más calurosos han sido el 11 de agosto de 1906 y el 6 y 20 de junio de 1907, con calmas del Nornoroeste el primero y segundo, y con brisa del Noroeste el tercero, correspondiendo á puntos medios de la curva de presiones. La mínima de la temperatura corresponde al 4 de febrero de 1907, con viento fresco del Noroeste, y al 14 del mismo mes y año, con brisas del Norte, correspondiendo al 4 de febrero una presión barométrica de 742,5 milímetros, y al 14, de 756.

Del 1.º de enero al 31 de diciembre de 1908.

Los días más calurosos han sido el 6 de julio y el 29 de agosto, con calmas del Noroeste el primero y brisa del Norte el segundo. La mínima de la temperatura corresponde al 31 de enero, con viento fresco del Norte, y al 1 y 3 de febrero, con viento fresco del Norte y con brisa del Sudeste, respectiva-

mente, correspondiendo al 31 de enero una presión barométrica de 764 milímetros; al 1.º de febrero, de 760; y al 3, de 768.

Del 1.º de agosto de 1904 al 31 de julio de 1905.

Presión barométrica media de los días de lluvia... 759,8
Temperatura media de los días de lluvia 15,2 grados.

Del 1.º de agosto de 1905 al 31 de julio de 1906.

Presión barométrica media de los días de lluvia... 762,5
Temperatura media de los días de lluvia 14,4 grados.

Del 1.º de agosto de 1906 al 31 de diciembre de 1907.

Presión barométrica media de los días de lluvia... 748,2
Temperatura media de los días de lluvia 16 grados.

Del 1.º de enero al 31 de diciembre de 1908

Presión barométrica media de los días de lluvia... 762,7
Temperatura media de los días de lluvia 15,1 grados.

De los resultados de las observaciones se deducen las siguientes consecuencias relativas á los cuatro años y cinco meses citados:

La temperatura oscila desde el mínimo de cero hasta un máximo de 38 grados, con un promedio de 18,2. La oscilación del barómetro marca variaciones desde el mínimo de 742 al máximo de 775, con una media de 761 milímetros.

El pluviómetro acusa en primavera, verano, otoño é invierno, y en total, respectivamente: diez días con 65 milímetros, tres con 80, doce con 115, diez y seis con 125 y cuarenta y uno con 313.

La dirección de los vientos reinantes durante los trescientos sesenta y cinco días del año se distribuye del siguiente modo: cincuenta y nueve días del Norte, ochenta y cuatro del Nordeste, veinticuatro del Este, ocho del Sudeste, otros ocho del Sur, cuatro del Sudoeste, catorce del Oeste y ciento cuarenta y cuatro del Noroeste, siendo de calma los veinte días restantes.

Los vientos de tierra son, pues, los menos frecuentes.

La velocidad del viento ha oscilado desde uno á 87 metros por segundo.

En los días de lluvia la presión y la temperatura media han sido de 758,3 y de 15,2 grados.

En los días 1.º de abril y 15 de julio de 1907 y 26 de julio de 1908 se notaron ligeros temblores de tierra, movimientos oscilantes Etesudeste, correspondiendo á presiones barométricas de 758, 762 y 761 milímetros.

Las observaciones análogas del puerto de Chafarinas dieron el resultado siguiente:

TERMÓMETRO.

Del 18 de enero al 31 de agosto de 1906.

Máxima.....	23,5	grados.
Mínima.....	7	—
Media.....	15,86	—

Del 1.º de septiembre de 1906 al 31 de diciembre de 1907.

Máxima.....	34	grados.
Mínima.....	5	—
Media.....	18,5	—

Del 1.º de enero al 31 de diciembre de 1908.

Máxima.....	32	grados.
Mínima.....	7	—
Media.....	16,4	—

BARÓMETRO.

Del 18 de enero al 31 de agosto de 1906.

Máxima.....	775
Mínima.....	751
Media.....	768

Del 1.º de septiembre de 1906 al 31 de diciembre de 1907.

Máxima.....	769
Mínima.....	740
Media.....	754,5

Del 1.º de enero al 31 de diciembre de 1908.

Máxima.....	772
Mínima.....	750
Media.....	761

ESTADO DE LA LLUVIA CAÍDA DURANTE LOS AÑOS 1906, 1907 Y 1908.

	Días.	Milímetros.
AÑO 1906		
Invierno.....	11	78
Primavera.....	4	25
Estío.....	5	12
Otoño.....	9	58
TOTAL.....	29	178

	Días.	Milímetros.
AÑO 1907		
Invierno	15	99
Primavera	6	44
Estío.....	4	67
Otoño.....	9	48
TOTAL.....	34	258
AÑO 1908		
Invierno	26	207
Primavera	12	59
Estío.....	2	5
Otoño.....	11	59
TOTAL.....	51	330

Del 18 de enero al 31 de agosto de 1906.

Los días más calurosos han sido el 10, 13, 11, 17 y 18 de agosto, con vientos Norte, Noroeste y Este, correspondiendo á presiones barométricas de 760,3, 759,6, 757,7, 760,2 y 759,7.

Los más fríos han sido el 6 y 7 de febrero, con vientos Norte y Sudoeste y presión de 757,5 y 754.

Del 1.º de septiembre de 1906 al 31 de diciembre de 1907.

Los días más calurosos han sido el 16 de septiembre de 1906 y el 20 de junio de 1907, con vientos de Sudeste y Noroeste, correspondiendo á presiones barométricas de 758,5 y 759,8.

Los más fríos han sido el 3 de febrero, el 26 de noviembre y el 27 de diciembre de 1907, con vientos de Sur, Noroeste y Sudeste, correspondiendo á presiones barométricas de 756,5, 762,7 y 751,1.

Del 1.º de enero al 31 de diciembre de 1908.

Los días más calurosos han sido el 29 de agosto y el 5 de julio, con vientos de Sudoeste y Norte, correspondiendo una presión barométrica de 758 y 758,5.

Los más fríos han sido el 5 de febrero y el 17 de marzo, con vientos de Nordeste y Noroeste, correspondiendo una presión barométrica de 765 y 757.

El resumen de las calendadas observaciones acusa para el trienio las consecuencias que á continuación anotamos:

Las oscilaciones de temperatura fueron desde 5 á 32 grados, con una media de 5.

Las presiones barométricas en milímetros variaron desde 740 á 775, con un promedio de 740.

Llovió en primavera durante siete días, con 42 milímetros; en verano, cua-

tro, con 28; en otoño, diez, con 53; en invierno, catorce, con 128; y en total, durante el año, treinta y cinco, con 251.

Reinaron vientos Norte durante veintidós días; Nordeste, en noventa y nueve; Este, en veintiocho; Sudeste, durante treinta y tres; del Sur, en once; Sudoeste, en cincuenta y ocho; Oeste, en veintiséis; Nordeste, en sesenta y ocho, y hubo calma durante veinte de los trescientos sesenta y cinco días del año.

Las medias de presión barométrica y temperatura durante los días de lluvia fueron de 758,8 y 14,7 grados.

Las diferencias entre ambos resultados de observaciones se explican por hallarse Chafarinas formando un grupo de islas, en las que reduce las variaciones extremas de temperatura la mayor constancia que en general ofrecen las de los mares respecto á las de las tierras, aun cuando se comparen con las de las zonas litorales, como la playa de Melilla.

Etnografía é historia

La mayoría de los pobladores del Rif son bereberes, quienes, según Alermón y Dorrégui, proceden de los filisteos. Sin embargo, hoy son conocidos con el nombre genérico de Imazighen, Imaziren ó Amazirgos, nobles, no sólo los de origen fenicio, sino todos los indígenas anteriores á la invasión árabe.

La mezcla de razas y tipos conocidos, producida por la sucesión de pueblos que han tenido asiento en el Rif, es, en realidad, extraordinaria; el cruzamiento de razas ha sido muy frecuente, originándose por ello una tal diversidad de caracteres étnicos, que en la misma kábila se ven individuos de procedencia árabe y etíope, así como otros de raza europea.

Es un hecho, al parecer indubitable, que con anterioridad á la fundación de Cartago y de las colonias cartaginesas, los fenicios de Tiro y de Sidón llegaron en sus excursiones marítimas hasta la costa libia del Atlántico, donde ya encontraron establecidas tribus iberas.

La población de Melilla fué la colonia fenicia de Russadir, y, según escritores franceses que se han ocupado de Marruecos, Mar Chica fué un antiguo puerto fenicio, utilizado también por los cartagineses y por los romanos.

En los muros de uno de los templos de Cartago se lee una notable inscripción relativa á un interesantísimo viaje verificado por el almirante Hannon hacia los años de 450 antes de Jesucristo, gracias al que consiguió establecer colonias cartaginesas hasta en la costa occidental de Marruecos. Tingis (hoy Tánger), Salé y Lixus, cerca de Larache, fueron, según Guillot, centros comerciales florecientes.

Un siglo después de la destrucción de Cartago los romanos constituyeron la provincia de la Mauritania Tingitana, cuyo territorio es, aproximadamente, el de la mitad superior del actual Imperio marroquí, toda vez que el límite

sur pasaba por cerca de Rabat, Salé y Devolubilis, sito en el djebel (monte) Zerhun, dispuesto entre Fez y Mekínez, de fundación romana. Badis, próxima á la población de Bades, actualmente asentada frente al Peñón de Vélez de la Gomera, se la atribuye el mismo origen de las ruinas de Taxuda.

La Junta de Obras del puerto de Melilla poseía datos que la indujeron á creer que esta ciudad fué muy populosa en la época de la dominación romana, y se refiere en la Memoria de 1906 al importante comercio de hierro y oro de sus ricas minas, y del de perlas que pescaban en la rada y en la laguna, ó Mar Chica. Al practicarse las excavaciones en la falda oriental del montículo de San Lorenzo encontráronse restos antiguos y huesos humanos, que fueron clasificados en los Museos Arqueológico y Antropológico como pertenecientes á la época de la dominación romana del norte de África.

El límite divisorio de las provincias romanas Cesariana y Tingitana era el río Muluya.

El cristianismo hizo rápidos progresos en la Mauritania Tingitana, cuyo litoral fué ocupado por los vándalos en el siglo V, y poco después por los bizantinos.

En el año 682 de la Era cristiana el famoso conquistador musulmán Sid-Okba-ben-Nafé llegó hasta las costas del Atlántico. Al apoderarse de la población romana sucesora de Russadir, los árabes la denominaron Mlila, de donde procede su nombre actual.

Por ser muy conocida la irrupción de los musulmanes en España dejamos de relacionar los hechos históricos que á ella se refieren, y en los que tomaron parte muy activa los bereberes, á los cuales pertenecieron las dos célebres dinastías de los Almoravides (El-Mrabtin, morabitos ó religiosos), procedentes de la tribu sahariana de los Sanhadja, y los Almohades, á los cuales pertenecieron Abd-el-Mumen, que reinó desde 1130 hasta 1163, y Almanzor (El-Monsur), fundador de Rabat.

La decadencia de los musulmanes fué luego tan extraordinaria, que los cristianos, portugueses y españoles, les tomaron varias plazas de la costa y del interior. Así, cayeron en poder de los lusitanos: Ceuta, en 1415; Ksar-es-Srir, en 1458; Arcila y Tánger, en 1471; Safi y Azemur, al principio del siglo XVI, en cuya época fundaron Mazagán.

Por consecuencia del sinnúmero de fechorías cometidas por los piratas berberiscos, que obligaron á levantar multitud de torres de guarda en el litoral mediterráneo español, los Reyes Católicos decidieron emprender la conquista de la parte del litoral mediterráneo que aquéllos ocupaban.

Entre otras expediciones que se organizaron contra Berbería, interesa á nuestro objetivo ocuparnos de la dirigida contra Melilla, la cual salió en septiembre de 1496 del puerto de Sanlúcar de Barrameda; la armada era fuerte de 5.000 hombres de infantería, alguna caballería, artillería y pertrechos de guerra, y la mandaba Pedro Estopiñán, por encargo y cuenta de D. Juan de Guzmán, duque de Medina-Sidonia.

La toma de Melilla se verificó sin lucha, porque, si bien acudieron los moros á Muley Mahomet, Rey de Fez, en demanda de socorros, éstos llegaron

tarde y después de haber huído los pobladores de Melilla á la aproximación de dichas fuerzas, que se apoderaron de la ciudad y de las más importantes alturas circundantes.

Según afirma el marqués de Segonzac, la expedición de D. Juan de Guzmán se internó algo en el Rif, pues después de dejar guarnecida Melilla y apoderarse del puerto de Kasasa en la laguna de Bu-Erg ó Mar Chica, tomó á Zeluán, fundando una villa española cuyo recinto ocupa la alcazaba del mismo nombre.

El recinto de esa fortaleza fué construido por Muley-Ymail y reparado por el Sultán Sidi-Mahomed-ben-abd-Allah, en el período de 1757 á 1790, cuando pasó la guarnición de Melilla á Tánger.

Sidi-Mahomed XVIII reconstruyó en 1859 la alcazaba de Zeluán, con motivo de la lucha contra España llamada guerra de Tetuán.

Más tarde Muley-Hassan utilizó esa fortaleza, dotándola de una guarnición de 500 hombres y haciéndola servir como punto de apoyo durante la expedición contra los Beqqia. Por fin, durante la rebelión del Roghí ó pretendiente Bu-Hamara (el tío de la burra) constituyó Zeluán la base de operaciones de dicho atrevido guerrillero, que llegó á dominar en la región oriental de Marruecos.

Aunque sea muy sucintamente, daremos también algunas breves noticias acerca de otras empresas españolas contra pueblos berberiscos distintos del en que se han verificado las recientes operaciones, y que emprendió España en cumplimiento de la previsora disposición testamentaria de la gran Reina Isabel la Católica.

Del puerto de Almería partió en agosto de 1505 una armada cuyos jefes eran D. Diego Fernández de Córdoba y Ramón de Cardona, la cual, en septiembre siguiente, se apoderó del puerto de Mazalquivir, inmediato á Orán; esta expedición fué organizada por el entonces arzobispo Cisneros, quien á este efecto anticipó al Rey Fernando once cuentos de la moneda de Castilla.

La expedición siguiente partió del puerto de Málaga, al mando del conde Pedro Navarro, el cual derrotó á los corsarios berberiscos, yendo en su persecución y tomándoles en julio de 1508 la fortaleza del Peñón de la Gomera, de cuya posición partían para sus correrías.

Por iniciativa del mismo Cisneros, y mediante una capitulación firmada entre el mismo y el Rey Fernando, se organizó una expedición, á cuyo frente iba el citado Sr. Jiménez de Cisneros, ya promovido á cardenal, siendo general de la armada el antes nombrado conde Pedro Navarro. La flota partió de Cartagena el 16 de mayo de 1509 y llegó al puerto de Mazalquivir al día siguiente, comenzando inmediatamente por mar y por tierra el ataque de Orán, que cayó en seguida en poder de los cristianos, y horas antes de que llegase á Orán el ejército que desde Tremecén había ido á socorrer la plaza, en previsión de que sería atacada.

(Se continuará.)

ARCHIVOS MARROQUÍES

HISTORIA CRÍTICA

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA EN 1859-60

Escrita en francés por A. Joly, de la Misión científica de Marruecos,
y traducida al español por A. Huici.

(Continuación.)

2.—Táctica de los españoles.

A la manera *sui generis* de combatir del enemigo, los españoles tuvieron que oponer medidas especiales.

A) TÁCTICA GENERAL.—EMPLEO DE LAS DIFERENTES ARMAS.—*En la ofensiva.*—Cadenas de tiradores muy extendidas, para hacer frente á la larga línea enemiga é impedirle un movimiento envolvente.

Empleo de masas, más bien para amedrentar al enemigo que para ejecutar verdaderos ataques.

Ataques de flanco para tratar de envolver á los marroquíes por una de sus alas; «procedimiento que tuvo éxito casi siempre con un enemigo que sólo posee una organización y una disciplina rudimentarias» (1).

Para desmoralizarlo, ataques á la bayoneta (2), baterías de cohetes, gra-

(1) Mordacq: op. cit., pág. 103.

(2) «En el combate del 22 de noviembre—dice Mordacq (op. cit., pág. 61)—emplearon los españoles por vez primera la bayoneta; y tan buen resultado les dió, que recurrieron á ella casi constantemente. En toda campaña en que uno de los beligerantes no dispone de bayonetas, el efecto moral del arma favorita de Sonarov es decisivo (guerras del Tonkin, del Transvaal, para no citar sino las más conocidas).»

La primera afirmación de este autor es inexacta. Los españoles hicieron uso de la bayoneta mucho antes: recuérdese que en las escaramuzas entre la guarnición de Ceuta y los anyeras, el 13 de septiembre, los cazadores de Madrid se apoderaron de la Mesquita á la bayoneta; y ya antes, el 7 y el 11 del mismo mes, los cazadores, mandados por el duque de Gor, habían empleado la misma arma.

A propósito de la bayoneta, agrega Mordacq (op. cit., pág. 106):

«Hay que notar que en 1860 españoles y marroquíes tenían fusiles de poco alcance: así se explica cómo estos últimos podían llegar hasta las filas mismas de sus adversarios y obligarles á recurrir á la bayoneta. Hoy el armamento de tiro rápido permitiría contener mucho más fácilmente los ataques desordenados de los moros; por otra parte, su armamento actual (Remington) haría mucho más sangrientas las cargas á la bayoneta.»

En primer lugar, téngase en cuenta que lo del armamento perfeccionado no es verdad, sino para una mínima parte de Marruecos; y obsérvese, además, que sobre el corto alcance del armamento en 1859 puede haber exageraciones, como veremos después.

Mordacq señala también el derroche de municiones que hacían los soldados biselios, como una de las causas que les obligaba á recurrir á la bayoneta. Nosotros agregáramos la poca eficacia del fuego de la infantería sobre un enemigo disperso y bien protegido, como lo estaban los marroquíes cuando el combate se libraba en un terreno accidentado, es decir, casi siempre.

En resumen, creemos que los españoles hicieron de la bayoneta un empleo muy racional, dadas las condiciones topográficas, la moral y la manera de combatir del enemigo, al mismo tiempo que su propio temperamento, ardiente y apasionado.

nadas rompedoras y fuego sostenido por pelotones. Poco importaba que la artillería hiciese daños materiales ó no: el efecto moral bastaba para provocar la retirada del enemigo.

En la defensiva.—Reservas dispuestas á rechazar el ataque en cualquier parte que se intentase. Durante la primera parte de la campaña los marroquíes preparaban sorpresas, atacando por varios puntos á la vez.

Retaguardias fuertemente organizadas para permitir á las tropas replegarse. Sólo al fin, después de varios accidentes desagradables, se adoptó este método (1).

La artillería de montaña prestó los mayores servicios: apenas el general O'Donnell comprendió la manera de combatir de los marroquíes, le dió orden de marchar siempre con la infantería y de estar constantemente dispuesta á apoyarla (2).

De hecho ella preparó el éxito de casi todos los combates, que de otro modo hubieran sido mucho más mortíferos. En cuanto á las baterías de cohetes, fueron eficacísimas contra la caballería; sus proyectiles espantaban á los caballos y sembraban el desorden entre los jinetes; los marroquíes los temían mucho, y los llamaban *serpientes de fuego* (3). La caballería, por el contrario, desempeñó un papel más modesto (4). En primer lugar, el terreno no le era muy favorable. «Los marroquíes, por su parte, excepto en Tetuán, tenían poca caba-

(1) En efecto; al principio no se comprendió la importancia de la retaguardia en la guerra de África: en los primeros combates las retaguardias eran insuficientes. Ya el 19 de noviembre se tuvo experiencia de ello. Los cazadores de Cataluña, que protegían la instalación del campamento, tuvieron seis hombres fuera de combate apenas intentaron replegarse; el batallón tuvo que volver en auxilio de su retaguardia. Lo mismo pasó varias veces después y había pasado en Argelia al principio.

«El Estado Mayor español, como lo prueban las instrucciones dadas al comienzo de la guerra, se había inspirado mucho en las campañas argelinas; sin embargo, parece ser que la oficialidad no se había penetrado bien de ellas, pues desde el primer día caía en las mismas faltas que se les hacía notar.» (Mordacq: op. cit., pág. 59.)

(2) En cambio, la artillería de sitio no sirvió para nada, y O'Donnell no pudo menos de sentirlo, pues disponía de un material muy completo: cuarenta piezas de grueso calibre.

«Dados los informes que el Estado Mayor español poseía acerca de la artillería marroquí, puede uno preguntarse qué razones movieron á O'Donnell á llevar consigo un material tan embarazoso. Precisamente por aguardarle perdióse en la segunda parte de la guerra un tiempo precioso, en vez de ir inmediatamente contra el enemigo, que recibía todos los días considerables refuerzos.» (Mordacq: op. cit., páginas 108-109.)

(3) Iriarte: op. cit., pág. 84.

(4) Mordacq, pág. 107. Sólo en la Haura de Tetuán, y por vez primera en el combate de la Aduana (23 de enero), tuvo importancia la acción de la caballería. (Cf. G. de Lavigne: op. cit., páginas 102-103.)

«La caballería española, con sus excelentes caballos andaluces, desempeñó un gran papel en esta batalla. Después de los búscas, que tan brillantemente se habían batido en los Castillejos, y de los lanceros de Farnesio, que habían dado una valiente carga ante el campamento de Río Martín, los búscas quisieron también distinguirse. Lanzáronse al galope por el llano sobre aquellas masas salvajes, acuchillándolas sin piedad; luego, cuando los moros, más numerosos, lanzando alaridos fanáticos, bajaron todos al campo de batalla, los búscas volvieron grupas, y tras ellos vino la artillería, que vomitó sobre el enemigo un diluvio de cañones y de granadas.»

Schlagintweit da los siguientes datos sobre los caballos de la caballería española (páginas 116 y siguientes): «Descendientes del cruce de la raza africana con la peninsular, presentan, sobre todo en Andalucía, grandes semejanzas con los caballos bereberes; aunque son, en general, algo menos elegantes, se distinguen á veces por su belleza, y siempre son vivos, dulces y muy sufridos.

«La manera cómo se los cria les sirve mucho para las fatigas de la guerra; difiere poco de la manera árabe: los potros viven al aire libre en las mesetas por manadas, que pastan en libertad, sin que se los encierre ni siquiera de noche; pocas veces, y sólo en verano, cuando la hierba se agosta con los grandes calores, se les da pienso.»

Schlagintweit agrega otros detalles interesantes sobre la forma, la cría y la selección de estos caballos, los grandes centros de remonta, etc.

Su resistencia á las fatigas de la campaña ha sido confirmada por Von Goeben (op. cit., II, pág. 306), quien declara que después de tantas noches pasadas á la intemperie se encontraban en el mejor estado.

llería, y aun ésa, intimidada por la formación de la infantería española, no hizo más que demostraciones, sin cargar nunca á fondo» (1). La caballería fué á veces mal empleada—Wad-Rás (2)—; á veces se dejó arrastrar por su excesivo ardor hasta verse comprometida—Castillejos, por ejemplo (3)—; finalmente, «en algunos casos en que tuvo que intervenir fué lanzada á la carga sin el sostén de la infantería, falta capital en la guerra de Africa» (4); y, en general, atacaba sin conocer el terreno que había de recorrer—combate de Jeleli, 31 de enero, carga de Villaviciosa (5)—. «Pudo, en resumen, convenirse de que se encontraba frente á adversarios de primer orden, y de que no había vencido sino cuando combatía en orden cerrado, aprovechándose de su organización, de su disciplina y de su táctica» (6). Mordacq reprocha á O'Donnell el no haber hecho nunca perseguir al enemigo por su caballería después de haberlo derrotado (7); ni siquiera después de la batalla de Tetuán. Pero hay que reconocer que los alrededores de esta ciudad, con sus jardines, barrancos, setos y matorrales, no se prestaban al empleo de la caballería para ese fin; en la montaña todavía es más evidente la dificultad. Ahora bien; la mayor parte de los vencidos aquel día se refugiaron en Yebel-Dersa.

«Los ingenieros prestaron inmejorables servicios creando vías de acceso para las columnas de artillería y de infantería: viéronse, en efecto, constantemente secciones de ingenieros que iban en la vanguardia y se consagraban por completo á facilitar la marcha del ejército» (8).

B) TÁCTICA DE COMBATE (9).—En el llano los generales españoles se con-

(1) Mordacq; op. cit., pág. 107.

(2) Recuérdese el extraño uso que Prim hizo de dos escuadrones en la colina de Beni-Ider.

(3) Este día (1.º de enero) la caballería, cayendo en medio del campamento marroquí, tuvo que apearse y defenderse tras sus caballos, según un autor español citado por Mordacq (pág. 107).

(4) Mordacq, pág. 108.

(5) «Era la primera vez que este escuadrón entraba en fuego.» (Mordacq, pág. 73.)

(6) Mordacq, pág. 108. «Este es—agrega—un principio fundamental confirmado por todas las guerras de Argelia, sobre el cual nunca se insistirá bastante.» No hay que olvidar que la caballería era una de las armas que estaban menos preparadas para la guerra, según Vidal (apud Baudouin y Orléans: op. cit., pág. 236). Con motivo de la campaña se crearon nuevos regimientos. G. de Lavigne (pág. 13) habla de dos regimientos de caballería organizados al declararse la guerra, sobre el modelo francés.

(7) Mordacq; op. cit., loc. cit. O'Donnell tenía doce escuadrones—dice Mordacq—; pero no le ocurrió nunca emplearlos en perseguir al enemigo. Y agrega: «Es curioso el notar que la historia militar presenta un gran número de casos en los que el general no se ocupa de sacar partido del triunfo, como si la alegría de haber vencido le hiciese olvidar un principio de táctica tan elemental.» (Mordacq; op. cit., pág. 88.)

No creemos, como manifestamos en el texto, que estas consideraciones estén aquí muy en su punto.

(8) Mordacq; op. cit., pág. 111. Sin embargo, para este autor el contingente de ingenieros, como el de caballería, era exagerado; pero, en cuanto á los ingenieros, «hay que tener en cuenta la época (1859; cuatro años después del sitio de Sebastopol) y la persuasión de O'Donnell de tener que sitiar á Tetuán. Ganado Tetuán sin disparar un cañonazo, comprendió que para avanzar contra Tánger, las quince compañías con que contaba el ejército serían más bien un estorbo, y dejó la mayor parte en Tetuán.» (Mordacq, pág. 110.)

(9) Mordacq, pág. 105. Schlagentweit, páginas 228 y 319. «Uno de los rasgos característicos de esta campaña—dice Mordacq—es el empleo por los españoles de una táctica que, sobre todo en el combate, se acerca más á la táctica europea que á la inaugurada en las guerras argelinas. Sin embargo, los oficiales españoles conocían bien estas guerras, las habían estudiado, y algunos de ellos habían acompañado á nuestras columnas, persuadidos de que algún día tendrían que renovar la guerra nacional contra el moro. Pero hay que tener en cuenta que los efectivos presentados por ambas partes obligaron á los españoles á dirigir metódicamente el combate, á maniobrar, á oponer el orden al desorden.

«El mismo hecho se reprodujo en la batalla de Isly, lo cual parece probar que, bajo cualquier latitud, apenas contingentes numerosos entran en combate, las leyes generales de la táctica se imponen á los procedimientos particulares del país.

«Analicemos, por ejemplo, la batalla de Tetuán. Desde el punto de vista táctico, los cuerpos de ejército adoptan un plan inspirado evidentemente en el del general Bugeaud, y que por su profundidad no hubiera podido seguirse en un

tentaban con disponer sus tropas en paralelogramos: las fracciones de infantería, en escalones, á los lados, dispuesta á hacer fuego en todas direcciones; la artillería en el centro, y la caballería á la zaga.

«En terreno accidentado numerosos destacamentos cubrían los flancos; la artillería iba también en el centro, y la caballería á retaguardia.»

Según Schlagintweit, cuando en el ataque entraban batallones enteros, el ataque se daba en columna cerrada, sostenida por una ó dos compañías desplegadas en guerrillas.

En las cargas á la bayoneta tocaban las músicas, redoblaban los tambores, y todos los cornetas de la línea de tiradores daban el agudo toque de ataque; la bandera del batallón la enarbolaba á veces el jefe de las fuerzas, galopando delante de sus soldados; éstos avanzaban, animados por sus oficiales á los gritos de: ¡Adelante, adelante! ó ¡Adelante, muchachos!, y respondían: ¡Viva la Reina!, ¡Viva el comandante!

En los demás casos el jefe quedaba detrás de la línea de tiradores, vigilando y dirigiendo, no sólo á éstos, sino también al sostén y á todo el batallón que venía detrás.

Schlagintweit hace la siguiente crítica: «En general, los soldados se aprovechaban mal del terreno y no trataban de cubrirse; cuando había que señalar una posición á las reservas, no se atendía á resguardarlas convenientemente. Con esto aumentaba el número de heridos; sin embargo, *vis á vis* de un enemigo desprovisto de artillería, la cosa no era de capital importancia, y quizá se hacía de intento para presentarle la masa de las tropas é impresionarlo y convencerlo de su inferioridad numérica.

«En general—agrega Schlagintweit—, la distancia entre las guerrillas y su sostén estaba mal calculada: éste se ponía á veces tan cerca, que casi se tocaba con los tiradores, exponiéndose sin necesidad; otras quedaba tan lejos, que no llegaba á tiempo cuando tenía que pasar á la primera línea. Varias veces vióse á fuerzas fatigadas, que habían agotado sus municiones, esperar buen rato el socorro indispensable.» En una palabra, no se daba á esta parte de la táctica la debida importancia, según el oficial alemán.

«La falta de reservas fué aún más sensible en la caballería; la conducta de los generales no se acomodaba á su misión; aunque hay que tener en cuenta las ideas de entonces, y reconocer que no estaba en gran disonancia con la opinión de la época (1).

campo de batalla europeo. Las fases del combate se desarrollan metódicamente: primero, los ingenieros preparan el camino á las tropas; luego, la artillería rompe el fuego contra la artillería enemiga y avanza por escalones para preparar el avance de la infantería; en el momento del asalto, una parte de la artillería continúa vigilando las plazas enemigas; la otra, que es la más numerosa, abruma bajo una lluvia de proyectiles á los marroques que ocupan las trincheras.

«También la caballería desempeñó su papel cubriendo los flancos amenazados y buscando la ocasión de ayudar á la infantería. En cambio, en el momento de la huida quedó ociosa. Seamos indulgentes: en 1870, en los campos de batalla europeos, las caballerías alemana y francesa no estuvieron más felices. Ya hemos tenido ocasión de señalar varias veces en el relato de esta campaña la unión íntima de las tres armas, que fué la característica de la batalla de Tetsán, y que honra tanto á O'Donnell y á los oficiales del cuerpo expedicionario.»

(1) Mordacq: op. cit., pág. 93. Y en otra parte el mismo autor añade: «El 12 de enero vióse á Prim cargar, á la cabeza de su Estado Mayor; el 31 de enero el mismo general, según los críticos militares, luchaba como el último de sus soldados: hizo por su mano dos prisioneros y cogió dos caballos al enemigo.» (Mordacq: op. cit., pág. 98.) Para excusar

«En los combates del 24 y 25 de noviembre los generales están constantemente en la línea de fuego; hablan á sus soldados, los excitan al ataque, des-
empeñan, en una palabra, el papel de cabos y sargentos. A Echagüe le matan
el caballo; coge otro y corre al peligro, para ser herido. Gasset le reemplaza
en el mando, y se lanza á la línea de fuego.»

C) TÁCTICA DE MARCHA (1).—Las marchas se hacían «como en la guerra
europea, aumentando, sin embargo, las fuerzas de flanco por el lado peligro-
so»; es decir, por el opuesto al mar en toda la primera parte de la campaña.

En general, un pequeño destacamento iba en la vanguardia y otros dos á
los flancos, lo más cerca que se podía, y siempre en contacto con el grueso
del ejército; éste destacaba á veces de sus filas compañías enteras de tirado-
res, para mejor examinar el terreno cuando era muy quebrado. Apenas la co-
lumna hacía alto, se rodeaba de centinelas dobles.

La única marcha importante del ejército, que empleó diez y seis días en
hacer 30 kilómetros de Centa á Río Martín, fué la de Wad-Rás. En ella Mor-
daq considera que el primer cuerpo iba á la vanguardia como un verdadero
escalón de maniobra.

Ya hemos visto, además, el defecto de la disposición adoptada aquel día:
la falta de flanqueadores á la izquierda, que pudo haber tenido serias conse-
cuencias. Para remediarlo, hubo, en un momento dado, que desguarnecer el
convoy, con riesgo de que fuese robado por los marroquíes. Por fortuna, aun-
que había sido un error desde el punto de vista teórico, la escolta de la impe-
dimenta era muy fuerte: la mitad del contingente total (2).

D) TÁCTICA DE CAMPAMENTO.—Siempre que pudieron, los españoles rodea-
ron sus campamentos de fortificaciones más ó menos importantes, que consis-
tían en trincheras y parapetos consolidados, si se ofrecía el caso, con troncos
de árboles; estas medidas se encaminaban contra los frecuentes ataques de
marroquíes aislados contra las avanzadas. La artillería se emplazaba á veces
en el centro del campamento, pero más frecuentemente junto á una de las sa-
lidas; muy expuesta, por consiguiente, á golpes de mano terribles.

En el Serrallo, Río Martín y Tetuán fué donde, como es natural, se hicie-
ron con más perfección los trabajos de fortificación.

En general, el campamento tenía la forma de un cuadrado ó un rectángulo;
pero en la manera de acampar no había unidad. El general en jefe designaba
al comandante de cada cuerpo el puesto que le correspondía (3), y éste quedaba

este valor inútil, esta manera inoportuna de exponer una vida preciosa, de cuya conservación dependía muchas veces
la victoria, Mordaq agrega (pág. 63) que en la guerra de 1870 se vieron todavía muchos ejemplos del mismo género por
parte de los franceses. Hoy se piensa de otro modo en Francia y Alemania; pero quizá no en el Ejército de la Gran Bre-
taña, pues los oficiales ingleses en el Transvaal se han portado con frecuencia como los españoles en Marruecos. (Co-
municaciones verbales de un testigo.)

(1) Mordaq, páginas 112-113. «Este orden de marcha parece bastante lógico y responde claramente al que nosotros
seguíamos en Argelia cuando nuestras columnas operaban en Kabilia. A la cabeza, un destacamento en escalón de ma-
niobra; el tren y los convoyes, repartidos en el grueso de la columna; una fuerte retaguardia, y flanqueadores en las di-
recciones peligrosas.» (Mordaq: op. cit., pág. 113.)

(2) Schlagintweit, páginas 233-236.

(3) G. de Lavigne, pág. 44. «El cuartel general y los diferentes cuerpos se distinguen por sus banderas, que llevan
los colores de las principales Órdenes españolas:

«Cuartel general, bandera nacional.—Estado Mayor General, bandera azul.—Primer cuerpo, bandera encarnada

en libertad para tomar las medidas que le pareciese (1). Las medidas de seguridad consistían en grandes guardias á 125 metros de las tiendas; puestos menores á 100 metros, que destacaban centinelas á la misma distancia: disposición análoga á la seguida por el ejército francés en la misma época, aunque más restringida (2).

De ese modo el campamento no podía estar bien guardado: el enemigo podía llegar á él sin dar tiempo á las tropas para tomar las armas, como sucedió al principio de la campaña, en que los españoles sufrieron varias sorpresas (3).

En las instrucciones dadas á las tropas antes de comenzar la campaña se recomendaba á las avanzadas y escuchas ponerse al abrigo contra el fuego enemigo con parapetos de tierra, ramas de árboles, etc. (4).

Hay que agregar que con toda intención, según Schlagintweit, se había restringido todo lo posible el servicio de avanzadas: no se quería fatigar inútilmente al soldado, ni dejarlo mucho tiempo al aire libre durante la noche, en un país en el que la irradiación es muy fuerte (5).

En Tetuán no había ni santo y seña, ni servicio de patrullas; la consigna era no dejar pasar á nadie, si no era claramente reconocido; las puertas de la ciudad, una vez cerradas, no podían abrirse bajo ningún pretexto.

Por la mañana, sobre todo en los campamentos pasajeros, se hacía un ligero reconocimiento. «Las tropas que están en las trincheras—dice Iriarte—van á la descubierta; salen envueltas en sus capotes, avanzan con precaución, golpean con la culata de sus fusiles cada jaral, examinan todos los repliegues del terreno, y escalan las primeras alturas para descubrir el mayor espacio posible» (6).

con filetes amarillos (cinta de San Fernando).—Segundo cuerpo, bandera blanca y morada (cinta de San Hermenegildo). Tercer cuerpo, bandera blanca y azul celeste (Orden de Carlos III).—Cuarto cuerpo, bandera blanca y anaranjada (Orden de Isabel la Católica).—Artillería, bandera morada, con una bomba encarnada.—Caballería, bandera mitad blanca, mitad encarnada.—Ambulancia, bandera amarilla.—Administración, bandera blanca, con una cruz azul.—Parques y bagajes, bandera encarnada.—Ingenieros, bandera verde, con un castillo blanco.

«Una franja roja á media altura, en forma de galón, distinguía la tienda del general en jefe de las del cuartel general.» (Iriarte, pág. 6.)

(1) La misma libertad se dejaba á los jefes de cada cuerpo en lo que toca al cuadro de servicios. Sin embargo, el horario general se asemejaba al seguido en los campamentos prolongados, sobre todo en Tetuán: á las siete de la mañana, diana; á las nueve, primer rancho; á las diez, parada y relevo de guardia; al mediodía, llamada; á las cinco, segundo rancho; á las ocho, retreta; á las nueve, decauso. Pero, con frecuencia, ocupaciones accesorias impedían que se observase regularmente.

(2) Mordacq, pág. 115.

(3) «El combate del 22 de noviembre—dice Mordacq—comenzó por una sorpresa, lo cual nada tiene de extraño, dada la disposición de centinelas y guardias. El campamento sólo estaba protegido en un radio de 400 pasos, y eso en pleno día, pues los marroquíes atacaron á las once de la mañana. Sin embargo, ya el general Bugéaud había preconizado el sistema de puestos avanzados á la mayor distancia posible del campamento. Las avanzadas, según él, no eran tanto la coraza como los ojos del ejército.» (Mordacq, páginas 60-61.) Véase también á G. de Lavigne: «No ocurre novedad; el enemigo parece haber renunciado á la ofensiva», escribe el 30 de noviembre. Un cuarto de hora después el reduto de Anyera era asaltado.

(4) Mordacq, pág. 115. «Esto parece un contrasentido: las guardias y centinelas dobles forman una línea de observación, y no de resistencia: este último papel es el de los grandes puestos de guardia.» (Ibidem.)

(5) Cf. Iriarte: op. cit., pág. 237. «Los centinelas aislados estaban expuestos á las balas de los marroquíes vagabundos, y no se podía dejar lejos del grueso de las fuerzas un número de hombres que no pudiese resistir á un ataque repentino.» Agreguemos que este servicio de centinelas tenía que ser muy difícil, por no decir ilusorio, en la maleza intrincada del país; que había que tener en cuenta la moral del soldado, falto de preparación para una guerra de este género; y, en fin, que las verdaderas sorpresas de noche por grandes fuerzas enemigas parecían poco probables, como ya hemos hecho notar, dado el carácter supersticioso de los marroquíes.

(6) Iriarte: op. cit., pág. 65.

Las medidas relativas á la táctica de campamento han sido objeto de muchas críticas. Se ha reprochado, sobre todo, á los españoles el haber abusado de la fortificación pasajera: «se hubiera podido conseguir el mismo fin—dice Schlagintweit—, evitar los combates nocturnos, que tan desfavorables debían ser al ejército, y economizar trabajos de fortificación, alejando los campamentos de las huertas y sitios cultivados, en que podía guarecerse el enemigo».

Desde otros puntos de vista, la autoridad superior demostró siempre poco cuidado de la policía sanitaria y limpieza de los campamentos que duraron mucho tiempo (1).

Los soldados comían como querían, por grupos de tres á cinco; hacían sus hogares donde les venía en talante, á menudo junto á las tiendas, sin que nadie se preocupase del peligro de incendio que podía resultar de las chispas, que el viento arrastraba lejos, ó de los braseros que ardían dentro de las tiendas.

Las medidas de limpieza y urbanización eran completamente desconocidas. Al cabo de mes y medio de permanencia en Tetuán (5 de febrero-23 de marzo), no se habían instalado hogares ni depósitos de agua, muy pocos abrevaderos y ninguna letrina. Las inmundicias que se amontonaban en los alrededores del campamento, los restos de animales muertos y casi siempre inséptulos que se descomponían al aire libre, fueron quizás una de las causas del recrudecimiento del cólera, que hizo entonces numerosas víctimas. La misma desidia hubo en preservar de impurezas los arroyos que corrían á lo largo del campamento: sus aguas servían para lavar la ropa, para beber y para abrevar á los animales; ni siquiera era raro ver en medio de ellos alguna carroña que apestaba el agua y el aire durante semanas enteras. Si estas causas de infección no produjeron aún mayores daños, debióse, sin duda, al viento del mar, siempre fuerte, y á la temperatura fresca de la estación (2).

(1) «A propósito de los trabajos de fortificación, hay que tener en cuenta la influencia de los ejemplos extranjeros: por una parte, la guerra de Crimea, que fué la apoteosis de la fortificación; y por otra, la naturaleza de los armamentos, que no hacían tan fácil como ahora la defensa de frente de una posición. Con todo, los españoles forzaron un poco la nota; nuestras tropas guerreaban hacia treinta años en Africa casi con los mismos adversarios, y, sin embargo, no se rodeaban, cada vez que acampaban, de trincheras y parapetos.» (Mordacq)

(2) Sin embargo, al principio de la campaña, una orden del día del general en jefe había previsto ciertos detalles relativos á la manera de acampar y otras precauciones indispensables; pero sus mandatos no fueron obedecidos. Esta orden del día indicaba los peligros del aislamiento y prohibía alejarse bajo ningún pretexto.

«Todo trabajo fuera del campo se hará por batallones ó compañías en armas. Los fuegos se apagarán de noche para no ofrecer blanco al enemigo. Nunca se dejarán centinelas solos; siempre habrá dos, á veinte pasos lo más uno de otro, en el mismo sitio. La menor patrulla se compondrá de cuatro hombres y un cabo.

«Se respetará la vida y las propiedades de las personas que reciban pacíficamente al ejército; sobre todo si son viejos, mujeres ó niños. Lo mismo se hará con los heridos que queden en el campo y prisioneros que se hagan, aun cuando el enemigo se conduzca de otro modo.

«Se hará beber á un perro ó otro animal en los pozos antes de servirse de ellos, para saber si el agua está envenenada; lo mismo se hará con las aguas estancadas: esta precaución es inútil con el agua corriente. No hay que asustarse de los gritos del enemigo ni responderle. El silencio en estos casos será la mejor prueba de serenidad y disciplina. Los oficiales que manden guerrillas, los jefes que manden fuerzas destacadas no pasarán jamás los límites de lo que se les haya prevenido. El enemigo procurará con falsas huidas hacer caer á las tropas en sus emboscadas; los oficiales que infrinjan las órdenes recibidas y se dejen llevar de su exceso de ardor, serán severamente castigados.» (G. de Lavigne, página 45.)

Pero volvamos á repetir que estas sabias prescripciones no fueron siempre observadas; tanta verdad es que la instrucción teórica y el ejemplo del Extranjero no pueden suplir por completo á la experiencia.

A propósito de las órdenes del día más importantes de la campaña, citaremos una de Ros de Olano que data de su desembarco:

«Para que el éxito sea siempre indudable, conservad todos la gran máxima de esa disciplina que tenéis; opond todos

Las tiendas eran del modelo francés, formadas de tres piezas iguales, llevadas cada una por un hombre, y que se ajustaban entre sí por medio de botones. Las de los oficiales eran mayores (1).

3.—Armamento de los beligerantes (2).

El armamento del ejército español comprendía:

Para la infantería: fusiles rayados, 5 regimientos; carabinas rayadas, 19 batallones de cazadores. El resto eran fusiles ordinarios.

Las municiones eran: 5 millones de cartuchos para carabinas rayadas, 3 millones para fusiles rayados y 12 millones para fusiles ordinarios (3).

Artillería: 78 piezas (4): de doce, rayadas, 12; de ocho, ídem, 24; cortas, de ocho, ídem, 30; ídem, de ocho, ordinarias (5), 12.

Tren de sitio (6): piezas de bronce: de veinticuatro, 12, de diez y seis, 6; de doce, rayadas, 4. Morteros de bronce: cónicos, de 22 centímetros, 6; cilíndricos, de 27 centímetros, 12.

Baudoz y Osiris citan en la lista del material y municiones de artillería de montaña: 1.285 cajas de metralla, 2.465 granadas cargadas, 9.000 bombas vacías y 2.000 quintales de pólvora en barriles.

Los marroquíes sólo contaban con fusiles de viejos modelos fabricados en Marruecos mismo, sobre todo en Tetuán; sin embargo, los periódicos españoles de la época aseguraron que los ingleses habían provisto al enemigo de armas y municiones más perfeccionadas.

un silencio mudo á la vocería de un enemigo bárbaro; resistid á su ataque en tropel con la regularidad del fondo táctico; que nadie olvide en el orden cerrado el costado del *guiz* ni deje el tacto de codos; que nuestros cazadores, con su movilidad admirable, no pierdan de vista el apoyo de sus muy inmediatas reservas; que carguen despacio; que apunten bien; que disparen á tiempo, y tengan siempre presente que *el mucho fuego no es más que mucho ruido*. Con estas condiciones de combate, la bayoneta tendrá poco en qué cebarse; pero si alguna parte del enemigo se presentare en orden profundo, rompedla pronto, ya que para esto sumardá siempre más cualidades que vuestros contrarios, porque vosotros tenéis el ojo y la agilidad del árabe, el brazo y las piernas del godo, y la inteligencia y el corazón del romano.» (G. de Lavigne, páginas 37-38.)

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 237. Se había mandado á las tropas tener el fusil á mano durante la noche. «Excelente medida—dice Mordacq—; en Argelia, al contrario, se formaban pabellones atados con una cadena para impedir los robos de los árabes que se deslizasen en el campo; medida imprudente, pues, en caso de alerta, el asaltante podía llegar al campamento antes que los soldados tuviesen tiempo de coger las armas. Más recientemente, en el Tonkin, las tropas no se desprendían de sus fusiles para dormir.» (Mordacq, pág. 116.)

(2) Baudoz y Osiris, pág. 236.

(3) Las carabinas rayadas eran, en parte al menos, del sistema Minié, inventadas hacia unos quince años por el teniente de cazadores francés de este nombre. La carabina Minié era un poco más corta que el fusil, y empleaba balas cónicas; su alcance era de 1.800 metros. A 800 metros se juzgaba que un buen tirador podía meter un 25 por 100 en un tablero de dos metros de alto. Los fusiles rayados se servían también de balas cónicas, inventadas por el mismo Minié en 1849, pero de un modelo algo diferente de las balas de carabina. Su alcance era casi el mismo que el de las carabinas rayadas, aunque con algo menos de precisión. Fusil y carabina llevaban alza y bayoneta. Como los fusiles ordinarios eran de percusión y se cargaban por la boca, la carga se inflamaba con una cápsula colocada en el side del fusil.

(4) Baudoz y Osiris: op. cit., pág. 237.

(5) Schlagintweit (pág. 132) cuenta 80 piezas. El mismo dice (pág. 189): «La batería de cohetes se había organizado para el tiempo de la guerra solamente: su material venía de Inglaterra. Sus efectos se debían más al terror que causaba al enemigo que al daño hecho en sus filas; por otra parte, su ligereza permitía hacer de ella más uso que de las piezas de campaña. El personal de la batería constaba de un capitán, dos tenientes, tres sargentos, cuatro cabos de primera y cuatro de segunda, 64 artilleros, cinco asistentes, 26 mulos para las seis piezas y 80 para el transporte de municiones y bagajes. Desembarcóse la batería el 16 de enero, á la llegada del general Rios. Empleóse tres veces solamente: 31 de enero, 4 de febrero y 23 de marzo.»

(6) Baudoz y Osiris, pág. 238.

Godard (1) dice que en el otoño de 1859 El-Hach El-Arbi-El-Attar, rico comerciante de Tetuán, director de la artillería, fué á Inglaterra con 50.000 pesetas y una carta del cónsul inglés, Drumond Hay, para comprar armas y municiones de artillería.

De Lavigne (2) acoge el rumor de que en la batalla de los Castillejos hubo tropas regulares marroquíes armadas con fusiles de precisión y balas cónicas.

Pero, aun admitiendo el hecho como verdadero, hay que considerarlo una excepción. En efecto; los marroquíes tenían un armamento mediocre y muy pocas municiones, ó, al menos, no podían procurárselas tan fácilmente como hubieran querido. De Lavigne nos dice que durante el combate, y después de él, los moros recogían las balas para devolvérselas á los españoles cuando eran del calibre de sus fusiles; «las balas de cañón las guardaban para cuando tuviesen artillería» (3). Trataron de hacer lo mismo con las granadas; pero les salió mal. Los proyectiles eran, en general, algo pequeños para el calibre de su armamento; así que los rodeaban de un poco de lana ó de fibras de palmera enana antes de meterlos en el fusil. «Por lo demás, sus espingardas son de bastante alcance», dicen Bandoz y Osiris. Puede afirmarse, en general, que llegaban á 300 metros. Algunas balas alcanzaban mucho más lejos; pero, mal equilibradas, perdían toda su fuerza en el camino: eran balas frías (4). En cuanto á la artillería marroquí, se componía únicamente de viejas piezas de bronce, procedentes en su mayoría del pillaje secular de los barcos europeos por los piratas berberiscos. Estos cañones estaban únicamente destinados á la defensa de Tetuán; por excepción aparecieron en las trincheras de los campamentos de Muley-Ahmed y de Muley-el-Abbas, junto á Tetuán. En el combate del 29 de diciembre los marroquíes se sirvieron de un mal cañón de hierro (5). Las armas blancas procedían de Fez y de Mequínez (6). Germond de Lavigne habla de bayonetas (12.000 en un solo barco apresado en la costa del Atlántico) suministradas á Marruecos por Inglaterra. «Se ha encontrado —dice—, en uno de los combates librados camino de Tetuán, una larga espingarda, de dos metros, provista de este apéndice de fabricación extranjera.» No sabemos qué crédito haya que dar á este informe.

(1) *Le Maroc; notes d'un voyageur*, pág. 78.

(2) G. de Lavigne: op. cit., páginas 74-75. «Los marroquíes —dice el mismo— reciben por los puertos occidentales del Imperio no sometidos al rigor del bloqueo, pólvora, balas, armas y hasta revólveres.» Esta última aserción parece poco digna de crédito, pues todos los autores hablan de la admiración que á uno de los enviados de Muley-el-Abbas le causó la vista del revólver de Peim en Tetuán. (Cf. el mismo G. de Lavigne, pág. 129.)

(3) Bandoz y Osiris: op. cit., pág. 212.

(4) No hay que despreciar del todo estas viejas armas árabes; el alcance de 300 metros que aquí damos es más bien el límite inferior, pues no es raro ver balas que llegan á 600 metros, y aun se habla de casos bien auténticos en que se las ha visto caer á 1.000, aunque ya sin fuerza.

(5) G. de Lavigne: op. cit., pág. 75. Las municiones las suministraba, en general, el Gobierno zerrifano en azufre, salitre, pólvora y proyectiles; pero cada uno se arreglaba como podía para procurarse armas.

(6) Mordacq, pág. 18.

4.—Material de transportes; aprovisionamientos (1).

«La escuadra (2), siguiendo la costa, aseguraba casi completamente, por lo menos en teoría—dice Mordacq—, los aprovisionamientos del ejército español en la primera parte de la campaña.» Los carros quedaban excluidos por la falta de carreteras, y los bagajes eran conducidos por acémilas. Los conductores eran paisanos organizados militarmente y repartidos en brigadas; al frente de cada una, compuesta de 40 bestias y ocho muleteros, iba un jefe con el grado de sargento (3). Dos mulos por compañía llevaban los bagajes de los oficiales; pero en el cuartel general había un verdadero lujo de bestias de carga, que transportaban una impedimenta inútil.

En la marcha á Wad-Rás hemos visto que se habían agregado camellos al convoy, á causa de la importancia de éste por tener ya el ejército que presidir de la escuadra.

Los ingenieros tenían en abundancia todas las herramientas necesarias; dirígalos el comandante general del Cuerpo, que tenía por agregado un capitán de la misma arma (4).

El servicio de pontoneros comprendía dos divisiones: una con pontones de hierro, otra con pontones de madera, conducidos en carros. No hay que olvidar, á propósito del material, el cable submarino encargado al principio de la guerra para unir Algeciras con Ceuta, y que, echado después de mil contratiempos, en febrero, por una casa inglesa, se rompió en seguida varias veces: «en marzo—escribe Lavigne—se hacen vanos esfuerzos para recomponerlo; pero no se desespera de conseguirlo antes del fin de la campaña» (5).

El material de campamento comprendía al principio 50.000 tiendas y 60.000 mantas. Los aprovisionamientos, es natural, se hacían en la Península; sólo algunas pocas cosas se pudieron comprar en Tetuán en los primeros días de la ocupación. Como el número de caballos y mulos era muy grande, el transporte de víveres resultaba muy difícil y oneroso (6); pero esta cuestión de los aprovisionamientos ha quedado en la sombra, y los autores no nos hablan de ella, á pesar del interés que tendría el saber cómo comprendieron los españoles el problema tan capital. Sólo nos consta que la iniciativa privada prestó gran-

(1) Mordacq, páginas 54-55.

(2) «Las unidades de la escuadra expedicionaria fueron con frecuencia reemplazadas por otras; pero los documentos oficiales no dan pormenores sobre el particular.» (Schlagintweit nota 8, cuadro 1.) El papel secundario desempeñado por la Marina durante toda la primera parte de la campaña se explica bien, pues estaba ocupada en transportar á Ceuta tropas y material; además, aunque bloqueaba los puertos, procuraba no molestar demasiado al comercio inglés, para evitar roces con la Gran Bretaña. (Cf. Mordacq, pág. 116.)

(3) Los mulos se emplearon también en la artillería, juntamente con los caballos. «Aunque sus caprichos y espantos impidieron á veces la correcta ejecución de las maniobras de este arma—dice Schlagintweit—, sin embargo, prestaron inmensos servicios por la facilidad con que podían evolucionar en terreno accidentado y por su gran resistencia.» Von Goeben (II, páginas 303-304) dice que soportaron bien las fatigas de la campaña y las intemperies, y hace notar la belleza y buen estado de los que se destinaron á la artillería.

(4) Baudoz y Oelris: op. cit., pág. 337.

(5) G. de Lavigne: op. cit., pág. 131.

(6) La guarnición de Tetuán durante la guerra, y aun después, según Schlagintweit, tuvo que proveerse en España de todo lo que necesitaba: parece ser que hasta llegó á recibir el agua de Algeciras, como se hace todavía con Alhucemas y el Peñón.

des servicios (1): ya hemos hablado del mercado de la Aduana, que se trasladó á Tetuán con las tropas; más adelante veremos que, para facilitarlo, O'Donnell hizo á Ceuta puerto franco (2).

5.—Condiciones climatológicas.

La época escogida para la campaña no era la mejor; pero hubo razones que obligaron á no retardarla y á prescindir de las dificultades que podían nacer del estado del tiempo.

En primer lugar, era posible que la intervención de Inglaterra arreglase las cosas antes de llegar á las manos; y, como hemos visto al principio, si España tenía motivos para declarar la guerra, y razones poderosas á causa de la situación de sus presidios, tenía también deseos nacidos de su situación interior.

En segundo lugar entraba el entusiasmo, que se desbordó por todos los ámbitos de la Península al grito de guerra al moro. La sobreexcitación que se apoderó de todas las clases sociales, y que Budget-Meakin califica de *salvaje*, ignoraba, como él mismo agrega, todas las dificultades y carecía de prudencia (3). Además de que se tenía una idea muy equivocada del clima de la costa norteafricana en invierno.

Hemos tenido ocasión de señalar muchas veces, aunque de paso, los obstáculos que el mal tiempo oponía constantemente á las operaciones. No será inútil resumir aquí en pocas palabras estos pormenores, para poner en evidencia la importancia de este factor en el éxito de una campaña.

Desde los primeros desembarcos el tiempo se declaró contra el ejército español: tempestades de una violencia extrema se desenrollaban á cada momento, obligando á la escuadra á alejarse de la rada de Ceuta para ir á refugiarse en Algeciras; y como el ejército tenía que proveerse en España hasta de las cosas más menudas, sufría grandes penalidades en estos períodos, en que no podía comunicarse con la escuadra durante seis y hasta ocho días seguidos. Para remediar en parte estos inconvenientes, O'Donnell declaró á Ceuta puerto franco, excepto para la sal y el tabaco, que eran monopolio del Estado.

No eran éstas las únicas penalidades de la campaña. Un viento furioso impedía con frecuencia plantar las tiendas, ó bien las arrancaba de cuajo; aguaceros continuos—pues sólo hubo cinco días sin lluvia, de los cuarenta que el ejército pasó en el Serrallo—empapaban el suelo de tal modo, que era imposible encontrar un sitio seco para acampar; había que pasar los días y las no-

(1) Von Gneben en sus cartas habla, como los demás autores, de las provisiones que se encontraban en el campamento; pero siempre alude á las de los comerciantes que seguían á las tropas.

(2) Hay motivos para dudar si el servicio de aprovisionamientos se había organizado debidamente, dado que el ejército español emprendió sin preparación una campaña tan suera para él; pero no podemos dar una respuesta categórica: que hubo equivocaciones, se deduce de esta observación de Lavigne (pág. 49): «Se ha enviado una cantidad de café bastante para dos años, dado el efectivo actual.»

(3) *The Moorish Empire*, pág. 176.

ches con la ropa, las camas y las tiendas mojadas; la temperatura, aun cuando no llovía, era desapacible, de lo cual se quejaban, sobre todo, los soldados de las costas andaluzas.

Ya hemos visto qué desfavorable se mostró el tiempo—excepto en los primeros días—durante la marcha á lo largo de la costa; el peligro en que puso al ejército en Río Azmir; los destrozos que causó en la escuadra. El temporal continuó en la Aduana de Río Martín y en la marcha de la Aduana á Tetuán. El suelo, reblandecido por las lluvias, transformado en un lodazal cubierto de charcos, cortado por lagunas y marismas, ofrecía obstáculos tan difíciles de vencer como la resistencia de los marroquíes. Mientras que el ejército permaneció en Tetuán hubo alternativas de bueno y mal tiempo; pero el levante molestaba todavía á la escuadra. El 25 de febrero escribe Iriarte que la rada estaba alborotada, y en seguida se desencadenó una tempestad horrible. El mal tiempo dificultó también el bombardeo de Rabat, y en la marcha hacia Tánger los calores comenzaron durante el día á fatigar al soldado, que llevaba una carga muy pesada. En cambio, por la noche, el frío húmedo y penetrante, la niebla y una lluvia fina entumecían sus miembros, como sucedió muchas veces en el campamento de Tetuán (1).

En una palabra: aunque la costa septentrional de Marruecos sea de una humedad extraordinaria en invierno, aunque se ve barrida casi constantemente por vientos furiosos, inundada por lluvias persistentes, de una abundancia á veces increíble, con todo, parece ser que el invierno de 1859-60 fué de un rigor excepcional. Grave inconveniente que no logró vencer el ejército español sino á costa de terribles sufrimientos, pues, como vamos á ver, las enfermedades hicieron seis ó siete veces más víctimas que las balas marroquíes.

6.—Situación sanitaria (2).

Condiciones atmosféricas tan duras como las que tenían que sufrir las tropas no podían menos de producir desastrosas consecuencias. El cólera se declaró desde los primeros días, y, según los informes ingleses, ya en octubre hubo casos en Algeciras. Pero la enfermedad no se mostró con carácter grave y epidémico hasta que se estableció el campamento del Serrallo. Su rápido desarrollo debióse—dice Schlagentweit—á la falta de medidas sanitarias; y, sin embargo—agrega este autor—, la terrible enfermedad habría hecho su aparición aun tomadas las más enérgicas precauciones, pues el cólera parece ser el triste patrimonio de los ejércitos que estacionan mucho tiempo hacina-

(1) Los autores hablan á cada paso del mal tiempo y del entorpecimiento que causa en las operaciones, sobre todo de la Marina. G. de Lavigne dice en enero que el tiempo impide á la escuadra hacer otra cosa que bombardear á Fuerte Martín. Von Goeben da también pormenores sobre el particular. El 16 de enero escribe: «Otra vez volvemos al invierno: nieve y hielo» (op. cit., pág. 302). El 19 observa de nuevo que la temperatura vuelve á bajar á consecuencia de las nevadas (pág. 319, etc.).

(2) Cf. Schlagentweit: op. cit., páginas 278-279. «El Cuerpo de Sanidad militar español se componía de médicos y farmacéuticos de entrada, con 6.800 reales; ayudantes segundos, con 8.000; ídem de primera, 12.000; médicos y farmacéuticos de primera, 16.800; médicos y farmacéuticos mayores, 19.300; inspectores, 36.000; director general de Sanidad militar, 60.000.» (G. de Lavigne, pág. 35.)

dos en un espacio reducido, como lo han demostrado las campañas de Argelia y de Crimea. Los cadáveres no enterrados y las inmundicias de los campamentos contribuyen á la expansión del mal.

Durante los cuarenta días de permanencia en el Serrallo causó el cólera más bajas que las balas durante toda la campaña. A fines de diciembre 2.000 soldados habían muerto del cólera y las heridas; pero sobre todo del cólera. La intensidad del contagio disminuyó después que el ejército pasó Río Azmir; pero no desapareció completamente, pues Iriarte habla de casos ocurridos en Río Martín.

En Tetuán se recrudeció de nuevo, favorecido por la vida sedentaria y la poca limpieza de que ya hemos hablado; así, el 10 de febrero, cuatro días después de la entrada de las tropas, sus estragos eran terribles: en quince días causó 800 defunciones (1).

La enfermedad se manifestó á veces en forma de ataques fulminantes. «En el momento en que salíamos de la tienda—dice Iriarte—, el centinela que estaba de plantón á la puerta cayó á nuestros pies revolcándose entre gritos espantosos; un ayudante corrió á la tienda de los médicos, mientras O'Donnell en persona se volvía á todas partes pidiendo manzanilla. Cuando el doctor llegó era ya tarde: el infeliz había expirado» (2).

También las fiebres se cebaron en las tropas (3); nadie había sospechado que la situación sanitaria llegase á ser tan grave, pues se pensaba que el clima del norte de Marruecos apenas difería del de España, y aunque se habían tomado de antemano las precauciones necesarias para instalar hospitales de campaña, todo resultó insuficiente, y hubo que recurrir en Ceuta á las casas de los particulares. Iriarte (4) habla de un hospital instalado en una especie de convento ó casa de misioneros, cuyo patio estaba atestado de enfermos.

En Tetuán ya se habían tomado toda clase de precauciones desde el primer día. Un material de sanidad completo había sido enviado de Barcelona y Málaga, en previsión de la entrega de la plaza. Para Mordacq (5), los terraplenes continuos que había que hacer para atrincherar los campamentos contribuyeron mucho á las epidemias que sufrió el ejército.

Las cifras relativas á los casos de enfermedad ocurridos en el ejército son muy elocuentes. Schlagintweit las copia de *El Siglo Médico*, de Madrid (6):

Enfermos procedentes del ejército expedicionario y recibidos durante la guerra en los hospitales de Africa y de la Península: oficiales, 205; soldados, 32.269. Total, 32.474, ó sea, seis veces más que los heridos.

Curados: oficiales y soldados, 25.268.

Muertos á consecuencia de la enfermedad: oficiales, 32; soldados, 2.714. Total, 2.746.

(1) Iriarte: op. cit., pág. 84.

(2) Idem, ibíd., pág. 87.

(3) G. de Lavigne, pág. 113.

(4) Op. cit., pág. 113.

(5) Mordacq: op. cit., pág. 114. Los españoles aprendieron bien á costa suya el viejo proverbio colonial: «Todo azadonazo abre un sepulcro».

(6) Schlagintweit, páginas 331-334.

Enfermos en los hospitales el 24 de marzo: oficiales, 25; soldados, 4.435. Total, 4.460.

Schlagintweit se lamenta de que, bajo el encabezado de *Curados*, se englobe á oficiales y soldados, sin distinguir á unos de otros, como se ha hecho con los *curados de sus heridas*; de modo que es imposible verificar las conclusiones que parecen desprenderse de las cifras de este último encabezamiento, relativamente á la fuerza de resistencia de unos y otros.

Llama la atención ese número de 33.000 casos de enfermedad ocurridos durante cuatro meses en un ejército que contó con un máximo de 55.000 hombres, hecho que demuestra, según Schlagintweit, el rigor del clima en invierno, contra todo lo que se preveía, y el poco cuidado que se tuvo de conformarse en la medida de lo posible á las reglas de la higiene. Agreguemos la poca preparación que el ejército español tenía para una campaña de esta clase: los soldados jóvenes formaban la mayoría, y sabida es la poca resistencia de sus organismos débiles en las campañas coloniales.

No hay para qué decir que por parte de los marroquíes carecemos de datos sobre el estado sanitario de los combatientes. Lo único que podría interesarnos serían sus tropas regulares, pues el gran contingente de montañeses que acudía cada vez al combate desde los aduares y las sierras vecinas, no se encontraba en condiciones distintas de las que constituyen el cuadro de su vida de ordinario. Aun las tropas venidas del interior y de la costa del Atlántico es probable que tuvieran que sufrir menos que el ejército español: el clima era poco distinto del de su país; además de que no acampaban nunca mucho tiempo en el mismo sitio, ni se aglomeraban en espacios reducidos. De lo contrario, como su desidia era mucho mayor que la de los españoles, no hay duda que hubiesen sido víctimas de las más graves enfermedades.

7.—Muertos y heridos (1).

Las bajas de la guerra fueron publicadas en España por *El Mundo Militar*, la *Gaceta de Madrid* y *El Siglo Médico*. Sus cifras concuerdan de ordinario con las dadas en globo por el *Atlas de la guerra* bajo el título de *Bajas*. Schlagintweit las ha reproducido, ateniéndose á los datos del *Atlas* en caso de divergencia.

Desde el 19 de noviembre de 1859 al 24 de marzo de 1860 hubo: heridos, 4.994; muertos á consecuencia de las heridas, 366; muertos en el combate, 786. Total, 6.146.

Parte de los heridos fueron curados en las ambulancias de campaña; pero la mayoría fueron enviados á los hospitales de Ceuta y España. *El Siglo Médico* da los siguientes datos:

Heridos recibidos en los hospitales: oficiales, 354; soldados, 5.636. Total, 5.990; cifra que excede en un millar á la del *Atlas de la guerra*.

(1) Schlagintweit: op. cit., pág. 360.

El Siglo Médico la descompone así:

Curados: oficiales, 210; soldados, 3.872. Total, 4.082.

Muertos: oficiales, 28; soldados, 290. Total, 318.

En los hospitales el 24 de marzo de 1860: oficiales, 116; soldados, 1.474. Total, 1.590.

Salta á la vista la gran desproporción entre los muertos y heridos: los casos de heridos, comparados con los casos de muerte en el campo de batalla, son relativamente mucho más numerosos que en las guerras europeas de la misma época. Debióse esto:

Primero. A la falta de artillería entre los marroquíes.

Segundo. Al mediocre alcance de sus armas y á la mala calidad de sus municiones; tanto, que á una distancia todavía corta la penetración del proyectil era insuficiente: de ahí que muchos soldados fuesen heridos levemente ó recibiesen simples contusiones.

La proporción de oficiales á soldados heridos es de 1 : 15,3; la de oficiales á soldados muertos, de 1 : 10,4; entre los que aún quedaban en los hospitales, procedentes en su mayoría de la batalla de Wad-Rás, fué de 1 : 12,7.

La proporción de heridos á muertos es de 0,18 ó 1 : 7,69.

La de curados á heridos: oficiales, 59,3 por 100; soldados, 68,7 por 100.

Estas últimas cifras prueban, ó que las heridas de los oficiales eran más graves que las de los soldados, ó que éstos, por su primera educación y su vida más dura, resistían mejor á las heridas.

La elevada proporción de oficiales muertos, y el hecho de que muchos de ellos fuesen heridos en la cabeza, en el cuello ó, por lo menos, en la parte superior del cuerpo, se explica, en parte, porque entre ellos la proporción de jinetes á peones era bastante grande, y quizá también porque servían de blanco favorito á los buenos tiradores enemigos (1).

El número de bajas entre los marroquíes debió ser un poco más elevado que entre los españoles, y la proporción de muertos á heridos mucho mayor, á causa de la superioridad del armamento español. Sin embargo, hay que recordar que los marroquíes combatían de ordinario dispersos y bien protegidos, además de que escogían casi siempre el terreno, y, por consiguiente, se exponían mucho menos.

Sin esas precauciones, el número de sus muertos y heridos hubiera sido sensiblemente mayor, y las tropas xerifianas, expuestas á la artillería y á una fusilería mejor que la suya, habrían sufrido verdaderas hecatombes.

Si ahora agregamos al número de muertos y heridos el de enfermos ó muertos de enfermedad, llegaremos á los totales siguientes, que no dejan de sorprender por su elevación (2):

Recibidos en los hospitales: heridos, 5.990; enfermos, 32.474. Total, 38.464.

(1) Hardman: *Relación de la marcha del ejército español*, citada por Budget-Meckin (*The Moorish Empire*, página 176).

(2) Schlagintweit: op. cit., páginas 361-364.

Curados: heridos, 4.082; enfermos, 25.268. Total, 29.350.

Muertos: de heridas, 318; de enfermedad, 2.746. Total, 3.064.

En los hospitales el 24 de marzo de 1860: heridos, 1.590; enfermos, 4.460. Total, 6.050.

Las cifras del *Atlas* son algo diferentes:

Heridos, 4.994, en vez de 5.990; muertos de enfermedad, 4.040, en vez de 2.746. Total, 9.034, en vez de 8.736.

Pero la diferencia no es grande; de todos modos, la cifra de 38.464 heridos y enfermos, en un ejército de 50.000 á 55.000 hombres á lo más, es de una elocuencia abrumadora.

8.—Moral de los beligerantes.

A pesar de las pruebas continuas á que se vió sometida (mal tiempo, epidemias y hambre), la moral de las tropas españolas fué excelente desde el principio hasta el fin de la campaña.

Apenas se pueden señalar algunas muestras de impaciencia ó de fastidio cuando la vida sedentaria de los campamentos se prolongaba un poco, como en el Serrallo y en Tetuán. El ejército entero demostró constantemente una tenacidad, una resistencia y una paciencia á toda prueba; y, sin embargo, ¡qué penosas horas pasó á los comienzos de la campaña, en Río Azmir y en Tetuán, cuando nadie sabía si la guerra iba ó no á terminar, y la espera enervante de una solución clara se prolongaba indefinidamente!

Con todo, entonces ya el ejército se había aguerrido y había cobrado confianza en sí y en sus jefes; ¡pero en el Serrallo!... «En esta primera parte de las operaciones—dice Schlagintweit—los resultados obtenidos eran bien poco halagüeños. Los españoles no habían ganado un palmo de terreno, y sólo lograban defender á duras penas el que habían ocupado al principio para establecer su campamento, además de que el tiempo se declaraba contra ellos, sometiéndolos á las más rudas pruebas, y el cólera los dieztaba. Los días del Serrallo fueron los más duros de toda la campaña: sucedíanse monótonos, pero con una monotonía angustiosa, sin que las fatigas, los peligros y los esfuerzos derrochados pareciesen producir el menor resultado.

»Durante cuarenta días el parte diario se resumía en estas palabras: Llueve; el cólera se recrudece; los marroquíes atacan á las avanzadas» (1).

Se comenzaba á criticar la lentitud de las operaciones, y la mayoría ansiaba tomar la ofensiva. El descontento y la desconfianza se infiltraron en algunas cabezas, y el nivel moral del ejército bajó necesariamente algo, aunque de un modo apenas perceptible. En España la inquietud era mayor: se veía que los resultados obtenidos hasta entonces, por más que los abultasen los partes oficiales, eran bien mezquinos en relación con el número de víctimas y con los grandes sacrificios económicos que la nación se había impuesto. Sin embargo,

(1) Schlagintweit: op. cit., páginas 279-280. «Sin embargo, el ejército combate admirable, alegre, satisfecho», escribía O'Donnell.

la depresión no se acentuó gravemente, y jamás nadie llegó á desesperar del triunfo, ni á un lado ni á otro del Estrecho.

Obediente más bien que disciplinado, sinceramente respetuoso con sus jefes, é identificado con el Gobierno de la Reina, el soldado español mostró siempre un valor á toda prueba. Bien lo necesitó contra un enemigo que tampoco carecía de él. Ya hemos tenido ocasión de probarlo con ejemplos en la historia de la campaña; permitasenos citar aquí uno que los resume todos en su sencillez admirable.

Después de la batalla de Wad-Rás encontró Iriarte á un voluntario catalán que llevaba á la espalda la silla de su coronel herido.

«¿Qué tal vuestro batallón?»—le preguntó.

«—Aún queda para otra vez—fué su respuesta—. En la toma del campamento de Tetuán nos mataron una tercera parte; hoy, otra; antes de Tánger tendremos todavía una batalla, y acabaremos los que quedamos» (1).

Schlagintweit (2) hace también grandes elogios del valor del soldado español y del de los oficiales, que daban siempre á las tropas el mejor ejemplo. Hemos calificado al ejército de O'Donnell de obediente más bien que de disciplinado. Es que, en efecto, la disciplina de las tropas españolas de entonces difería mucho de lo que hoy se entiende bajo ese nombre en los ejércitos europeos. Los testigos oculares nos han trazado cuadros que no pueden menos de causarnos cierta extrañeza. Un artillero, por ejemplo, se precipita, armado solamente de puñal, sobre los marroquíes, que iban á cortar la cabeza á un cazador: mata á uno, ahuyenta á los demás, y libra á su compañero. Cuando vuelve, los oficiales le rodean, le felicitan, y hacen una colecta en su favor.

«No tratamos—dice el que nos cuenta el hecho—de si esta hazaña concuerda con las reglas de una severa disciplina; sólo notaremos que el rasgo de la gratificación nos parece poco en armonía con lo que á cada paso se oye del orgullo del pueblo español.»

Otras veces la escena es digna del tiempo de las Cruzadas. Germond de Lavigne nos describe una que recuerda, dice (3), «los desafíos caballerescos del sitio de Granada. La división del general Enrique O'Donnell subía lentamente por la ladera en cuadros escalonados, empujando delante de sí un millar de jinetes enemigos. En un descanso destacóse un airoso caballero vestido con un albornoz escarlata guarnecido de seda. Varias veces se le había visto durante la batalla dirigir las masas enemigas arriesgando valientemente su vida. Avanza sosegado, seguido de cinco ó seis caballeros. El general envía contra él á su ayudante, D. Luis Maturana, con un pelotón de guardias civiles. Atácanse; se encuentran; un guardia civil cae, y los enemigos le rodean para llevárselo; su número aumenta. Maturana se lanza resueltamente en medio de ellos, revólver en mano; hiere á dos jinetes y mata al jefe. La caballería mora se concentra para dar una carga; pero la división O'Donnell despliega dos compañías de tiradores, que los dispersan y traen en triunfo al ayudante

(1) Iriarte: *op. cit.*, pág. 308.

(2) *Op. cit.*, pág. 235.

(3) *Op. cit.*, páginas 100-101.

del general y al cadáver del jefe enemigo, que era, según se dice, uno de los personajes más elevados del Imperio. Sus despojos fueron entregados al general O'Donnell, y su caballo, al general Prim.»

Pero estas gallardías tenían á veces lamentables consecuencias. El 25 de noviembre, Borbón, en una especie de reto que los cazadores lanzan á la infantería, es arrastrado por su coronel más allá de las posiciones que le han sido señaladas (1). La imprudencia le costó cara: su jefe, Caballero de Roda, fué herido, y Echagüe tuvo que venir en su socorro. Al general le mataron el caballo, y hubo que amputarle la primera falange del índice de la mano derecha, destrozada por un balazo.

También en los Castillejos se dieron casos de audacia excesiva por parte de algunas tropas aisladas. «Un segundo teniente muy joven del regimiento de Simancas se encuentra al frente de su compañía por haber quedado fuera de combate todos los demás oficiales: recibe orden de retirarse, envaina su espada, y, empuñando el revólver, lanza sus soldados adelante, gritando: «¡A la bayoneta, muchachos; viva la Reina!» El general Zabala acude al galope. «¿Qué significa este movimiento?—exclama—. ¿Quién ataca así sin recibir órdenes?» A la vista de aquel jovencito exaltado su irritación se calma. «¡Vosotros—le dice—, y en vez del revólver empuñad la espada al guiar vuestros soldados al combate» (2).

«Lo mismo ha hecho el capitán de una lancha cañonera. Impaciente por tomar en el combate una parte más activa, desembarca con una docena de marineros, corre á una casa ocupada por el enemigo á poca distancia de la playa, la desaloja, planta en ella la bandera española, y se vuelve á bordo.» «El jefe de la escuadrilla—dicese en una orden del día—alaba este acto de valor como se merece, pero desea que no se repita.»

El soldado español se mostró en esta campaña filosófico y despreocupado, al mismo tiempo que serio y grave; sobrio, sin el desaliño de ciertas tropas europeas, sin su nerviosidad y turbulencia. No se alborotaba ni al celebrar un suceso agradable ni al sufrir los mayores contratiempos (3).

La alegría fué general en el ejército español á la nueva de la paz; pero—rasgo característico del alma española—no se exteriorizó en zambras y batallas á pesar de que el vino no faltaba; sólo se oyó gritar: «¡Viva la Reina!, ¡viva O'Donnell!» (4).

Sin olvidar, por otra parte, sus distracciones favoritas, el canto y la guitarra, que le acompaña siempre, ni perder la soltura y desembarazo con que procede en sus cosas el soldado español, se avía pintorescamente, aunque un poco contra la ordenanza en muchos casos. Iriarte lo ha hecho bien notar: «De todas las operaciones—dice—, la marcha es en la que más pintoresco se muestra el soldado (5).

(1) G. de Lavigne: op. cit., pág. 40.

(2) Ibidem, páginas 79-80.

(3) Schlagintweit: op. cit., pág. 359.

(4) Ibidem.

(5) Op. cit., pág. 90.

«En ella ninguna consideración, ningún respeto humano le retiene, ninguna disciplina á la que haya que conformarse: si el ros le molesta, se lo cuelga del cinturón; si el capote le estorba, se lo echa á la bandolera; le incomoda el sol, y hace de su pañuelo una sombrilla; y así mil invenciones, mil arreglos curiosos é imprevistos: uno canta, otro ríe, otro coge flores lo mismo que si fuese á ofrecérselas á su novia. He visto quienes, con una seriedad imperturbable, llevaban jaulas de perdices, la guitarra ó algún objeto voluminoso que habían trabajado pacientemente en algún campamento prolongado. Acuérdomé de un cazador que, con agua y barro hasta media pierna y una lluvia africana sobre las espaldas, aumentaba la horrible carga de sus cuarenta cartuchos y víveres para cuatro días con el embarazo de una larga caña en cuya punta había puesto un molinete que marcaba los cuatro puntos cardinales» (1).

Hugo E. M. Stutfield se hace intérprete del mal humor inglés por el triunfo de los españoles (2).

«Creídos—dice—que los poéticos tiempos del Cid habían vuelto, se extasiaron con la humillación que infligieron á su secular enemigo; lo emplumaron y pisotearon con ocasión de esta victoria de un modo propio de hidalgos.» Ni Schlagintweit, que parece muy imparcial, ni Von Goeben, ni los corresponsales de los periódicos franceses, cuyas simpatías por España no les hubiera hecho excusar crímenes contra el derecho de gentes, hablan de ese modo. Iriarte (3), por el contrario, elogia «el buen corazón del soldado», que, después de entrar en Tetuán, reparte sus víveres con los famélicos judíos, y dice que no ha oído «una palabra insultante contra los marroquíes».

Habla también de su honradez, y cita el caso de un vendedor de tabaco llegado al campamento de Río Azmir, después del hambre, y á quien un tropel de soldados arrebató por fuerza sus provisiones; pero aunque se las apropiaron *manu militari*, le arrojan luego á los pies el dinero para pagarle. O'Donnell no aprobó el procedimiento, pues con su Estado Mayor cargó sobre aquellos compradores demasiado bruscos, y los dispersó (4).

Desde el punto de vista militar, las cualidades distintivas del soldado español fueron, según Schlagintweit, la tenacidad, la resistencia y, podemos agregar, la sobriedad. De la lentitud con que se hizo la marcha de Ceuta á Río Martín no hay que deducir que es mal andador; al contrario: Schlagintweit dice que, en condiciones normales, podía recorrer de 50 á 65 kilómetros diarios.

Más difícil es determinar el carácter de que dieron pruebas los marroquíes durante la campaña, pues fué más complejo, debido, sin duda, á la gran diversidad de combatientes llegados de regiones sumamente apartadas, árabes unos, bereberes otros, adornados todos de cualidades nativas distintas, y aun á veces opuestas; de ahí que no siempre se portaran del mismo modo.

(1) No carece de interés el testimonio de dos autores ingleses, eco de las críticas militares de su país:

«Según críticos extranjeros imparciales, las tropas españolas se han portado muy bien durante la campaña; no les ha faltado ninguna de las cualidades de combate, y todos los que las han visto han podido apreciar su resistencia á la fatiga, su sobriedad y su buena conducta en general.» (Hooker and Ball: *Journal of a tour*, pág. 55.)

(2) *El Hogheeb*; *1.800 miles ride through Morocco*, pág. 28.

(3) *Op. cit.*, pág. 176.

(4) Iriarte: *op. cit.*, pág. 59.

Sin embargo, algunos rasgos principales se destacan con bastante precisión. Y en primer lugar, el odio profundo al invasor, que se traslucía en el encarnizamiento con que atacaban y se hacían matar antes que rendirse. Su extraordinario valor se puso de relieve en todas ó casi todas las ocasiones principales, y su tenacidad fué inaudita en casos como los combates alrededor del Serrallo, el principio de la acción de Samsa y la toma de la colina de Beni-Ider, en Wad-Rás. Aunque el lector haya encontrado cien pruebas de este valor en los capítulos precedentes, y se haya convencido del arrojo de los marroquíes y de su increíble desprecio de la muerte, vamos á insistir sobre este punto, porque difícilmente se forma una idea exacta de él.

Schlagintweit (1), después de haber dado cuenta de un combate en el Serrallo, refiere un episodio, tomado de *El Mundo Militar*, que pone bien de relieve el heroísmo de los marroquíes. Un grupo poco considerable, pero formado de los más valientes moros de rey, llegó, deslizándose entre la maleza, á arrojarle en medio del reduto del Príncipe Alfonso, todavía inacabado; á pesar del fuego violento con que fueron recibidos, trabaron un combate cuerpo á cuerpo, en el que los artilleros tuvieron que echar mano de los sables, escobillas y palancas; y ni aun así hubieran podido desembarazarse de los asaltantes sin la ayuda del batallón de Granada, que vino á socorrerlos (2).

¿Qué juicio merecen unos hombres que no temían quedarse ocultos en un matorral, tras una roca, en el momento en que las tropas españolas franqueaban la zona de terreno que ellos habían defendido con sus camaradas, y que mientras éstos cedían, atrayendo lejos al enemigo, se quedaban agazapados como liebres, conteniendo el aliento, inmóviles, acechando el momento de disparar sobre un general ó sobre el Estado Mayor, que, siguiendo á los primeros batallones, avanzaba tras ellos para estudiar las fases del combate? Así, en la acción de Samsa, el brigadier Caballero de Roda estuvo á punto de ser víctima de su audacia. Suena un tiro; inmediatamente diez hombres de la escolta se destacan y ojean la maleza de los alrededores, como el cazador que trata de levantar la pieza. Oyese otro tiro, sin que el menor movimiento denuncie la presencia de un enemigo, y de entre los pies mismos de los cazadores se yergue tras unos arbustos un rifleño vestido con un albornoz muy corto, la cabeza rapada y las piernas desnudas, que blande la espingarda en una mano y la guma en la otra. A pesar de todas las precauciones que tomaron los soldados para prenderlo sin herirlo, se defendió con tal furia, hiriendo á tres hombres uno en pos de otro, que, para dejarlo fuera de combate, un cazador le apoyó sin cumplimientos el cañón del fusil en el pecho y oprimió el gatillo cuando todavía el rifleño levantaba su guma amenazadora (3).

(1) Op. cit., pág. 245.

(2) A propósito del encarnizamiento marroquí, citaremos aún un caso más: «En el combate del 20 de noviembre, cogidos entre las tropas españolas y el mar, los marroquíes no quisieron rendirse: arrojáronse al mar, ó bien procuraron salvarse entre la maleza, defendiéndose hasta con los dientes y las uñas, y dando feroces gritos.

«He asistido á 146 combates — dice á este propósito un testigo de este drama —; he hecho la guerra de los siete años en Navarra, las Vascongadas y Cataluña; he visto de cerca á los intrépidos soldados de Zumalacárregui caer á la desesperada sobre los batallones liberales; pero nunca he visto un encarnizamiento como el de estos bárbaros.» (G. de Lavigne, pág. 52.)

(3) Iriarte, pág. 297.

Otra vez, en el combate de Wad-Rás, el general O'Donnell corrió el mismo peligro de perecer á manos de estos adversarios encarnizados. «Ni aun después del combate faltan merodeadores en el campo de batalla, y las tropas europeas vencedoras no deben recorrerlo para recoger los heridos ó por cualquier otro motivo sino con mucha prudencia, pues los grupos demasiado pequeños se exponen á accidentes desagradables» (1).

Pero, aunque á primera vista parezca contradictorio, el hecho es que con la misma facilidad con que se lanzaban los marroquíes á lo más recio de la batalla, cedían al persuadirse de que no les quedaban probabilidades de vencer, y si de salvarse huyendo: para ellos no había término medio entre el ataque brutal y la fuga (2).

La confianza de los marroquíes en sí mismos y en sus jefes se desvanecía ante la adversidad. Prisioneros, los unos enloquecían, como el derviche que desgarró los vendajes que aplicaron á sus heridas los médicos españoles, y que murió de un derrame cerebral (3); otros, abatidos, decían que los habían engañado, haciéndoles creer que hasta entonces el enemigo había sido derrotado, y que con una victoria más acabarían con él, y golpeábanse puerilmente porque, siendo caballeros, habían tenido que batirse á pie en las montañas, y decían que tal había sido la causa de sus desastres.

Así se explica por qué después de los Castillejos no atacaron seriamente al ejército ni una sola vez hasta el momento en que acampó en la Aduana de Río Martín: sin duda, su primera derrota les había causado una terrible impresión, y no intentaron un nuevo ataque hasta que la llegada de los refuerzos de Muley-Ahmed les devolvió la confianza en sí mismos; pero una confianza exagerada. Del mismo modo se explica el que después de un descalabro en la vega, no hiciesen en la batalla de Tetuán todo lo que hubieran podido. Aunque es difícil discernir si en este caso tuvieron exceso de confianza en sus posiciones, ó bien falta de esperanza en la victoria. Una vez perdida la batalla, no hubo ninguna tentativa eficaz de resistencia por parte del ejército marroquí hasta la jornada de Wad-Rás, siendo así que había que cerrar á todo trance el camino de Tánger, y que con los nuevos refuerzos llegados, y en una posición ventajosísima, el triunfo parecía seguro. En suma: púsose de manifiesto en toda la guerra el carácter de los indígenas de todo el norte de Africa, hoy presuntuosos y mañana abatidos.

Notemos de paso cuán profundamente difiere esta guerra entre cristianos é infieles de las luchas, anodinas de ordinario, que los marroquíes sostienen entre sí. ¡Qué obstinación no mostraron los Beni-Ider en defenderse contra un ejército de más de 40.000 hombres! ¡Qué unión contra él en el peligro, siendo así que cuando en 1903 y 1904 vinieron á sitiar á Tetuán, los quinientos soldados del bajá, sin disciplina y mal armados, bastaron para mantenerlos á distanciamiento! Es que en este caso combatían sin gran convicción, por satisfacer solamente sus instintos de pillaje, y móvil tan mezquino no podía impulsar-

(1) Iriarte, pág. 245.

(2) *Ibidem*, pág. 78.

(3) *Ibidem*, pág. 49.

los á grandes sacrificios; en cambio, en Wad-Rás combatían por la religión: el paraíso les esperaba si morían peleando.

Sus hábitos de indisciplina y de caprichosa independencia en el combate en nada se desmintieron durante esta guerra. La caballería combatió, á lo que parece, con menos vigor que la infantería: debíase quizás á que en esta última figuraban muchos montañeses, hijos de la región en que se desarrollaba la campaña. Uno de los jefes de la caballería lo confesó inocentemente un día, diciendo que «toda la caballería mora es un hato de ladrones cobardes y rapaces, llenos de ardor cuando hay esperanza de botín, pero perfectamente incapaces, á pesar de la espontaneidad con que atacan, de consagrarse á la defensa de un jefe ó de una idea. Los días de paga se les ve acudir al campamento: vienen de todas partes, y las tribus más lejanas envían sus contingentes; pero los días de combate, á pesar de los emisarios que se envían á todas las kábilas, á duras penas se logra reunir la mitad del efectivo total.»

Como la administración militar es un mito, no se llevan listas, y el estado nominal no existe más que para el caid ó jefe de 100 hombres, que conoce personalmente á sus soldados. En cambio, vese á cada paso acudir al olor de la pólvora á una tribu entera para luchar contra el enemigo común: no es raro que el socorro inesperado de estas fuerzas de refresco haga ceder al enemigo y le obligue á declararse en retirada. Pero, conseguido el botín, los caballeros venidos sin que nadie los esperase, se van sin despedirse (1).

Es-Selauí se expresa en términos parecidos, y hace notar que la falta de unión entre los marroquíes contribuyó no poco á debilitarlos. Todos acuden á defender su suelo natal; pero les parece absurdo combatir por el del vecino cuando el enemigo es un musulmán, y á veces, aunque sea un cristiano.

«En esta época—dice Es-Selauí—los árabes que combatían por su cuenta se dividían en dos grupos: los animosos y los indecisos; entre estos últimos, unos decían: «Si el enemigo no se hubiere internado en las montañas y no se hubiere atrincherado fuertemente, hubiéramos hecho grandes cosas.» Otros decían: «¿Qué interés tengo yo en lanzarme á esta aventura? Los tetuaníes combaten para arrojar al enemigo de su ciudad; pero yo no combatiré sino cuando esté cerca de mi tienda, entre los Abda y los Dukala.» Y así por el estilo, como si realmente no les importase el triunfo de los musulmanes» (2).

9.—Los prisioneros.

Una de las notas más antipáticas del carácter marroquí es la crueldad con que trataron á sus enemigos. Aunque tendremos razón al atribuirle á su carácter? ¿No será más bien algo inherente á su grado de cultura? La característica de una de las etapas de la vida de los pueblos—y los marroquíes están todavía en una de las primeras—es el no comprender que la humanidad manda respetar al enemigo caído, y tratarlo bien; de ahí que no le perdonen,

(1) Iriarte: op. cit., pág. 223.

(2) *Estíqsa*, IV, páginas 215-216.

como nota Schlagintweit (1), á menos que se trate de guardarlo para sacrificios ulteriores, porque se imaginan que dejarlo con vida es dar señales de temor á las represalias y mostrarse pusilánimes.

Cuando el cuerpo del general Echagüe se dirigió á Tetuán, encontró en su camino á lo largo de la costa, por los campos de batalla, pruebas evidentes del furor con que los marroquíes habían profanado los sepulcros. Lo mismo sucedió cuando el ejército volvió de Wad Rás á Tetuán: casi todos los muertos, enterrados á la ligera por los ingenieros en grupos de ocho á doce, habían sido desenterrados por los montañeses para exponerlos á la voracidad de los chacales (2).

Sin embargo, en el curso de esta campaña notáronse los primeros indicios de cierta suavidad de costumbres entre los marroquíes, cosa hasta entonces inaudita. Este progreso dejóse apreciar, no sólo en la Corte del Sultán, sino también entre ciertas personalidades del ejército marroquí. El hecho dedúcese claramente del testimonio de Iriarte: «Al comenzar las primeras negociaciones, varios oficiales españoles encontráronse una noche en casa del general Ríos con los parlamentarios moros.

»Hablabamos como buenos amigos, sin pensar que quizá dentro de pocos días la mayor parte de nosotros se encontraría frente á frente con Ben-Auda. El fué quien se encargó de recordárnoslo, diciéndonos que, si alguna vez la suerte de las armas nos era contraria, él nos salvaría del furor de sus soldados y nos trataría como los europeos tratan á sus prisioneros (3).

»Y como el general Ríos le hiciese ver cuán vergonzoso era rematar á un enemigo desarmado, Ben-Auda, ante la imposibilidad de negar las crueldades cometidas con heridos y prisioneros martirizados, las atribuyó á los anyeras, asegurando que sus soldados nunca se propasaban á tales excesos; sin embargo, acabó por confesar que todos sus soldados, en general, eran muy bárbaros y fanáticos, y que, á pesar de las órdenes formales de sus jefes, se entregaban á sus crueles instintos, y traían al campamento las cabezas cortadas para hacerlas servir de blanco» (4).

Muley-el-Abbas, después de las jornadas del Boquete de Anyera, al saber que los prisioneros hechos por los españoles eran bien tratados, «hizo pregonar en su campamento que á todos los que trajeran un prisionero vivo se les daría cierto número de duros, y á los que, encontrando un enemigo herido, lo respetasen, se les concederían determinadas recompensas. Ben-Auda agregaba que, á pesar de estas concesiones, muchos fanáticos preferían el cruel placer de cortar la cabeza á sus enemigos» (5).

Schlagintweit dice también que el Sultán ofreció 13 duros al que entregase un prisionero vivo (6); pero, con todo, los prisioneros españoles fueron

(1) Op. cit., pág. 385.

(2) Schlagintweit: op. cit., pág. 359.

(3) Iriarte: op. cit., pág. 224.

(4) Ibidem.

(5) Ibidem, pág. 225.

(6) Cf. G. de Lavigne, pág. 55. «El Gibraltar Chronicle anuncia que el Emperador de Marruecos promete 80 reales por cada prisionero; pero que no dará más que 10 por cada cabeza cortada. Cartas del teatro de la guerra—dice De

muy pocos, y el trato que se les dió hasta llegar á Fez dejó mucho que desear. Una vez en la capital, fueron bien cuidados, recibieron vestidos marroquíes en buen estado, y de 15 á 20 duros por persona; al terminar la guerra se les dió libertad, y á cada uno una mula para volver á Tánger (1). Diez y siete españoles se encontraron en este caso; pero muchos más, sobre todo los penados, prefirieron quedarse en Fez; con ellos se reunieron algunos tráfugas: todos abrazaron el islamismo y declararon que eran bien mirados por sus nuevos correligionarios.

Todavía fueron quizá menos los prisioneros marroquíes caídos en manos de los españoles. En la batalla de los Castillejos, con ser tan importante, sólo se cogieron cinco musulmanes. Durante todo el tiempo que se combatió en los alrededores de Ceuta no se apresó más que á un árabe de la provincia de Orán que combatía en las filas marroquíes, y á un loco que se presentó espontáneamente á los centinelas (2).

Después nunca se hicieron más de 20 á 25 prisioneros en las acciones más reñidas; todos fueron bien tratados, y enviados, en general, á España. Schlagentweit vió siete en Málaga, á quienes se trató, aunque inútilmente, de convertir al catolicismo: eran desconfiados y ariscos hasta el extremo (3).

Los primeros prisioneros que se hicieron se hallaban en un estado de irritación extraordinaria; rechazaban todo alimento, y hubo que emplear la fuerza para vendarlos; pero apenas se quedaban solos desgarraban sus apósitos y creían que los guardaban para algún suplicio atroz.

De Río Martín mandáronse cuatro á Tetuán, después de haberlos curado y atendido; con esta medida esperábase modificar la brutalidad ingénita de la población marroquí, y la idea que se había formado de los cristianos en general y de los españoles en particular.

10.—Presas y botín.

Los marroquíes se apoderaron en los Castillejos de algunas tiendas, fusiles, pólvora y aguardiente; más tarde, en varias ocasiones, robaron bastantes mulos, que se veían después en Tánger con la marca A. M. (Administración Militar), y sorprendieron en Tetuán partes más ó menos considerables de los rebaños militares destinados á la alimentación de las tropas.

Por su parte los españoles hicieron presas importantes de tiendas, banderas, cañones, armas de todas clases y municiones. Algunas merecen mención especial, como la tienda de Muley-el-Abbas, la de Muley-Ahmed y los cañones de la ciudadela de Tetuán. Las tiendas fueron cogidas en el asalto del

Lavigne—afirman lo contrario.—Pero esta opinión parece poco probable. G. de Lavigne dió siempre pruebas de una animosidad obcecada contra los marroquíes, apresurándose á acoger todos los rumores que podían serles desfavorables.

(1) «Algunos otros, en Tetuán, fueron primero encarcelados y mal alimentados; pero poco á poco ganaron la confianza de sus guardianes, y al fin se les permitió pasearse por el Feddán con centinelas de vista; sólo de noche volvían á ser encerrados.» (Alarcón, II, pág. 116.)

(2) Iriarte: op. cit., páginas 47-48.

(3) Op. cit., pág. 366.

campamento. «La primera era muy amplia y enteramente circular hasta la altura de un hombre; luego formaba un cono truncado, con una bola y una pica por remate. El interior se hallaba recubierto de ricos tapices; los muebles y objetos de adorno eran elegantes, aunque bastante raros» (1). Esta tienda fué enviada á Madrid y expuesta al público.

La bandera marroquí cogida en los Castillejos fué depositada en el oratorio de la Reina, quien luego la hizo llevar delante de sí en solemne procesión á la basilica de Atocha y colgarla, en su presencia, entre los trofeos de la misma clase (2).

De los 146 cañones cogidos en Tetuán, algunos, muy elegantes y recargados de finos relieves, provenían de las tropas del Rey D. Sebastián, derrotado y muerto en Alcazarquivir; otros habían sido apresados por los corsarios en los barcos de todas las naciones europeas; en uno de ellos se leía: «El conde de Tolosa, gran almirante de Francia», y su estilo denotaba la época de Luis XIV (3). Los morteros y cañones de fábrica turca eran bastante notables como trabajo de fundición: algunos llevaban inscripciones de este estilo: «Soy el terror de los cristianos»; cándida divisa que recuerda las de las navajas andaluzas: «Si esta víbora te pica, no hay remedio en la botica.»

Todos estos cañones fueron enviados á España.

11.—Recompensas al ejército expedicionario.

El Gobierno español se mostró muy pródigo en recompensas. «Comenzaron á llover»—dice Lavigne—después de los primeros combates del Serrallo. Un cazador de Madrid recibió una pensión de la Casa Real, la licencia y la cruz de María Isabel Luisa con diez reales mensuales por haber sido herido en el Serrallo.

«Nueva lluvia de recompensas á fines de diciembre: cruces de San Fernando á los oficiales; de María Isabel Luisa á los soldados, con pensiones casi todas, que variaban de diez á treinta reales al mes.

«Todavía se prodigaron más al fin de la campaña. Las columnas de la *Gaceta* cedieron bajo su peso», dice G. de Lavigne.

Los generales Prim, Zabala y Ros de Olano fueron nombrados Grandes de España de primera clase, con los títulos de marqueses de los Castillejos, Sierra Bullones y Guad-el Jelú; seis generales de brigada fueron ascendidos á tenientes generales, entre ellos Enrique O'Donnell, que además había recibido una gran cruz; tres brigadieres ascendieron á generales de división. Esta promoción alcanzó también al valiente contralmirante Bustillo, que ganó un grado merecido ya desde el principio de la campaña. «No hay duda que los efectos del reconocimiento del Estado no se limitarán á ese acto de pura justicia.»

(1) Iriarte: op. cit., pág. 155.

(2) G. de Lavigne, pág. 87.

(3) «Sabido es que en Isly se encontraron, en el botín cogido á los marroquíes, diez piezas inglesas con la leyenda *Honni soit qui mal y pense*, y una española.» (Mordacq, páginas 25-26.)

Este diluvio de recompensas fué proporcional en los grados inferiores del ejército; tanto, que, según un periódico, Napoleón I no concedió la mitad en todo el curso de sus inmortales campañas (1).

Los particulares y los Ayuntamientos prodigaron las muestras de satisfacción á los principales jefes del ejército expedicionario: así, por ejemplo, la provincia de Santander, de donde era el almirante Bustillo, abrió después de la paz una suscripción para regalarle una espada de honor.

12.—Tropas y personajes que más se distinguieron entre los beligerantes.

Al historiar la campaña hemos citado las tropas españolas y los jefes que desempeñaron un papel más importante.

Recordemos ahora solamente que, entre las unidades del ejército, los voluntarios catalanes, Baza, Albuera, Ciudad Rodrigo, Cataluña y los húsares de la Princesa se señalaron por su valor ó por su tenacidad entre tantos émulo de su gloria (2).

Entre los generales, llamaban la atención Mackenna, de rostro simpático y muy joven; García, de estatura regular, barba gris y fisonomía enérgica; O'Donnell, alto, cano, de cara radiante y paso firme; Prim, de mirada ardiente, pálido y seco.

Prim se había hecho popular por su intrepidez. «Veíasele siempre delante en su caballo blanco», dice Es-Selauí (3), lo que prueba que los musulmanes le conocían también. Ros de Olano (4) y Zabala (5) mostraron su energía luchando, no sólo contra el enemigo, sino también contra los achaques de su salud quebrantada.

Otros generales se distinguieron por cualidades, si no tan brillantes, por lo menos tan sólidas, y prestaron al ejército los mayores servicios. Todos los soldados del primer cuerpo colocados en la vanguardia reconocían los cuidados que el general Echagüe les había prodigado. A él se debía gran parte del éxito (6). Sus dotes de organizador se revelaron desde los primeros días. Supo

(1) G. de Lavigne: op. cit., pág. 158.

(2) «Cuatrocientos penados fueron destinados á los trabajos de fortificación: doscientos habían sido condenados á cadena perpetua; los otros doscientos, á distintas penas temporales. En recompensa de sus trabajos se concedió á los segundos la libertad inmediata, y á los primeros, una reducción de la pena.» (Schlagintweit: op. cit., pág. 290, nota.)

G. de Lavigne dice (op. cit. pág. 58): «Los presidiarios de Ceuta han pedido ir en las avanzadas... Uno de ellos se ha portado tan valientemente en la acción del 30 de noviembre, que se le ha prometido el indulto para el fin de la campaña, y uno de los generales lo ha tomado por asistente.»

(3) *Yatigaa*, IV, páginas 218-220.

(4) Ros de Olano, senador, tribuno distinguido, poeta y literato, amigo de los literatos más distinguidos de Madrid (Espronceda, Zorrilla, Bretón de los Herreros, etc.), dedicóse á las letras antes que á las armas, y ganó todos sus grados en la guerra carlista. La amistad de Narváez le valió el cargo de Inspector general de Carabineros. O'Donnell le arrastró á la sublevación de Vicálvaro, y le nombró luego director general de Infantería, y después de Artillería.

Estuvo momentáneamente desterrado en Francia.

Demostó gran actividad y espíritu organizador en Málaga mientras permaneció allí con su cuerpo de ejército, pasando frecuentes revistas, dando gran impulso á la instrucción militar, y cuidando con sollicitud de los primeros heridos repatriados.

(5) «Zabala, general de Caballería, de sesenta años de edad, era el más viejo de los generales españoles. Fué senador y ministro de Estado.» (G. de Lavigne, pág. 51.)

(6) Schlagintweit: op. cit., páginas 249-250.

escoger perfectamente los puntos más convenientes para fortificar el Serrallo, y tomar con habilidad las medidas más conformes con las prescripciones recibidas y con las exigencias de la situación. Las instrucciones que dió á su cuerpo para el servicio de avanzadas y de campamento fueron luego propuestas como regla general á todo el ejército (1).

O'Donnell se distinguía por su naturalidad, su sangre fría, y aun por cierta temeridad. Ya hemos hablado de su sangre fría en la batalla de los Castillejos. En varias otras circunstancias dejóse llevar un poco de la temeridad que acabamos de señalar, siguiendo la tendencia de la época tanto como la suya propia. «Para dar una idea del papel que desempeñaba el general en jefe en todos los combates—dice Iriarte (2)—, y de la manera cómo su Estado Mayor seguía la acción, nada más expresivo que el siguiente episodio:

»Después del encuentro de la caballería española con la marroquí (3) ésta volvió á la carga, precedida de una nube de peones ocultos en las huertas, no muy cubiertas de arbustos, pero cortadas por setos de cañas y llenas de vegetación, á cuyo abrigo los tiradores enemigos podían impunemente elegir sus víctimas. El Estado Mayor, entre dos baterías, observaba. Las balas silbaban á nuestros oídos, y desde el principio de la campaña el general en jefe se exponía demasiado. Los moros apuntaban con insistencia al grupo del Estado Mayor, cuando el general de Artillería brigadier Dolz, que estaba á la izquierda de O'Donnell, cayó sobre el cuello de su caballo, diciendo: «No veo. ¡Me han matado!» La bala le había dado en la frente. O'Donnell no se apercibió del incidente sino por el revuelo que se produjo en su Estado Mayor. Todavía le oigo preguntar con su serenidad impasible: «¿Dónde le han herido?»

»En Wad-Rás, para seguir mejor la acción, O'Donnell gana una colina delante de su Estado Mayor. Oyese de pronto un grito, y descúbrese un centenar de marroquíes emboscados en la maleza; el general en jefe, con gran sangre fría, pide su escolta, y cuando le dicen que ha entrado en fuego hace muchas horas, «las escoltas—responde—sólo las tiene uno cuando no sirven para nada»; y desciende tranquilamente» (4).

También el almirante Bustillo, comandante en jefe de las fuerzas navales en la segunda parte de la campaña, parece que estuvo á la altura de su cargo, y que se multiplicó por remediar la insuficiencia de los medios materiales de que disponía (5).

(1) G. de Lavigne: op. cit., pág. 58.

(2) Iriarte, pág. 9. Sobre O'Donnell, véase G. de Lavigne, páginas 120-122.

(3) Batalla de Tetuán.

(4) Iriarte, pág. 298: O'Donnell fué objeto de las críticas más apasionadas por parte de sus compatriotas durante el curso mismo de la guerra. G. de Lavigne (pág. 76) escribía en enero: «Se acusa á O'Donnell de falta de iniciativa y resolución. Todos se extrañan de que haya reprendido á Prim y Echagüe por su ardor, excesivo según él, pero que quizás en estas circunstancias ha sido la salvación del ejército.» Confróntese lo que dice Mordacq (pág. 108, nota): «Aunque la prensa española ha acusado á O'Donnell con frecuencia de poca iniciativa y resolución, hay, con todo, que reconocer que en el curso de esta campaña demostró, como hombre de acción, las más eminentes cualidades. Por desgracia, no estaba preparado para el manejo de tan grandes contingentes, y carecía, además, de la *prevención del orgánico*, que debe ser la primera cualidad del jefe de una expedición colonial.»

(5) G. de Lavigne, páginas 151-153. Entre los generales hay que citar también al de brigada Manuel Gasset, oficial de la Escolta Real, primero, amigo y protegido de Narváez; sirvió en las filas carlistas hasta el abrazo de Vergara.

«Los telegramas dirigidos á Madrid, que vemos en los periódicos que aquí recibimos, nos muestran á ese marino infatigable visitando á cada paso, de día y aun de noche, todos los puertos del litoral; yendo de Algeciras á Cádiz, á Málaga, á Puente Mayorga; viniendo, á pesar del temporal, á reconocer el estado de la costa africana; desembarcando contra viento y marea para ir á conferenciar en Tetuán con el general en jefe; aprovechándose de la más breve calma para intentar el desembarco de un puñado de hombres, ó, por lo menos, de algunas acémilas destinadas al convoy, y de algunos sacos de provisiones. Intrépido como un pirata, audaz como un contrabandista, el brigadier Bustillo es realmente la providencia del ejército de Africa: él lo ha salvado del hambre en Cabo Negro, ha protegido constantemente su marcha de Ceuta á Río Martín, y hoy lo aprovisiona y se muestra más impaciente que sus más impacientes capitanes por verlo camino de Tánger.»

Es Selaui nos cita entre los marroquíes con énfasis oriental á las tribus y jefes cuyo valor y constancia en sostener la fe más se distinguieron (1). «¡Bravo —dice— por los que peleaban con ahinco, hacían una buena defensa y ayudaban con decisión sincera y con verdadero interés! Estos eran los de la taifa de Choban en Fez, los de Zarhum y parte de los Ait-Irmur, sobre todo El-Hosseín, conocido por Abu-Riala, quien llevó á cabo hazañas que no se han oído repetir desde los tiempos de los compañeros del Profeta. Los testigos que lo vieron y los que lo seguían, cuentan que iba al frente de los suyos, y llevaba como distintivo un estandarte amarillo; lo apoyaba contra su pecho, lo inclinaba hacia el enemigo y se lanzaba por entre sus filas, atravesándolas de parte á parte hasta llegar al lado opuesto, y pasando por en medio de ellas con el mayor arrojo que puede imaginarse. Luego se volvía, conduciendo por las riendas los caballos que había cogido, hasta entregarlos á sus soldados. Cuando se lanzaba contra el enemigo, decía á sus compañeros: «¡Adelante, que yo soy vuestro escudo y vuestra defensa!» Repetidas veces llevó á cabo tal hazaña.»

Los cronistas y corresponsales europeos mencionan á algunos de los personajes más notables del ejército marroquí. Iriarte los vió en una velada en casa del general Ríos, en Tetuán, con motivo de los preliminares de la paz; los emisarios de Muley-el-Abbas se encontraron reunidos con los oficiales españoles.

«Uno de ellos, el segundo gobernador de Fez, observó durante toda la velada una conducta tan especial, disimulaba tan poco la rabia que sentía al verse en medio de sus enemigos, que todos nos apercibimos de los esfuerzos que hacía para no levantarse y maldecirnos á nosotros y á nuestros descendientes. No quiso aceptar nada de lo que le ofreció el general, y mientras que sus compañeros tomaban café y fumaban con nosotros, él, con un gesto brusco, rechazaba todo lo que se le ofrecía, y, revolviendo sus ojos feroces, parecía protestar contra la especie de intimidación entablada entre los musulmanes y los perros cristianos.

(1) *Testigos*, IV, páginas 215-216.

»Con el sello de esta fuerte impresión, su cabeza tenía que ser característica; tanto más que era de rasgos hermosos, y que toda su persona respiraba nobleza y dignidad (1).

»El gobernador del Rif, que se sentaba á su lado, aunque menos rencoroso y zahareño, parecía poseer mayor autoridad, pues dominaba en seguida la situación dirigiendo la conversación de sus compañeros. Es difícil concebir una fealdad más acentuada que la de este jefe: figuraos una cara alargada y seca, de una angulosidad increíble; cutis bronceado; nariz marcadamente aguileña, y barba inculta, de forma extraña; el pelo le nace hasta en los pómulos, y los ojos, engastados profundamente, brillan á la sombra de sus arqueadas cejas con la vivacidad de dos diamantes. En vano se busca en su fisonomía la distinción propia de los que han nacido en las altas esferas de la sociedad (2).

»Toda la distinción del gobernador del Rif estaba en sus gestos y actitudes, en la solemnidad de que iban impregnadas todas sus palabras.

»Al ver la deferencia con que sus compañeros le trataban, comprendimos que debía tener mucha mano en los consejos políticos, ó que gozaba del favor de la Corte. Ben-Auda (3), su hermano, es un soldado en toda la extensión de la palabra, y su conversación lleva el sello de la rudeza de su vida. Los hábitos de mando le han dado una franqueza rayana en la brutalidad: no es un soldado, es un militarote, un *condottiere*, y si su respeto por las personas de la embajada no hubiese templado su ruidosa elocuencia, manteniéndola en los estrechos límites de una conversación diplomática, no hay duda que nos hubiera contado, en su jerga castellana, un sinfín de pormenores interesantes sobre el ejército marroquí, la manera de ser del soldado, y su conducta en la lucha.

»Erzini, con su gran barba blanca, tenía un aspecto venerable, aunque algo desprovisto de interés, debido á su trato con europeos; de todos los moros presentes, era el que se encontraba menos fuera de su centro: si no por el respeto humano, le hubiésemos visto transgredir todas las leyes del Profeta, beber nuestros licores y amoldarse á nuestras costumbres, que deben serle tan familiares como las de su país.

»Erzini tiene el aplomo del millonario, atenuado por cierto respeto cortesano que ha debido aprender en las cancillerías, y por cierta mezquindad poco conciliable con la satisfacción propia que distingue al rico. Adivínase en este Rothschild marroquí al comerciante que no ha dejado aún, á pesar de sus inmensas riquezas, de regatear por un duro» (4).

El jefe de la guardia negra, «anciano á cuya fisonomía da un carácter especial el contraste curioso de su cutis negro con su barba blanca», y varios otros caides se prestaron bastante fácilmente al deseo que varios corresponsales manifestaron de hacer sus retratos (5).

(1) Iriarte: op. cit., pág. 215.

(2) Ibidem, pág. 216.

(3) Ben-Auda fué un personaje muy popular: caid del Oarb, dejó su nombre durante mucho tiempo al aduar que habitó, á la orilla izquierda del Uad-Ne, junto al vado del camino de Alcázar á Fez. Fué uno de los guerreros más célebres de su época.

(4) Iriarte: op. cit., pág. 217.

(5) Ibidem, pág. 211.



Ben-Auda, que se mostró más locuaz, confiado y abierto que sus compañeros, habló con gran respeto de Muley-el-Abbas (1). El ejército entero sentía por el hermano del Emperador la más viva simpatía: todos esperaban que él llevaría á buen fin la campaña; á pesar de su poca fortuna, hasta entonces no había perdido nada de su popularidad.

En cambio, al hablar de Muley-Ahmed mostró menos entusiasmo, y tuvo una frase que hizo fortuna aquella noche: queriendo pintarnos un hombre ligero, vanidoso, un *Dón Lindo*, que se preocupaba mucho de sus cabellos, de sus manos y de sus ojos moriscos, poco dado á los trabajos del espíritu, falto de decisión en los consejos, é incapaz de dirigir una empresa seria, nos dijo que era un *sevillano* (2).

Es probable que en la primera parte de la campaña se mezclasen con los marroquíes algunos argelinos expulsados de su país por la conquista francesa, como parece deducirse de dos citas muy concisas de Iriarte (3); pero creemos que su número no sería muy grande, pues los argelinos fueron casi siempre mal recibidos por los marroquíes en su éxodo á partir de 1830, y no debían, naturalmente, sentir muchos deseos de ayudarlos (4).

Entre las tropas marroquíes se distinguieron especialmente los Bojaris, jinetes negros que formaban la guardia personal de los Sultanes: reconocíaseles de lejos por su chilaba y turbante rojo, zaragüelles y albornoz blanco; sus armas eran espingarda y gumía; eran los que atacaban por escalones y tenían fama de muy valientes (5). Las demás tropas regulares se portaron, en general, bien, según parece (6).

13.—Corresponsales, cronistas, agregados militares y curiosos.

Fueron muchos los que, como empleados, agregados militares, periodistas y aun curiosos, siguieron al ejército.

El personal civil era de nacionalidad muy varia: el intérprete Pedro De-
Jean (7) era español; Rinaldi, intérprete también, levantino; Del Sas (8), es-

(1) Obsérvese, en general, en el norte de África, que la gente de armas es más simpática, más accesible á las impresiones venidas de fuera, más propensa á trabar amistad con los extranjeros que los comerciantes y, sobre todo, que los letrados y beatos, representantes del elemento fanático é irreducible.

(2) Iriarte: op. cit., pág. 223. Este juicio de Ben-Auda concuerda con el de los autores europeos. «Muley-el-Abbas dista mucho de ser un hombre vulgar—dice Lavigne, pág. 181—; dejará un gran recuerdo de sí entre sus enemigos.» Y eso que Lavigne no es, en general, benévolo con los marroquíes.

Alarcón (II, pág. 120) habla de Muley-Ahmed como de un mulato de bajo linaje—por su madre—, vano, ligero y corrompido; su edad era la de Muley-el-Abbas.

(3) Op. cit., páginas 26 y 48. Alarcón (I, pág. 302) habla también de un prisionero oranés cogido en los primeros combates, y que aseguró que muy pocos de sus compatriotas habían seguido su ejemplo.

(4) Más adelante veremos que, en general, los argelinos de Tetuán se alegraron del triunfo de los españoles, felicitándose públicamente de ver á su vez humillados á los marroquíes, que se creían invencibles y que les echaban en cara sus derrotas.

(5) Alarcón, II, pág. 120.

(6) Mordacq: op. cit., pág. 15. G. de Lavigne, pág. 29. «Las fuerzas en pie de paz sostenidas por el Emperador Abd-El-Rahman eran 85.000 hombres, de los cuales 12.000 habían sido organizados cuidadosamente después de la batalla de Isly por Sidi Mohammed, que fué siempre su comandante en jefe: 16.000 eran Bojaris; 4.500, jinetes moros; y 2.500, artilleros. El nuevo Sultán aumentó por esta época su ejército regular en 15.000 hombres.»

(7) Iriarte: op. cit., pág. 181.

(8) Ibidem, pág. 514.

pañol, era abastecedor general; un cantinero francés estaba al servicio del Estado Mayor de O'Donnell (1); otro francés, antiguo *spahi* argelino, era intérprete del cuartel general. A falta de especialistas formados para campañas de esta clase, se había echado mano de lo primero que se presentó (2).

Los periodistas eran muy numerosos; conocemos los nombres de algunos de ellos: Hardman (3), corresponsal del *Times*, que dejó, según Hooker y Ball, una excelente relación de la campaña; entre los corresponsales españoles figuran Navarro y Núñez de Arce, corresponsal de *La Iberia*, autor de unos *Recuerdos de la campaña de Africa*; entre los franceses, De Chavarrier, corresponsal del *Constitutionnel*, que llegó con Iriarte en el *Vasco Núñez de Balboa* (4), agregado al Estado Mayor de Ros de Olano; Boyer, de *L'Independance Belge* y de *La Patrie*, llegado algunos días más tarde; Iriarte, que escribió un libro, *Sous la tente; récits de guerre et de voyages*, y que hizo ilustraciones para varios periódicos nacionales y extranjeros: la acción de Samsa, para el *London News*, reproducida por *Le Monde Illustré*; la entrevista de Muley el-Abbas y O'Donnell, para el *Museo Universal*; ilustró además la primera edición del *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, la célebre obra del cronista militar Alarcón, tan estimada todavía en la Península.

Voluntario de Ciudad Rodrigo al principio, Alarcón fué agregado, como cronista, primero al tercer cuerpo, y luego al cuartel general. Algunos de estos periodistas volviéronse antes de terminar la guerra, cuando las tropas acampaban todavía en Tetuán: unos, por enfermos; otros, para descansar mientras se reanudaban las operaciones; algunos, más discretos que sus compatriotas del continente, para predicar la paz (5).

Los agregados militares extranjeros eran quince; pero no llegaron al cuartel general hasta después de la toma de Tetuán, excepto un ruso y un austriaco. Muy atendidos y considerados, gozaban de amplias facultades para seguir al cuartel general ó á cualquier cuerpo; recibían todas las raciones necesarias para su subsistencia y la de sus criados, caballos y bestias de carga (6); pero tenían que proveerse de monturas, criados y tiendas. Nadie tuvo sino alabanzas para su permanencia en el ejército español.

Uno de ellos, Schlagintweit, mayor de la caballería ligera bávara, detúvose algún tiempo en Tánger y Gibraltar, después de la guerra, para recoger datos sobre lo que no había visto por sus ojos, en especial sobre el ejército de Muley-el-Abbas. Nos dejó un juicio notable de la campaña en su libro *Der Spanisch-marrokkkanische Krieg in den Jahren 1859 und 1860*, de que nos hemos

(1) Iriarte: op. cit., pág. 94.

(2) *Ibidem*, pág. 5.

(3) *Journal of a tour in Morocco and the Great Atlas* (pág. 52). Sentimos mucho no haber visto esta relación: no hemos podido utilizar ninguna fuente inglesa; y esto es tanto más de sentir, cuanto que las relaciones, bastante continuas, de Gibraltar con Marruecos nos hubieran hecho encontrar en las correspondencias inglesas muchos datos sobre el ejército marroquí. Además, el espíritu más bien desfavorable de la opinión inglesa nos hubiera permitido verificar los dichos de los demás corresponsales, todos más ó menos inclinados á favorecer á España.

(4) «De Chavarrier había vivido mucho tiempo en Argelia, siguió una parte de la campaña, y hablaba el árabe correctamente. Su correspondencia sería digna de buscarse.» (Vid. Alarcón, I, pág. 152.)

(5) Iriarte: op. cit., pág. 281.

(6) Schlagintweit: op. cit., páginas VIII-IX.

servido muchas veces, pues en él ha condensado los datos recogidos personalmente y los tomados en periódicos, revistas y consulados, sobre todo en los de Inglaterra y Alemania.

Citemos, por fin, á Von Goeben, mayor general del ejército prusiano, que ha dejado un libro de correspondencias enviadas desde el campamento español y desde la Península (1).

Ya hemos dicho que un hijo del duque de Nemours, el conde de Eu, tomó parte en la campaña.

Llegado cuando el ejército estaba en Río Martín, fué recibido por O'Donnell como su ayudante, con el grado de teniente del segundo escuadrón de húsares de la Princesa. Alto, delgado, rubio, de tipo muy borbónico, se distinguió por su arrojo en la carga de lanceros de Farnesio, en el combate de la Aduana; carga en la que quiso tomar parte á pesar de las reconvenciones del oficial que le servía de mentor. Esta conducta causó buena impresión; O'Donnell le alabó en el campo mismo de batalla, recordó los méritos militares de sus antepasados, y le condecoró con la cruz de San Fernando, tomada á uno de sus oficiales de Estado Mayor.

Entre los curiosos que de vez en cuando vinieron á echar una ojeada al campamento, el más asiduo fué un miembro de la Cámara de los Comunes, de Inglaterra; y el más ilustre, lord Codrington, gobernador de Gibraltar, que llegó antes de la batalla de Tetuán, para enterarse, sin duda, de las intenciones del ejército, así como de su estado. O'Donnell dió orden de enseñarle todo, hasta en sus más nimios pormenores, para dar gusto á él y á su Gobierno (2).

En cuanto á M. O., que Iriarte designa, sin nombrarle nunca, con el título de viajero inglés y miembro muy influyente de la Cámara de los Comunes, era otro curioso que dió materia á mil suposiciones singulares, pues llegó á ser para el cuartel general y para todo el ejército un personaje fantástico. Todos le miraban como un espía del Gobierno inglés, y sus idas y venidas de Tánger al campamento español y de Gibraltar á Ceuta explicaban quizá tales sospechas. «Sin embargo—agrega Iriarte—, lo probable es que sólo se trataba de un curioso ordinario (3).

»Personalmente, M. O. es un hombre de una gran distinción y que me ha parecido poseer conocimientos profundos: habla correctamente el castellano, francés, italiano y alemán; no hay duda que lo que le ha movido á seguir al ejército español es algo análogo á lo que empujaba á su célebre compañero en pos de Thomas Carter. Quería ver devorar á Tetuán, y con frecuencia le oímos proferir exclamaciones como ésta: «¡Y no tendremos la suerte de asistir á una gran batalla!» (4).

(1) Entre las obras relativas á la campaña hemos omitido citar la de F. A. Brockhaus *Unsere Zeit*, publicada en Leipzig, y que contiene un capítulo relativo á la guerra hispano-marroquí. Schlagintweit lo juzga excelente desde el punto de vista militar.

(2) Iriarte: op. cit., pág. 123.

(3) Ibidem, páginas 85-86.

(4) Ibidem, loc. cit.

14.—Los beligerantes, juzgados por un marroquí (1).

Es curioso recoger la impresión producida en el alma marroquí por la manera de combatir de los beligerantes, y ver cómo juzgó el carácter de entrambos. Es-Selani en el *Istisqa* desarrolla con típicos pormenores el juicio que se ha formado acerca del soldado español.

«Los soldados cristianos—dice—peleaban siempre á la fuerza, y no se podían librar, apartándose del ejército durante la acción, porque *los caballeros y los de las espadas*—jefes—iban detrás de ellos empujándolos hacia adelante; y si se volvía alguno atrás ó dejaba un hueco, le cortaban la cabeza en el acto. De modo que su muerte era segura si huían, y sólo aleatoria si avanzaban: así es que preferían la muerte incierta á la inevitable; únicamente cuando arreciaba la pelea, se encendía el combate y se revolvían los hombres unos contra otros, era posible la huida, por tener entonces jefes y soldados que ocuparse cada uno de sí mismo. Por esta sujeción á la disciplina no sufrieron ninguna derrota desde que salieron de Ceuta. Era costumbre del enemigo en la guerra cuando marchaba al combate transportar consigo todo lo que había en el campamento, como si fuese de viaje, y así se veía á sus soldados acudir á la pelea llevando á cuestas todo lo que necesitaban: agua, víveres, pólvora, y hasta las navajas de afeitar, las tijeras, el espejo, el jabón y otras muchas cosas. Tenían dispuestos para esto unos sacos muy elegantes que llevaban atados á la espalda, y no les fatigaba el ir así cargados porque reducían cada cosa á lo puramente indispensable. Las tiendas las llevaban cada una entre tres hombres, y no les causaba esto fatiga porque eran sumamente ligeras, estaban muy bien preparadas, y sus soportes eran delgados y resistentes. Eran una cosa perfecta y tan poco pesada, que la tienda, con todo lo que la constituía, lo hubiera podido llevar uno solo si hubiera querido; pero lo repartían entre tres por exceso de consideración y para que no se fatigasen si era larga la jornada. Para los cañones tenían unos carros de hierro fundido, sobre los cuales los preparaban de un modo muy ingenioso; destinaban para tirar de ellos mulos castrados, que los arrastraban con suma destreza y docilidad; llevaban en los carros las cajas de las municiones, en las cuales iba la pólvora, plomo, balas, etc. Los artilleros iban unos sentados sobre las cajas, otros á pie alrededor de los cañones.

«El ejército avanzaba en orden, una fila tras otra, marchando progresivamente y sucediéndose las unas á las otras como las olas del mar. Brillaba el sol sobre los cascos con que se cubrían, y se reflejaba en sus equipos y armas resplandecientes; pero, á pesar de ir de esta manera, no cesaban ni un momento de lanzar bombas, obuses y metralla en todas direcciones. Este era siempre su modo de pelear; y cuando les sorprendía la noche ó hacían alto durante el día, acampaban donde se encontraban y no tenían que apartarse de

(1) *Istisqa*, IV, pág. 219.

aquel sitio para nada hasta que el ejército había descansado de su fatiga. Con esta sujeción á la disciplina consiguieron dominar y vencer» (1).

Después de este juicio, en que á las extravagancias del principio suceden ciertas observaciones atinadas, Es-Selauí pasa á examinar la manera de ser del soldado marroquí (2):

«Los procedimientos de combate de los marroquíes no obedecían á ningún principio fijo: todo el que peleaba lo hacía á su guisa y como le placía; si algún jefe daba una orden, era lo mismo que si no la hubiese dado; y cuando á uno le daba la gana de irse, se iba, á pesar de que Dios dice: «Y cuando estén reunidos con él por causa de algún asunto de interés común, no se marcharán hasta que él lo permita.» Pero el guerrero musulmán acudía al combate sin llevar consigo alimentos ni bebidas, y por necesidad, al sentir el hambre ó la sed, tenía que irse, apartándose del sitio en que se había fortificado. Además, no peleaban colocados en filas ni en orden de batalla, sino que se esparcían por los barrancos y por las cumbres que dominan los valles, alrededor de los árboles, detrás de los cuales se abrigan. Al lanzarse al ataque contra el enemigo lo hacían por pequeños grupos y revueltos en confuso tropel; después, cuando los sorprendía la noche ó se suspendían las hostilidades, se iba cada uno (3) á su tienda, que había dejado á gran distancia: á todo esto, no había ningún oficial encargado de darles órdenes.

De ahí resultaba que el ejército marroquí se presentaba á combatir, y á veces estaba á punto de conseguir la victoria; pero en aquel momento se retiraba la caballería antes de haberla alcanzado, porque su jefe no tenía autoridad alguna sobre ella. Los jinetes iban al combate solamente por seguir el camino que Dios les había trazado y por la vergüenza que les causaban las reprensiones de su jefe; aunque de esto último no hacían gran caso. Sabido es, en efecto, que ya antes se separaron del Sultán Muley-Sliman en la batalla de Dian, primero, y en la de Cherarda, después. Respetaban al Sultán Muley-Abd-El-Rahman más que á Muley-Sliman, y le obedecían en todo; sin embargo, cuando los envió á Tremecén obraron según su modo de ver y volvieron á sus costumbres. Cuando asistieron con el califa Sidi-Mohammed á la batalla de Isly se portaron abominablemente, y si no es porque el Hach-Abd-El-Qader se levantó de noche é impidió á la gente montar á caballo, seguramente que hubieran recaído en sus extravíos habituales. En esta guerra se portaron mejor: resistieron al enemigo y rompieron más de una vez sus filas; pero no tenían una organización que fuese como la del enemigo, y carecían sus ataques de condiciones estratégicas. Esto fué lo que los perjudicó y dió lugar á que el enemigo triunfase de ellos. Porque las cosas sólo se combaten con sus semejantes, y el mal se rechaza con su contrario; la contradicción mutua sólo cabe entre cosas opuestas ó semejantes. Ahora bien; nuestro modo de pelear y

(1) *Jettgen*, IV, pág. 315.

(2) *Ibidem*, pág. 318.

(3) «Como no se había tomado ninguna medida para aprovisionar á las tropas, al menos á las irregulares, parece ser que sufrieron mucho del hambre en Río Azmir y Sierra Ballones. El abatimiento cundió entre ellas, y no pocas se persuadieron de que era imposible luchar con los españoles.» (Cf. Alarcón, II, pág. 114.)

el empleado por los españoles pertenecen á la categoría de las cosas distintas, entre las cuales no cabe contradicción, según enseña la filosofía: ¡El éxito está en manos de Dios!» (1).

Todavía agrega Es-Selauí algunas otras reflexiones acertadas sobre el modo de combatir de los musulmanes:

«El procedimiento de atacar y huir es el modo de guerrear que tienen los árabes y bereberes de Marruecos. La batalla campal es más eficaz y más mortífera, porque en ella se ordenan las filas como las flechas ó como las hileras de fieles en la oración, y de este modo van contra el enemigo avanzando siempre; por lo cual resulta más impetuoso y eficaz, en concepto de los técnicos, y más terrible para el enemigo: porque es lo mismo que un recio muro ó un alto castillo que no se tiene esperanza de expugnar.

»Dice el Alcorán: «Dios ama á los que, para pelear por su causa, se colocan como si formasen un sólido edificio» (2).

Y en otra parte agrega:

«Algunos beduinos, guerrilleros voluntarios, asaltaban de noche el campamento enemigo y robaban en él mulos y bueyes, con los cuales amanecían en Tetuán y otros puntos. El vulgo ignorante aplaudía aquello y los animaba á repetirlo, como si fuese una gran hazaña; pero, en realidad, no tenía importancia alguna, comparado con la gran extensión de terreno de que el enemigo se había apoderado y el gran número de musulmanes que mataba. Es que los musulmanes no peleaban de un modo ordenado, sino aisladamente ó en grupos separados, y al llegar la tarde se retiraban á sus albergues, cuando á cada cual le parecía y sin esperar órdenes de nadie. Por consiguiente, este modo de combatir no ofrecía ventaja alguna. Los españoles, por el contrario, peleaban colocados en filas y en una disposición sabiamente estudiada; su principal interés estaba en conservar el terreno conquistado, y por eso se veía al adversario marchar siempre adelante, y á los musulmanes huir y retroceder siempre» (3).

15.—Críticas formuladas en Europa acerca de la campaña de 1859-60.

El plan y la ejecución de la campaña hispano-marroquí de 1859-60 han dado lugar á muchas críticas. Vamos sumariamente á pasar revista á las principales, mencionando la respuesta que se les ha dado para justificar el modo cómo el Gobierno español y el general en jefe habían comprendido y dirigido la guerra (4):

1.º *Concepción de la campaña*.—La elección de una ciudad como objetivo fué poco afortunada; mejor hubiera sido tratar de alcanzar al ejército enemigo y destruirlo, único resultado práctico (5).

(1) *Itisqa*, IV, pág. 220. Es-Selauí termina sus reflexiones sobre la conducta de los soldados marroquíes por estos apotegmas, cuya oportunidad es bien dudosa. Los hemos respetado para dejar al relato toda su originalidad y carácter.

(2) *Itisqa*, IV, pág. 215.

(3) *Ibidem*, pág. 214.

(4) Vid. Mordacq, pág. 91, y Schlagintweit.

(5) «Sólo la destrucción del ejército enemigo puede provocar una solución: nunca se insistirá bastante sobre este principio, casi constantemente violado.» (Mordacq, pág. 84.)

Se ha respondido que hubiera sido casi materialmente imposible alcanzar al ejército enemigo si no se le obligaba á aceptar el combate para defender una de las ciudades principales del Imperio. En otro caso, hubiera podido, cediendo siempre al invasor, hacer el vacío ante él, atraerlo más lejos de lo que entraba en sus planes, y dar á la guerra una importancia y una generalidad mayor de la pretendida por España.

Además, tampoco hay que olvidar que un ejército como el marroquí de entonces no tiene nada de comparable con los de las naciones europeas. Es una aglomeración de hombres tan rápidamente deshecha como reunida, á la que no se puede obligar á combatir, á menos que, siguiendo un plan más vasto, no se emprenda la conquista metódica de todo el territorio en que puede evolucionar (1).

Pero entonces se recae en el primer caso: tomar por objetivo sucesivo, no una, sino las diferentes ciudades de una región al mismo tiempo que se emprende una conquista formidable, como la de Argelia, comenzada impensadamente por lo que se creía una operación contra una ciudad, y continuada luego por la fuerza de las cosas al querer conservar la ciudad ganada; por consiguiente, la elección de la ciudad, como primer objetivo, al menos, estaba perfectamente justificada.

2.º *Elección del objetivo.*—¿Por qué España eligió Tetuán, en vez de Tánger ó de un puerto del litoral atlántico, desde donde el ejército podía en poco tiempo llegar á Fez? En el primer caso, se apoderaba de una ciudad mucho más importante que Tetuán, lo cual podía obligar á Marruecos á pedir antes la paz. En el segundo caso, el ejército evolucionaba en la llanura, con incontestable superioridad sobre las tropas marroquíes, llegaba al corazón del Imperio, y podía hablar alto.

Se ha respondido, en primer lugar, que Inglaterra no hubiera consentido ninguna de estas dos operaciones: la primera, porque hubiera sido un golpe demasiado sensible para su comercio, y porque no podía permitir que una potencia rival se instalase á la entrada del Estrecho; la segunda, porque la empresa, así concebida, podía ó, mejor dicho, debía casi fatalmente degenerar en conquista, cosa que tampoco quería Inglaterra. Por otra parte, nada prueba que el Sultán, una vez tomada Fez, hubiese capitulado: podía refugiarse en Marrakés, y desde allí inquietar durante años á los españoles, teniendo á su disposición las fuerzas del centro de Marruecos, que no habrían dejado de acudir á su llamamiento contra los cristianos. La campaña hubiese sido más importante y más difícil, precisamente porque el ejército español no habría tenido que hacer frente sólo á una línea de fuerzas, contra la cual su instrucción, su armamento y su disciplina le daban manifiesta ventaja, sino á todo

(1) Mordacq (pág. 75) censura á O'Donnell por haber tomado á Tetuán por objetivo; esto tenía justificación al principio de la campaña; la marcha contra Tetuán á lo largo de la playa tenía la ventaja de no exigir un gran convoy. Pero las dilaciones en esperar el parque de sitio no se explican, siendo así que el enemigo recibía constantemente refuerzos. Los historiadores españoles aseguran claramente que O'Donnell avanzó «para sitiar á Tetuán, objetivo principal, y que al atacar el campamento enemigo, fué porque le cerraba el paso de la ciudad, y no constituía así á sus ojos más que un objetivo secundario». Y reprueba esta concepción.

un país sublevado, á una nube de combatientes llegados de todas partes, y

que Inglaterra interviniese en favor de la paz. En el estado en que se hallaban las cosas, bastaría poco para conseguirlo. Los consejos de Inglaterra, deseosa de no ver á los españoles en Tánger, podían decidir al Sultán, ya fuertemente impresionado, á firmar la paz. Así sucedió: la victoria de Wad-Rás, por sí sola, quizá no hubiera bastado.

3.º *Elección de la base de operaciones.*—¿Por qué O'Donnell eligió á Ceuta, y no la desembocadura de Río Martín? No hay duda que el ejército español habría podido desembarcar en Río Martín sin grandes dificultades, bajo la protección de la artillería de la flota, y desde allí llegar á Tetuán en unas horas, lo cual hubiera abreviado considerablemente la campaña. Pero hacía falta estar seguro del buen tiempo. La bahía de Tetuán es impracticable por el levante durante semanas enteras. Recuérdese la importancia del estado del mar en el desembarco de Sidi Ferruch y en el sitio de Argel por Carlos V. Hubiera hecho falta una marina suficiente para desembarcar todo el ejército de una vez, como en la hipótesis de una expedición contra la costa del oeste; hubiera habido que tener además un ejército aguerrido, habituado á esta clase de campañas, para poder servirse de él desde los primeros momentos, conduciéndolo inmediatamente al ataque de Tetuán; y tampoco éste era el caso del ejército español.

Ceuta, por el contrario, ofrecía como base de operaciones las ventajas siguientes: Facilidad de acumular en sus almacenes las provisiones, municiones y víveres necesarios; resistencia asegurada contra los primeros esfuerzos de los marroquíes; campo de experiencia para las tropas durante el período preparatorio de la campaña; proximidad de Tetuán; facilidad de marchar contra esta ciudad bajo la protección de la flota, que, en caso de buen tiempo, podía prestar grandes servicios como convoy y también con su artillería.

Por tanto, también la elección de Ceuta como base de operaciones tenía perfecta justificación.

4.º *Lentitud de las operaciones.*—Se ha criticado á O'Donnell por haber ocupado alrededor de Ceuta un radio demasiado extenso, tropezando así prematuramente con la resistencia de los montañeses, imponiendo á sus tropas fatigas inútiles y perdiendo un tiempo precioso. «¿Por qué el primer cuerpo desde el principio se alejó hasta cuatro y cinco kilómetros de la costa?», dice Mordacq.

Ante todo, estas cifras son exageradas: la distancia del reducto más lejano hasta el mar no llega á cuatro kilómetros; además, dada la topografía del país, era indispensable ocupar toda la meseta que domina á Ceuta, so pena de tener á cada instante que venir á las manos con el enemigo en condiciones harto más desfavorables que las del Serrallo.

¿Cómo se hubiera defendido el campamento español contra el ataque de 20.000 á 25.000 hombres que bajasen desde el Otero y el Serrallo, si el campamento no tenía más apoyo que los muros de la ciudad? Además, hacía falta sitio para alojar á tres cuerpos de ejército, y, aun así, Schlagintweit cree que su aglomeración pudo ser causa de su desfavorable estado sanitario.

¿Por qué O'Donnell se detuvo tanto tiempo bajo los muros de Ceuta? ¿Por

qué, una vez llegado el segundo cuerpo, no emprendió la marcha, en vez de aguardar hasta el 1.º de enero? Esperaba todavía material, según parece. «Esta dificultad—dice Mordacq (1)—hubiera podido detener á un ejército expedicionario que se dirigiese hacia el interior del país; pero no á los españoles, que iban á seguir la costa, protegidos por su escuadra. Una vez rotas las hostilidades, los momentos son preciosos, sobre todo *vis á vis* de un adversario cuyas fuerzas aumentan considerablemente con el tiempo.»

Se puede responder que el mal tiempo reinante desde que comenzó la expedición, y la insuficiencia de la Marina, habían entorpecido hasta tal punto el transporte de material de guerra, que no hubo medio de tenerlo completo al mismo tiempo que las tropas; y comenzar la marcha sin aguardarlo era exponerse á que el mal tiempo impidiese el transbordo cuando, una vez comenzadas las operaciones, hiciese falta; que aunque el ejército español tenía sólo por primer objetivo á Tetuán, podía verse, contra su voluntad, arrastrado á empresas más serias; y, finalmente, que el Estado Mayor no sabía con precisión qué dificultades iba á encontrar, pues la campaña había sido en cierto modo improvisada.

En cuanto al último argumento empleado por Mordacq, nos parece, al contrario, que en ninguna parte tiene menos aplicación que en Marruecos. Es verdad que los contingentes marroquíes crecían con el tiempo; pero también lo es, dado el temperamento de los indígenas, que la turbamulta que se llegaba á reunir se desanimaba con la inacción, y no había peligro de que su jefe ejecutase un movimiento decisivo. Cuando hay que obrar rápidamente es cuando se manda un ejército indígena, antes que se apague el primer fuego del entusiasmo y se disgreguen las fuerzas reunidas. Por otra parte, un ejército de esta clase juega, sobre todo, un papel pasivo, limitándose á la defensiva, como sucedió entonces.

Mordacq censura también la lentitud con que avanzó el ejército español, recorriendo 16 kilómetros en siete días; ningún testigo ocular de la campaña hace esta observación. No hay que olvidar que la marcha se hacía combatiendo, y que se encontró el río Azmir en el camino.

«¿Por qué O'Donnell permaneció inactivo en Río Martín? ¿A qué aguardar el tren de sitio, que había de ser tan inútil?», dice Mordacq.

Se puede replicar que no sólo aguardaba el tren de sitio, sino también víveres y refuerzos, además de que tenía constantemente que evacuar heridos y enfermos para reemplazarlos por otros, y que el ejército estaba quebrantado por las fatigas y el cólera.

Vióse después de entrar en Tetuán que el tren de sitio era inútil; pero antes no se sabía, á causa de la precipitación con que se hizo la campaña. Puede ser, con todo, que O'Donnell se haya mostrado un poco lento, pues su método era no avanzar sino sobre seguro. ¿Qué impresión hubiera hecho un revés sufrido bajo los muros de Ceuta por demasiada precipitación?

¿Por qué después de la batalla de Tetuán aguardó O'Donnell cuarenta y

(1) Op. cit., pág. 97.

ocho horas antes de ir contra la ciudad? Por nuestra parte, creemos que hizo muy bien, pues así entró en Tetuán sin disparar un tiro, sin arrasar la ciudad, lo cual podía tener mucha importancia para el caso de una ocupación ulterior, aunque fuese temporal; de este modo no se privaba de la cooperación material que podía esperar de una parte de la población (comerciantes, artesanos, etcétera), lo cual habría sido imposible si hubiera comenzado por destruir almacenes, tiendas y casas particulares, y obligar á los habitantes á huir, no dejando en sus manos más que ruinas desiertas.

¿Qué supone un retraso de cuarenta y ocho horas en las condiciones en que él se encontraba, tocando, según se creía, al fin de la campaña, frente á un enemigo como Muley-el-Abbas y un ejército tan poco activo como el marroquí? ¿Qué hubiera ganado con la violencia? Apenas unas horas.

¿Por qué, una vez en Tetuán, se detuvo O'Donnell antes de acabar la campaña, dando así tiempo á los marroquíes de reponerse y de aumentar sus fuerzas? (1).

A esto contesta que todos en Africa, y O'Donnell el primero, creían que la campaña se acababa con la toma de Tetuán, como se hubiese de hecho acabado sin las exigencias del Gobierno español y el loco entusiasmo del pueblo. Además, se habían entablado las negociaciones; España tenía mil razones financieras y de política interior y exterior para detenerse en Tetuán, si con ello podía terminar la campaña. La falta del Gobierno fué que, á pesar de todos estos motivos de prudencia y moderación, se mostró demasiado exigente; sin lo cual, la paz se hubiera firmado á los ocho días de tomada la ciudad.

O'Donnell no podía seguir adelante contra viento y marea, forzando, por decirlo así, á su Gobierno; sólo cuando el acuerdo entre los beligerantes fué imposible se decidió á continuar la campaña y á terminarla con una nueva batalla.

¿Hubiera podido darla O'Donnell sin los refuerzos que recibió en Tetuán? ¿Podía tomar la ofensiva contra Tánger con los contingentes de que disponía al entrar en la ciudad, y sin conocer apenas el terreno que iba á pisar? Es muy dudoso. Finalmente, ¿por qué no concretarse al minimum de esfuerzo posible, ya que no había que pensar en conquistas?

En resumen: la lentitud de las operaciones debióse quizás en parte al temperamento de O'Donnell; pero, sobre todo, á la falta de preparación para la campaña, á la escasez de recursos económicos y marítimos, y á la insuficiencia de la organización militar y administrativa de la metrópoli en aquella época.

5.º *Dispersión de fuerzas* (2).—Mordacq censura también á O'Donnell por haber dejado todo un cuerpo de ejército desocupado en Ceuta mientras que él iba contra Tetuán.

«No vemos ninguna razón para ello; que hubiese reforzado la guarnición

(1) «¿Por qué—dice Mordacq (páginas 84-85)—no intentó O'Donnell atacar á Muley-el-Abbas después de la toma de Tetuán, sirviéndose de la ciudad como de base de operaciones? Si vencía, tanto mejor; si no, podía replegarse sobre la ciudad. Pero se puede preguntar, en contra de esta opinión, si un descalabro, aunque fuese ligero, si la menor imprudencia, no habrían comprometido la situación gravemente, y si una empresa arriesgada no hubiese podido prolongar la campaña, en vez de abrirla.

(2) Mordacq: op. cit., pág. 97.

de la plaza contra los posibles ataques de un enemigo que disponía de fuertes contingentes, se explica muy bien; pero de ahí á un cuerpo de ejército hay gran distancia. O'Donnell violaba así el principio fundamental de la economía de fuerzas, consagrandó á una misión secundaria, no el *mínimum*, sino la tercera parte de sus tropas.» Esta vez la crítica es más difícil de rebatir.

6.º *Mala organización del servicio de subsistencias.*—Las tropas no llevaban convoy propio al ir de Ceuta á Tetuán: se confió en la escuadra, esperando poder servirse siempre de ella como base de aprovisionamiento; pero al sobrevenir la tormenta la escuadra tuvo que alejarse, dejando á los soldados sin víveres y á los animales muertos de hambre. «¿Por qué no llevaban las tropas raciones para cinco ó seis días, lo cual no hubiese sido una carga excesiva—dice Mordacq (1)—, pues las llevaron más tarde al ir contra Tánger? ¿Por qué no tener un convoy propio?» Hay que confesar que estos cargos son irrefutables, y que O'Donnell cometió una grave falta, que pudo costarle muy cara (2).

En resumen: la campaña hispano-marroquí de 1859-60 es de las más interesantes é instructivas. En su conjunto fué todo lo bien dirigida que podía serlo en aquella época, dado su carácter de improvisación, el estado de la Hacienda española, el de su flota, material de guerra y ejército en el momento de la movilización. Casi todos los autores están de acuerdo en reconocerlo y en alabar la conducta de las tropas; pero no se puede menos de observar con G. de Lavigne (3) que esta expedición, tan resueltamente decidida y tan valientemente realizada, se llevó á cabo con demasiada insuficiencia de medios materiales. La falta no era ni del Ejército, ni de sus jefes, ni de la Marina, sino del Gobierno: era el fruto de la inseguridad política que reinaba en España hacía muchos años.

CAPÍTULO VIII

NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS ENTRE ESPAÑA Y MARRUECOS QUE PRECEDIERON Á LA GUERRA DE 1859-60

1. Negociaciones que precedieron á la guerra de 1859-60.—2. Manifiesto de Marruecos á Europa.—3. Manifiesto de España á Europa.—4. Comunicación de Marruecos á Inglaterra.—5. Juicio de la correspondencia que precedió á la guerra.

1.—Negociaciones que precedieron á la guerra de 1859-60.

Ya hemos hablado, al comenzar la historia de la guerra hispano-marroquí, de la importante correspondencia que medió entre los Gobiernos de Madrid y Fez durante las negociaciones que se entablaron para arreglar el litigio pen-

(1) Mordacq, pág. 98.

(2) Este episodio «demuestra una vez más que, aun cuando se tiene la buena fortuna de disponer de una línea de aprovisionamiento lateral tan práctica como el mar, es, sin embargo, indispensable que las tropas lleven un convoy regimental, ya que no administrativo». (Mordacq, pág. 99.)

(3) Op. cit., pág. 75.

diente. Pero sin dar un análisis, ni siquiera somero, de los documentos, nos contentamos con juzgarlos en pocas palabras é indicar el mal resultado de las negociaciones. Esta es la ocasión de analizarlos detenidamente (1): la importancia de las piezas que componen esta correspondencia para apreciar la génesis de la guerra salta á la vista, además de que, en sí mismas consideradas, son las cartas de El-Jatib uno de los documentos más instructivos para conocer el alma marroquí y los procedimientos diplomáticos de la Corte de Fez.

La primera carta es del cónsul general de España después de la agresión de los anyeras; la precedieron entrevistas particulares, en las que se cambiaron impresiones verbalmente. El cónsul afirma que la guarnición tenía derecho á levantar fortificaciones donde las había levantado, y que, por consiguiente, no habían de suspender las obras, como se pedía, para llegar á un arreglo. Esta concesión hubiese resuelto la desavenencia; pero el prestigio de España habría sufrido mengua, y los anyeras se habrían animado á repetir sus agresiones.

I

El cónsul general Blanco del Valle al ministro Mohammed El-Jatib.

«Tánger, 5 de septiembre de 1859.

»El ultraje inferido al pabellón español por las hordas salvajes que pueblan la provincia de Anyera, limítrofe al campo de Ceuta, objeto de sus inmotivadas y recientes agresiones, es de tal naturaleza, que ningún Gobierno que tenga conciencia de su honra puede tolerarlo.

»El de la Reina, mi augusta soberana, está resuelto á obtener la debida reparación, y tan cumplida como exigen la magnitud de la ofensa y el honor de la nación á cuyo frente se halla.

»Sobradas contemplaciones os ha guardado, fiado en las protestas de amistad y en las seguridades que en nombre de vuestro Monarca me habéis dado tantas veces de que las plazas españolas enclavadas en vuestros territorios serían respetadas, y castigados los que las hostilizasen.

»No os haré el agravio de poner en duda la sinceridad de vuestras palabras; pero si lo fueron, los hechos han venido á demostrar que el Rey, vuestro amo, carece de la fuerza y del poder necesarios para hacerse respetar y obedecer de sus vasallos.

»Fijad por un momento vuestra atención en los ataques que tan repetidamente han dirigido los moros del Rif á las fortalezas de Melilla, Alhucemas y el Peñón; llevadla después á Ceuta, durante tantos días hostilizada por las kábilas á ella vecinas, y decid después si tamaños atentados no han de tener término, y si han de continuar siempre cubiertos con el manto de la impunidad.

»El Gobierno de la Reina está dispuesto, sabedlo bien, á que no se renueven; para lo cual exige en desagravio, y no como correctivo, el más riguroso castigo.

(1) Schlegelwelt reproduce íntegras en alemán (op. cit., páginas 174 y siguientes) todas estas cartas; nosotros no daremos más que un análisis, aunque lo bastante amplio para que pueda servir lo mismo que los documentos originales.

«Si S. M. el Sultán se considera impotente para ello, decidlo prontamente, y los Ejércitos españoles harán sentir á esas tribus bárbaras el peso de su indignación y de su arrojo.

«Pero si no lo es, si se cree aún con los medios necesarios para reprimirlas y castigarlas, es preciso, absolutamente preciso, que lo más antes posible se apresure á satisfacer las justas exigencias del Gobierno de Madrid.

«Estas son:

«Primera. Que las armas españolas sean repuestas y saludadas por las tropas del Sultán en el mismo sitio donde fueron echadas por tierra.

«Segunda. Que los principales agresores sean conducidos al campo de Ceuta, para que, á presencia de su guarnición y vecindario, sean severamente castigados.

«Tercera. La declaración oficial del derecho perfecto que asiste al Gobierno de la Reina para levantar en el campo de dicha plaza las fortificaciones que juzgue necesarias para la seguridad de ella.

«Cuarta. La adopción de las medidas que os indiqué en nuestra última conferencia, á fin de evitar la repetición de los desmanes que han venido á turbar la paz y buena armonía que entre ambas naciones reinaba.

«Diez días os doy de plazo para resolveros.

«Transcurridos que sean sin que ésta mi demanda haya sido cumplidamente satisfecha, me retiraré de este país con los súbditos todos de la Reina mi señora.—(Firmado:) *Blanco del Valle*.»

Faltan una respuesta de El-Jatib, fechada en 15 de septiembre, y un despacho del cónsul general. Schlagintweit no pudo copiarlos en Madrid. En su opinión, estas piezas se referían á la prolongación del plazo acordado.

II

El cónsul general Blanco del Valle al ministro El-Jatib.

«Tánger, 3 de octubre de 1859.

«El Gobierno de la Reina, cediendo á vuestra demanda de 10 de Safar (15 de septiembre), se presta á ampliaros el segundo plazo que os otorgó por mi conducto el 12 del mismo.

«Pero esta ampliación es sólo por diez días, que expiran el 15 del presente mes. Si para entonces el Gobierno de Madrid no ha recibido respuesta satisfactoria de vuestro Monarca respecto de las reparaciones que se ha visto en el caso de exigirle, las relaciones de amistad entre ambos países quedarán rotas.

«No abriguéis esperanza de lograr nuevas prórrogas. Mi Gobierno no podría, sin faltar á altísimas consideraciones, y sin que se lo afease toda Europa, condescender con vuestros deseos: su dignidad y lo grave del ultraje inferido al pabellón español se lo vedan.

»De vuestras advertencias al Sultán depende principalmente conjurar la tempestad que amenaza poner en inminente riesgo la buena armonía entre las dos naciones.

»Las inculpaciones que con este motivo os permitís contra el gobernador de Ceuta (1) son infundadas y á todas luces injustas, pues, por el contrario, el gobernador se ha mostrado paciente, y ha sufrido por varios días los ultrajes de sus vecinos los montañeses. Ellos son los que se han mostrado desobedientes al Sultán, obrando en oposición á las leyes internacionales y destruyendo en el territorio del Gobierno español los edificios que servían de abrigo á nuestras tropas, así como la columna real al frente del castillo, situada en los límites territoriales de ambas naciones. Sin hacerse cargo de su debilidad,

(1) Es la respuesta á la idea manifestada por El-Jatib de que el gobernador de Ceuta había provocado á los anayas. Ya hemos visto que el embajador de Inglaterra en Madrid alegó la misma excusa, siguiendo las instrucciones de su Gobierno, como se deduce de los siguientes documentos:

Lord John Russell á Mr. Buchanan.

«Foreign-Office, 22 de septiembre de 1859.

«Señor: Con motivo de los preparativos que se hacen en España para abrir las hostilidades con Marruecos, deseo que hagáis observar al presidente del Consejo y ministro de Estado que las diferencias suscitadas entre España y Marruecos parecen debidas á los actos de violencia cometidos por las tribus moriscas en las cercanías de Ceuta; pero que también parece han sido provocadas por los retos y excitaciones del gobernador de Ceuta; que una raza feroz é indomable, que parece haber llegado á ser imposible de gobernar, ha ejecutado actos hostiles contra la guarnición española de Ceuta.

«Que si el Gobierno español no busca más que la reparación de los insultos que le han sido hechos; si no quiere más que defender y sostener su honor, el Gobierno de S. M. no se epondrá á que obtenga esta reparación. Pero si los actos de violencia de las tribus moriscas han de servir de pretexto de conquistas, particularmente en la costa, el Gobierno de S. M. está obligado á velar por la seguridad de la fortaleza de Gibraltar.

«Estáis, pues, encargado de pedir una declaración escrita en la que declare si en el curso de las hostilidades las tropas españolas llegarán á ocupar Tánger, y si esta ocupación se prolongará más allá de la ratificación de un Tratado de paz entre España y Marruecos.

«Porque una ocupación hasta que se pague una indemnización, podría llegar á ser permanente; y á los ojos del Gobierno de S. M., una ocupación permanente sería incompatible con la seguridad de Gibraltar. El Gobierno de S. M. desea sinceramente mantener con España las más amistosas relaciones; pero su deber es proveer á la seguridad de las posesiones de S. M. Sey, etc.,—*J. Russell.*»

Lord Buchanan comunicó los deseos de S. M. británica al ministro español, Calderón Collantes, en la siguiente carta:

Mr. Buchanan al Sr. Collantes.

«Madrid, 27 de septiembre de 1859.

«Durante las discusiones que han tenido lugar entre España y Marruecos, relativas á las reclamaciones de los súbditos españoles respecto al Gobierno del Sultán y de la zona fronteriza de Melilla, he tenido cuidado de instruir á mi Gobierno de las frecuentes seguridades que he recibido de V. E., según las cuales el único objeto de S. M. C. en esta época era garantizar la protección debida á las fortalezas de S. M. C., así como la de los súbditos que residen en el Imperio de Marruecos ó hacen el comercio con este país, y que no tenía de ninguna manera la intención de hacer de estas querellas un pretexto para su engrandecimiento territorial en Africa.

«El resultado ha confirmado enteramente estas seguridades, y he tenido la complacencia de saber, por la declaración contenida en la nota de V. E. fechada el 26 del corriente, y por las explicaciones verbales que me ha dado muchas veces desde que se presentó la nueva dificultad con el Gobierno de Marruecos, que la política del Gobierno español no ha cambiado en nada, que no ambiciona conquista alguna en Africa, y que no quiere más que obtener la reparación de las ofensas inferidas por los moros contra Ceuta y las demás posesiones de S. M. C. en Africa; garantías que evitarán eficazmente la repetición de los conflictos que han tenido lugar, y mantendrán para el porvenir las relaciones con el Imperio de Marruecos bajo honrosas y satisfactorias bases. La referencia de mis conversaciones con V. E. habrá ya informado al Gobierno de la Reina, mi augusta soberana, de los sentimientos de justicia y moderación que animan al Gobierno de S. M. C. Sin embargo, considerando el interés con que mira al Imperio de Marruecos, y la importancia que da al comercio de Tánger con las posesiones de S. M. en el Mediterráneo, tendría una satisfacción en saber que los grandes preparativos que se están haciendo actualmente para emprender operaciones militares en Africa, no provie-

se lanzaron repetidas veces al asalto de las murallas de la fortaleza, hasta que S. E. les obligó á desistir de sus insolentes ataques (1).

»Por vuestras propias palabras se prueba que no tenían derecho á conducirse de este modo, y que la justicia estaba de parte del gobernador de Ceuta, que ha obrado bien y con sobrada razón en aquellas circunstancias. Sobre vos pesa toda la responsabilidad de evitar los enormes males que pudieran resultar de la conducta de los súbditos desobedientes y fanáticos de vuestro amo el Sultán, que se reunieron en gran número para atacar la fortaleza española, infringiendo de este modo los Tratados existentes entre ambas naciones.

»A fin de evitar la repetición de los actos que han tenido lugar, y puesto que los Tratados que rigen al presente admiten dudas respecto del espacio de terreno que pertenece á Ceuta, se ve obligado el Gobierno español á pedir que se marquen de nuevo los límites, incluyéndose las colinas vecinas para mejor

nen de ningún cambio de miras del Gobierno de S. M. C., y no indican ninguna clase de intención de hacer conquistas en Marruecos ó de ocupar de un modo permanente ninguna parte del territorio del Sultán.

»Completamente seguro de que V. E. se apresurará á satisfacer el deseo que tengo el honor de expresarle á este propósito, quedo, etc.—(Firmado:) *Andrés Buchanan.*»

La respuesta del ministro español no se hizo esperar:

El Sr. Calderón Collantes á Mr. Buchanan.

«Palacio, 6 de octubre de 1860.

»Muy señor mío: He recibido la nota que V. E. ha tenido la bondad de dirigirme el 27 del mes último. El Gobierno de la Reina, mi soberana, al adoptar las medidas necesarias para obtener por la fuerza, en caso necesario, la justa reparación que ha pedido al Gobierno marroquí, persiste en sus invariables intenciones respecto á este país, cuyas intenciones conoce V. E. por las declaraciones verbales que le he hecho el año último respecto á las cuestiones de Melilla, y que han sido confirmadas por las notas subsecuentes que he dirigido á V. E., y por la circular que he remitido en 24 de septiembre á los representantes de S. M. cerca de las Cortes de Europa, con el contenido de la que D. Javier de Istúria ha debido dar conocimiento al primer secretario de Estado de Negocios Extranjeros de S. M. E. El Gabinete de Madrid, como ya sabe V. E., no cede en esta cuestión á impulsos de un deseo preexistente de aumento de territorio: sólo le mueve el deber sagrado de defender el honor y la dignidad de la nación. Conserva siempre la esperanza de que el conflicto que ha surgido á consecuencia de ataques, no provocados, de que la provincia de Melilla ha sido objeto, se terminará pacíficamente; pero si en deseo de conciliación no se realizase, se esforzará en obtener por otros medios el castigo de los agresores, la satisfacción debida, y la conclusión de un Convenio que tenga por objeto dar garantías materiales y eficaces contra la reproducción de semejantes ultrajes.

»Las operaciones militares, si llega el caso de empezarse, serían encaminadas á este objeto. Desde este punto de vista es fácil comprender, conociendo las intenciones del Gobierno de la Reina, mi soberana, que, sea cualquiera la disminución que haya de experimentar á consecuencia de la guerra el comercio activo que la Gran Bretaña sostiene con Tánger, sólo será pasajera; pues cuando sea ratificado un Tratado de paz que dé fin á las hostilidades entre España y Marruecos, y las cuestiones que ahora existen queden arregladas de una manera favorable y, por consecuencia, definitiva, el Gobierno español, habiendo realizado sus intenciones, no continuará ocupando esta fortaleza, suponiendo que se haya visto obligado á establecerse en ella á fin de asegurar un resultado favorable á las operaciones. Soy, etc.—(Firmado:) *Saturnino Calderón Collantes.*»

Finalmente, Lord Buchanan dió cuenta, en la siguiente carta, de los pasos que había dado y de la respuesta que había recibido:

Lord Buchanan á Lord John Russell.

«Madrid, 7 de octubre de 1860.

»Mi lord: Después de haber dado á conocer al Sr. Calderón Collantes el contenido del despacho de V. E. fecha 27 del mes último, en el cual me encarga pida al Gobierno español una declaración por escrito asegurando que si, en el caso de una guerra entre España y Marruecos, Tánger fuese ocupado por las tropas españolas, serían llamadas inmediatamente después de la ratificación de un Tratado de paz, se ha convenido entre ambos que yo le dirigiera una carta, de la cual transmito inclusa copia, para que V. E. tenga conocimiento. Hoy he recibido la respuesta, de que adjuntas remito copia y traducción, y espero que el Gobierno de S. M. quedará satisfecho. Tengo, etc.—(Firmado:) *Andrés Buchanan.*»

(1) Alusión al combate del 18 de septiembre, en el cual los cazadores de Madrid ocuparon la Mezquita. (Vld. capítulo III, § 6.)

defensa de la plaza; esto es indispensable para estrechar y robustecer los amistosos lazos que unen á ambas naciones.

•También es preciso arreglar los negocios de Melilla, así como los que Muley-Abd-Er-Rahman arregló con respecto á dicho asunto, y, además, lo que he exigido á V. E. respecto del atentado del pueblo de Anyera, tan desobediente y fanático.

•Todo cuanto llevo dicho no puede tener efecto entre ambas partes hasta que se extienda un documento formal declarando que un Convenio se concluirá entre nosotros en los términos anunciados y á satisfacción de mi augusta Soberana.

•Si el 15 de octubre, ó dentro del término que S. M. la Reina, con la generosidad que tanto contrasta con el mal tratamiento que hemos recibido de vuestro pueblo, ha concedido á vuestro señor el Sultán, no da al Gobierno de S. M. una contestación satisfactoria á sus peticiones, no toleraremos ya más tiempo, é insistiremos en que nuestras pretensiones sean inmediatamente satisfechas, porque éste es negocio que no podemos permitir continúe más tiempo en el estado presente.—(Firmado:) *J. Blanco del Valle.*»

III

Sidi Mohammed El-Jatib al cónsul general Blanco del Valle.

•6 Rabiâ-el-Anal 1272 (4 de octubre de 1859).

•Hemos recibido vuestra carta de ayer, en la cual nos explicáis el sentido de la tercera y cuarta petición contenidas en vuestra carta de 5 de septiembre; ayer os escribimos—en carta semioficial, dice Schlagintweit—que nuestro señor nos había mandado acceder á las cuatro peticiones contenidas en vuestra mencionada carta, que habíamos enviado al Sultán. En cuanto á las explicaciones respecto á las líneas de Centa, estábamos en la inteligencia de que la palabra española *campo* era el territorio contenido entre las antiguas líneas de aquella plaza, y que el terreno para pastos no estaba incluido en él; porque en el artículo 15 del Tratado antiguo la palabra Campo de Centa está mencionada así como el terreno de pastos; pero en vuestra carta sólo usáis la palabra *campo* cuando habláis de las fortificaciones que deberán construirse. Pero, puesto que me decís que, usando de aquella palabra, vuestro Gobierno desea que se entienda por ella todo el territorio que se extiende hasta los límites marcados en el año 1261 (1845), lo expondremos al Sultán, y le haremos ver la equivocación originada entre lo que vos habéis escrito y lo que nos hemos entendido.

•Ruego á Dios que todo esto pueda aclararse á satisfacción de ambas partes; pero ahora que todos los asuntos se han concluido entre nosotros por la aceptación de vuestras peticiones, os rogamos prorroguéis el plazo de 15 de octubre, á fin de tener tiempo para explicar y asegurar al Sultán los deseos de ambas partes.

«Respecto á lo que decís de la cuarta petición, cuando se haya arreglado la estipulación del territorio será negocio que trataremos entre los dos, después de haberlo sometido al Sultán de manera que esto sea claro.—(Firmado:) *Mohammed El-Jatib.*»

IV

Sidi Mohammed El-Jatib al cónsul general Blanco del Valle.

«Esta mañana hemos recibido una carta del Sultán, en contestación á otra que nos habíais transmitido conteniendo las cuatro peticiones del *ultimátum* de vuestro Gobierno, la cual transmití al Sultán inmediatamente después de recibir de S. M. la confirmación en mi actual empleo, y nuestro señor me manda acceder á dichas peticiones; porque S. M. desea continuar en amistad y pacíficas relaciones con vos, sin que pueda creer que dichas relaciones hayan de turbarse por los actos desordenados de las kábilas. Damos gracias á Dios porque el consentimiento del Sultán á vuestras peticiones haya llegado hoy antes de expirar el plazo que concedisteis en vuestras cartas del mes anterior, y antes que el nuevo plazo mencionado en las de ayer haya comenzado, y que concluya el 15 de octubre.

«En breve esperamos tropas de nuestro señor para llevar sus órdenes á Anyera, porque, como conocéis, las tropas de Tánger no se atreverían á castigar á aquellos habitantes.—(Firmado:) *Mohammed El-Jatib.*»

V

El cónsul general Blanco del Valle al ministro Mohammed El-Jatib.

«Tánger, 5 de octubre de 1859.

«Veo con satisfacción, en vuestra nota de este día, que el Rey, vuestro amo, os manda ceder á las justas reclamaciones del Gabinete de Madrid, bien claramente expresadas en mi nota del 5. Mas como no me fijáis, aproximadamente siquiera, el tiempo en que han de verificarse, y os desentendéis en punto á las explicaciones que os hacía en mi nota de ayer, respecto de las declaraciones que debéis dirigirme sobre el derecho que asiste al Gobierno de la Reina para construir obras y levantar fortificaciones en el terreno que legítimamente le corresponde, voy, para no dar lugar á que llegue el día 15 de este mes, último del plazo concedido, sin que hayáis obtenido de vuestro Monarca la autorización necesaria, si es que carecéis de ella, á manifestaros que, para satisfacer cumplidamente en esta parte á mi Gobierno, debéis declarar de la manera más explícita:

«Que la Reina de España, como legítima dueña y señora de los terrenos comprendidos en toda su extensión dentro de la línea que divide el campo español del marroquí, tiene un derecho perfecto é indisputable á disponer de él

siempre que lo juzgue conveniente para la seguridad de la plaza de Ceuta, y que, á fin de dar mayor solemnidad y estabilidad á la declaración en cuestión, se extenderá en el más breve plazo posible un Tratado semejante al que últimamente se ha concluído respecto á Melilla. De este Tratado puede exceptuarse aquella parte que se refiere á la artillería de á 24, porque la naturaleza del terreno no permitiría semejante estipulación. Lo que propongo no es una innovación. Ateneos estrictamente á los términos de mi nota del 5. En el párrafo tercero de dicha nota se halla la frase «en el territorio de Ceuta», es decir, dentro de la línea limítrofe que separa dicha fortaleza del campo moro, y en la cuarta se especifican las medidas necesarias para prevenir la repetición de semejantes desórdenes. Una de estas medidas es la conclusión del Tratado al cual me refiero, en el cual se recordarán, con la claridad conveniente, vuestros derechos y los nuestros. Este Tratado lo considero absolutamente necesario para asegurar la continuación de la paz y armonía entre los moros de Anyera y la mencionada plaza. El tiempo vuela. Sólo os quedan diez días. (Firmado:) *Blanco del Valle.*

VI

Sidi Mohammed El-Jatib al cónsul general Blanco del Valle.

«Tánger, 11 de octubre de 1859.

»Os hago saber que ayer he recibido carta del Sultán autorizándome con plenos poderes para arreglar las peticiones que habéis presentado, de una manera amistosa y según vuestros deseos. La respuesta del Sultán á la explicación que habíais dado á vuestra carta del 5 de octubre no había llegado á S. M., porque en dicha fecha no podía haberse recibido contestación en tan corto tiempo, lo cual debéis tener entendido; pero, puesto que S. M. nos ha concedido plenos poderes, no esperamos su respuesta, y os suplicamos nos hagáis saber cuándo han de tener ejecución las peticiones contenidas en vuestras cartas del 5 de septiembre y 5 de octubre, para que sean cumplidas como han sido prometidas, y la amistad y buena armonía quede restablecida entre los dos Gobiernos.—(Firmado:) *Mohammed El-Jatib.*»

VII

El cónsul general Blanco del Valle á Sidi Mohammed El-Jatib.

«Tánger, 13 de octubre de 1859.

»Os felicito muy cordialmente por haberos investido con plenos poderes el Rey, vuestro amo, según me decís en carta del 11 del presente, para acordar las justas reparaciones al Gobierno de la Reina, mi augusta soberana, y de que, en consecuencia, os encontréis dispuesto á poner satisfactorio y pronto término á esta desagradable cuestión, ya demasiado tiempo prolongada.

«Al comunicarme, sin embargo, la sabia decisión de vuestro Monarca os atenéis exclusivamente á mis notas del 5 de septiembre último y el 5 del presente mes, sin hacer caso de mi primera nota del 3, en la cual precisamente se mencionan los deseos de mi Gobierno, relativos á la extensión del territorio que aún ha de anexionarse á los antiguos límites de la plaza de Ceuta, y los cuales, según dichas comunicaciones, *deben extenderse* hasta las alturas más compatibles con el abrigo y seguridad de la fortaleza en cuestión. Hoy espero de vos una respuesta tan clara y explícita como es debido, y según tengo derecho á esperar después de lo que me habéis asegurado en vuestra mencionada nota de anteayer. Si vuestra nota fuese en sentido contrario, saldré inmediatamente de este país con todos los súbditos españoles.—(Firmado:) *Blanco del Valle.*»

VIII

Sidi Mohammed El-Jatib al cónsul general Blanco del Valle.

«Hemos recibido vuestra carta fecha de este día, en la cual manifestáis vuestra satisfacción por habernos el Sultán autorizado para acceder á las peticiones que presentasteis en vuestras dos cartas de 5 de septiembre y 5 de octubre; pero decíais en ella que no aludimos al contenido de vuestra carta del 8 de octubre, en la cual habláis de las *alturas*. Sabed que, por el lenguaje de vuestra carta, suponíamos nosotros que dichas *alturas* están dentro de los límites del *campo* y el territorio para pastos de vuestros ganados, porque en vuestra carta del 5 de octubre habláis del derecho que vuestro Gobierno tiene á hacer cuanto le acomode en punto á levantar fortificaciones, ensanchando los mencionados límites; y también nos pareció, por personas conocedoras de aquel territorio, que las alturas se hallaban dentro de los límites marcados; pero si fuese de otra manera que la que yo imagino, animado del deseo de remover toda causa que pudiera producir daño ó discusión entre los dos Gobiernos, consentimos en que los límites de vuestra guarnición de Ceuta se extiendan hasta las alturas que pueden ser necesarias para la defensa y ensanche de la mencionada guarnición.—(Firmado:) *Mohammed El-Jatib.*»

IX

El cónsul general Blanco del Valle á Sidi Mohammed El-Jatib.

«Tánger, 16 de octubre de 1859 (1).

«Toda vez que vuestra nota del 13 del actual ha removido las dificultades que impedían el dar una completa satisfacción por los ultrajes cometidos con-

(1) La víspera dirigió lord John Russell la siguiente comunicación á lord Buchanan:

Lord John Russell á lord Buchanan.

«Foreign-Office, 15 de octubre de 1859.

«El Gobierno de S. M. ha tomado conocimiento de la nota que le fué dirigida el 6 de octubre por el Sr. Collantes

tra el pabellón español en las cercanías de la plaza de Ceuta, el Gobierno de la Reina, mi augusta soberana, me previene os haga saber que la satisfacción pedida debe ser concedida sin pérdida de momento, y en la forma siguiente:

•1.º El jefe de las tropas marroquíes, que debe ser el bajá ó el gobernador de la provincia, colocará por sus mismas manos las armas de España en el sitio donde estaban antes de ser derribadas por los vándalos de Anyera, haciendo que sus soldados saluden dichas armas.

•2.º Los soldados llevarán á efecto, en presencia de la guarnición de la mencionada plaza, la última pena señalada por la ley, en las personas que fueron los verdaderos instigadores del ataque. Estas dos condiciones se habrán de cumplir inmediatamente.

•3.º El Gobierno marroquí nombrará dos ingenieros, quienes, juntamente con otros dos nombrados por España, decidirán acerca de los puntos más convenientes para la línea limitrofe, entendiéndose que dichos ingenieros deberán tomar la Sierra Bullones por base de su demarcación.

de que remitía usted una copia en su despacho del día siguiente, en contestación á la petición de explicaciones que mi despacho de 22 de septiembre prescribía á usted dirigiese al Gobierno español para conocer sus intenciones en el caso de la ocupación de Tánger por tropas españolas.

•Ha sido usted invitado á pedir al Gobierno español la declaración escrita de que en el caso en que durante las hostilidades las tropas españolas ocupasen á Tánger, esta ocupación sería temporal, y no se prolongaría después de la ratificación de un Tratado de paz entre España y Marruecos; y en la nota dirigida al Sr. Collantes dice usted que sería una satisfacción para el Gobierno de S. M. saber que los preparativos militares del Gobierno español no anunciaban la intención de su parte de hacer conquistas en Marruecos ó de ocupar de un modo permanente ninguna parte del territorio del Sultán.

•El Sr. Collantes, en su contestación de 8 de octubre, da la seguridad de que, una vez ratificado el Tratado de paz que debe poner fin á las hostilidades entre España y Marruecos, y las cuestiones existentes arregladas favorablemente y de un modo definitivo, el Gobierno español, realizadas sus intenciones, no continuará ocupando esta fortaleza—Tánger—, suponiendo que se vea obligado á establecerse en ella á fin de asegurar el éxito favorable de las operaciones.

•Puede usted anunciar al Sr. Collantes que el Gobierno de S. M. acepta con placer esa seguridad, como confirmatoria de la declaración que por un despacho de 22 de septiembre había usted sido invitado á pedir. Anunciará usted además á S. E. que el Gobierno de S. M. desea ardentemente que no haya ningún cambio de posesión sobre las costas moriscas del Estrecho. La importancia que da á este punto no puede ser bastante encarecida; y le sería imposible, y á toda otra potencia marítima, ver con indiferencia la ocupación permanente por España de una posición permanente en esas costas, posición que le permitiría impedir el paso del Estrecho á los buques que frecuentan el Mediterráneo para operaciones comerciales ó de otra clase.

•Daré usted lectura de este despacho al Sr. Collantes, y le entregará usted copia de él. Quedo, etc.—(Firmado:) J. Russell.»

Respuesta de lord Buchanan á lord John Russell.

•Madrid, 24 de octubre de 1839.

•Milloré: Con motivo de los telegramas de V. E. de 19 y 20 del corriente, relativos á la pretendida intención de España de obtener de los marroquíes la cesión de varias leguas de territorio en la costa del Estrecho de Gibraltar, tengo el honor de dirigir á V. E. copia de una nota que he dirigido el 27 al Sr. Calderón Collantes, para hacerle presente las objeciones que el Gobierno de la Reina opondría á la ocupación por España de la costa occidental de Ceuta.

•Rogaría á V. E. designase los puntos de la costa que deberían ser comprendidos en el radio de la fortaleza, si las intenciones del Gobierno de S. M. C. se realizasen.

•Tengo también el honor de transmitir la copia y la traducción de la respuesta que he recibido de S. E., en la cual manifiesta claramente que el Gobierno de S. M. C. no tiene la intención de ocupar ningún punto en la citada costa, que sea de tal naturaleza, que dé á España una superioridad que sea peligrosa para la navegación del Estrecho.—(Firmado:) Andrés Buchanan.»

Documento comprendido en el envío de lord Buchanan á lord Russell.

Mister Buchanan al Sr. Collantes.

•El Gobierno de la Reina, mi soberana, tiene motivos para creer, según los informes del encargado de Negocios de S. M. en Tánger y las recientes declaraciones del Gobierno de S. M. C. en las Cortes, que S. M. C. va á declarar la

»La satisfacción que el Gobierno español tiene un indisputable derecho á exigir, y en la que habéis convenido en nombre de vuestro Monarca, no la considerará aquél completamente concedida, si todas estas medidas no se llevan á ejecución en el más corto espacio de tiempo.

»Entretanto continuarán los armamentos, y os prevengo que la menor dilación por vuestra parte en cumplir exactamente con mis reclamaciones, será la señal del principio de las hostilidades y, consecuentemente, del rompimiento de las relaciones amistosas entre nuestros dos Gobiernos.

»El Gobierno de la Reina, mi señora, espera que el Sultán no será la causa de tan grave acontecimiento, del cual pueden originarse las más desastrosas consecuencias.

»Espero vuestra contestación, que deberá ser tan clara y explícita como lo requiere el caso, y os prevengo que no admitiré la más ligera observación en contra de las justas reclamaciones de mi Gobierno.

»Considerado el aspecto que presentan los negocios, no os queda más que la alternativa de escoger entre el estricto y exacto cumplimiento de cuanto hemos convenido, como completa satisfacción á la nación española, ó la guerra. Ahora, elegid.—(Firmado:) *Blanco del Valle.*»

guerra al Emperador de Marruecos porque el Gobierno marroquí ha rehusado acceder á la petición hecha por el Gobierno español de cierto territorio, situado entre la fortaleza de Ceuta y la línea de montañas ó Sierra Ballones.

»Por mis conversaciones verbales con V. E. sabe ya que el Gobierno de la Reina, mi soberana, teme que la cesión á España del territorio en cuestión no pueda verificarse sin comprometer seriamente la libertad de navegación del Estrecho de Gibraltar; es, en consecuencia, de mi deber, en cumplimiento de las instrucciones recibidas del primer secretario de Estado de Negocios Extranjeros de S. M., informarme hasta qué punto el Gobierno de S. M. C. pretende que el radio de la fortaleza de Ceuta se extienda, y, sobre todo, pedir á V. E. se sirva designar los puntos de la costa que, en caso de ejecución de las miras del Gobierno de S. M. C., serán comprendidas en el territorio español.

»Al dirigir estas preguntas á V. E., me atrevo á suplicarle tenga á bien contestarme tan pronto como le sea posible. Aprovecho, etc.—(Firmado:) *Andrés Buchanan.*»

*Segundo documento comprendido en el envío de lord Buchanan á lord John Russell.
El Sr. Calderón Collantes á Mr. Buchanan.*

«Palacio, 21 de octubre de 1860.

»Señor: He recibido la nota que me ha dirigido usted con esta fecha, y me ha enterado de su contenido con una especial atención. En el estado actual de la cuestión marroquí, de resultas de la inconcebible resistencia del Gobierno del Sultán á suscribir á las justas peticiones de España, es muy difícil, por no decir imposible, al Gobierno de Madrid determinar, ni aun de un modo aproximado, la naturaleza de las garantías que puede hallarse en la necesidad de pedir á fin de asegurar los resultados de las hostilidades que están en visperas de comenzar.

»Usted no puede ignorar, y el Gobierno es demasiado ilustrado para no saber que, cuando dos Gobiernos apelan á la fuerza de las armas para el arreglo de sus diferencias, después de la ruptura de las relaciones diplomáticas sin resultado, las antiguas proposiciones se declaran nulas y como no hechas, y las dos partes se reservan el derecho de renovarlas ó de presentar otras de diferente naturaleza, según que esto pueda convenir á sus intereses y responder al resultado de las operaciones militares.

»Sin embargo, el Gobierno de la Reina, mi augusta soberana, que ha dado tantas y tan señaladas pruebas de su espíritu recto y conciliador en los diferentes incidentes que han surgido en la cuestión marroquí, no modificará las intenciones que ha tenido desde el principio de no ocupar ningún punto en el Estrecho cuya posición diése á España una peligrosa superioridad para la navegación.

»A este respecto, sus ideas han sido siempre tan desinteresadas y tan leales, que no podía creer que existiese la menor duda en la materia.

»El Gobierno de la Reina, en nombre del cual he dado á usted en diversas ocasiones las explicaciones necesarias para disipar toda especie de dudas, si por ventura se hubiesen suscitado sobre sus intenciones, no quiere dejar de dar las anteriores seguridades, seguro como está de que el Gobierno de S. M. B., al pedir las, no tiene otro objeto que garantizar la seguridad de los intereses de Inglaterra, y de ningún modo intervenir en la lucha que va á empeñarse entre dos naciones independientes. Aprovecho, etc.—(Firmado:) *S. Calderón Collantes.*»

X

Sidi Mohammed El-Jatib á Blanco del Valle.

«Tánger, 17 de octubre de 1859.

»Hemos recibido vuestra carta de ayer, 16 de octubre, y hemos entendido su contenido; pero nos admira cuanto en ella decís, porque no concuerda con lo que me dijisteis en nuestra entrevista ni en vuestras cartas anteriores. Hemos sido autorizados, según os he dicho, para arreglar las reclamaciones que mencionabais en vuestras cartas de 5 de septiembre y 5 de octubre. Nosotros convenimos en nuestra carta de 15 Rabiá-el-Aual (13 de octubre) en que ocupaseis las alturas necesarias para la defensa y seguridad de vuestra plaza, pero no con otra mira alguna. Me habíais dicho, en conversación particular, que suponíais que dichas alturas estaban dentro de los límites marcados.

»No conocemos el sitio que llamáis Sierra Bullones; pero si éste fuese el que me han dicho, á saber, como á unas tres horas de camino de la plaza de Ceuta, no estamos autorizados para dicha concesión; ésta deberá llevarse al Sultán, y conceder un plazo para enterar á S. M. del asunto, á fin de que tenga tiempo para considerarlo y contestar.

»No os ocultaré mi extremada sorpresa al considerar los términos en que me escribís, después de la manera amistosa con que hemos procedido, accediendo una tras otra á vuestras peticiones, en tres ocasiones diferentes, con el solo objeto de complaceros. Si llegáis á romper nuestras relaciones y á declarar la guerra, según decís, porque yo no accedo á aquello para lo cual no estoy autorizado por el Sultán, protestaré contra vos por todas las consecuencias que puedan seguirse hasta ahora y en adelante.

»Réstame repetir, sin embargo, que nos adherimos á los compromisos que hemos contraído para cumplir con las peticiones hechas en vuestras cartas; pero no en el sentido que en ellas os permitís dar á vuestras palabras, porque no tenemos poder para semejantes concesiones.—(Firmado:) *Mohammed El-Jatib.*»

XI

El cónsul general Blanco del Valle á Sidi Mohammed El-Jatib.

«Tánger, 24 de octubre de 1859.

»Los términos de vuestra nota, que he leído con particular atención, me han causado una extremada sorpresa, y no será menor la que habrá producido en el ánimo del Gobierno de la Reina, mi augusta soberana. Vos mismo debéis comprenderlo así, puesto que os son notorios los esfuerzos que el Gobierno español, impulsado de los sentimientos de rectitud y justicia que lo animan, ha hecho en interés de la paz, comprometida hoy día por vuestra nega-

tiva á conceder lo que habíais prometido, y que el Gobierno español tenía perfecto derecho á reclamar.

»Os traeré á la memoria la historia de cuanto ha pasado, y os convenceré de que vos y vuestro Gobierno seréis los solos responsables de las consecuencias que mencionáis al fin de vuestra nota.

»La guarnición española de Ceuta fué repentina é injustamente atacada por los moros de Anyera, y rechazó abiertamente el ataque. El Gobierno español, cumpliendo con su deber, pidió satisfacción del ultraje, el castigo de los culpables y garantías para el porvenir. Esto fué lo que os pedí en mi nota de 5 de septiembre; y ¿cuál fué vuestra respuesta? Una vaga promesa de que se haría justicia, y la petición de que el plazo señalado por mí para obtener la reparación pedida pudiera prorrogarse aunque continuaran los ataques y la guarnición fuese bastante numerosa para imponer respeto á los agresores.

»Mi magnánima Soberana accedió á la prórroga del plazo, sin que vos ni vuestro Gobierno os comprometierais á satisfacer mis reclamaciones. De este modo, mi Gobierno dió pruebas de que el espíritu que lo animaba no era el de romper la paz, porque, á haber sido así, no hubiera desperdiciado la ocasión que le ofrecían las circunstancias particulares en que se encontraba este país. Pedisteis después un nuevo plazo, y os fué también concedido hasta el 15 del presente mes de octubre. En vuestra nota del 5 del mismo mes me decíais estar autorizado para acceder á mis justas reclamaciones; en dicha comunicación se echaba de ver la misma vaguedad que en vuestra primera contestación, y en ninguna de las dos prometíais cumplir vuestras ofertas. Esta obscuridad dió lugar á mi nota del 5 de octubre y la última, á la cual contestasteis, respecto á la cesión del territorio, en estos términos: «Aceptamos que los límites de Ceuta de que se hace mención se extiendan hasta las alturas más á propósito para la seguridad y tranquilidad de dicha guarnición.»

»Ofrecimiento tan concluyente sobre el único punto puesto á discusión dió lugar á las más firmes esperanzas de poner un término al conflicto creado, esperándolo yo con doble motivo después de las conversaciones en que os expliqué la justicia de las reclamaciones de mi Gobierno; pero como todo debía traducirse en hechos, os indiqué cuáles debían ser éstos para prevenir que una mala inteligencia hiciese imposible la conservación de la paz, que todos deseábamos. Os expliqué, en consecuencia, la forma en que debería darse la satisfacción exigida, la naturaleza del castigo que vos mismo confesabais debía imponerse á los culpables, y cuáles eran las *alturas* más convenientes para la seguridad de Ceuta, y que vos habíais prometido ceder para aquel objeto de una manera concluyente; añadiendo, como lo hice, que la demarcación de límites se haría de común acuerdo entre ingenieros marroquíes y españoles, que trazarían la nueva línea.

»A esta pretensión, consecuencia natural del cumplimiento de las primeras, y que comprendía también la prórroga del término concedido para la satisfacción exigida, como prueba adicional de espíritu de conciliación, replicasteis rehusando lo que antes habíais concedido, torciendo el espíritu y la letra de mis notas, y contradiciendo lo que en documentos oficiales me habíais

dicho respecto de la autorización de vuestro Soberano para arreglar las cuestiones pendientes entre España y Marruecos. ¿De qué parte están en este asunto la magnanimidad, la lealtad y la buena fe?

»En tres ocasiones os he dado tiempo y oportunidad para atender á mis justas reclamaciones; y el último plazo, que declaré no sería prorrogado, se extendió hasta que se recibieran las necesarias explicaciones, para que de este modo la naturaleza de la reclamación pudiera determinarse con toda claridad.

»Sólo una vez me habéis hecho promesas terminantes; pero, arrepentido, al parecer, de haberlas hecho, y conociendo bien el carácter de la nación española, habéis tratado de eludirlas aduciendo inexplicables subterfugios. Aunque yo había obrado con tanta generosidad, cuando, después de haberos comprometido á dar la satisfacción pedida, conferenciábamos acerca de la forma y del momento en que debiera llevarse á efecto, anulasteis vuestras promesas é invocasteis declaraciones verbales que jamás han tenido lugar y que no podían existir según el espíritu de mis escritos é instrucciones, alegando en vuestra defensa no estar autorizado por el Sultán, después de haberme manifestado lo contrario.

»Ya veis, pues, que mi Soberana ha dado pruebas incuestionables de su sincero deseo por la paz; pero, convencida, como lo está, de que vuestra conducta no corresponde á su lealtad, y de que se hacen esfuerzos para evadir por medio de sutilezas el cumplimiento de lo que se había prometido, basado sobre el derecho y la justicia, confiando al mismo tiempo en Dios, somete definitivamente la pendiente cuestión á la suerte de las armas. — (Firmado:) *Blanco del Valle*. »

XII

Sidi Mohammed El-Jatib á Blanco del Valle.

«24 de octubre de 1859.

»Hemos recibido vuestra carta de esta fecha, que nos ha causado sentimiento; tanto más, cuanto que vemos tenéis la convicción de que hemos deseado retraernos de lo que habíamos prometido en nuestras contestaciones á vuestras reclamaciones. Esto no es así: somos verídicos, y deseamos la paz y buena armonía con vuestro Gobierno, del mismo modo que nos habéis asegurado ser éstos los sentimientos de aquél durante esta negociación.

»Atribuyendo más bien la acusación que nos hacéis de no haber cumplido mis compromisos á la diferencia de lenguas de que respectivamente hacemos uso en nuestras escrituras, y al hecho de que por esta circunstancia se han originado equivocaciones, no quiero tampoco en esta ocasión entrar en discusión respecto de las faltas que nos atribuíis.

»La correspondencia que ha mediado entre nosotros es la justificación á que apelo, esperando, sin embargo, que todavía podemos venir á una satisfactoria inteligencia si prescindimos de las disensiones pasadas. Al mismo tiempo

debemos hacer una observación respecto del atentado del pueblo de Anyera. Admitimos que esa población ignorante haya cometido una seria ofensa en atravesar los bien conocidos límites de la plaza de Ceuta y hostilizando su guarnición; pero bien sabéis que si la agresión continuó contra nuestra voluntad, y no fueron castigados, fué porque el hecho tuvo lugar al ocurrir la muerte de nuestro amo Muley-Abd-Er-Rahman, y el nuevo Sultán, Sidi-Mohammed, no estaba aún proclamado. Después del advenimiento de S. M. al Trono he estado esperando contestación á vuestra carta del 11 de octubre, en la cual os suplicaba me dijeseis cuándo deseabais que llevásemos á efecto el castigo de los culpables, según vuestra nota del 5 de septiembre.

»Pero como en vuestra carta del 16 de octubre pedís para los culpables la pena de muerte, debo deciros que sólo el Sultán, mi señor, puede disponer de la vida de sus vasallos. Ateniéndonos, pues, á vuestra comunicación del 5 de septiembre, estamos persuadidos que deseáis un castigo severo y ejemplar.

»Respecto de límites, permanezco firme en lo que hemos concedido, á saber: que los ingenieros españoles y marroquíes determinen las alturas más convenientes para la defensa y seguridad de la guarnición de Ceuta.

»En nuestra carta de 12 del presente, escrita en lengua árabe, deseábamos explícitamente confirmar la presente, declarando al mismo tiempo que no podíamos aceptar un punto determinado antes de saber la decisión de los ingenieros, porque ignoramos cuáles sean la naturaleza del terreno, las distancias y las localidades que mencionáis, ó antes de ponerlo en conocimiento del Sultán, nuestro amo.

»Siempre que queráis arreglar con nos el asunto, estamos prontos á enviar los ingenieros al efecto, y á tratar éstas y otras cuestiones de que pueden ser encargados en paz y armonía, y deseoso de hacer cuanto fuese justo y satisfactorio para ambas partes.

»A fin de daros una prueba más de nuestro deseo de mantener la paz con el Gobierno español, os hacemos la siguiente proposición: «En el caso de que los ingenieros no convinieren en la demarcación de límites, circunstancia que me sería muy sensible, cada uno de nosotros elegiría un tercero en discordia, y aceptaríamos su decisión.» Esta proposición tiene por objeto exclusivo el aseguraros que esperamos poder arreglar la cuestión sin recurrir á las armas.

»Como os habéis retirado á bordo de un buque, á fin de facilitaros la interpretación de nuestra contestación, os remitimos la traducción de nuestra carta.—(Firmado:) *Mohammed El-Jatib.*»

Esta carta es posterior á la declaración de guerra, hecha en Madrid el 22 de octubre, como hemos visto.

De todos modos, no podía ser de ninguna eficacia, pues El-Jatib llegaba muy tarde á hacer proposiciones que hubiera podido presentar mucho antes.

Toda la correspondencia que hemos reproducido en las páginas anteriores, tomándola de Schlagintweit (1), fué publicada por el *Gibraltar Chronicle* en

(1) Op. cit., páginas 167 y siguientes.

los meses de noviembre y diciembre de 1859. Sidi Mohammed El-Jatib envió copia de ella al citado periódico, lo cual es tanto más de notar cuanto que el *Gibraltar Chronicle* era el órgano oficial del Gobierno inglés en la plaza y el encargado de publicar las ordenanzas del gobernador. La intención de El-Jatib al permitir á este periódico publicar la correspondencia diplomática cruzada entre él y el representante de España, era la de darle así gran resonancia, y procurarse al mismo tiempo una especie de consagración, al menos oficiosa, de su modo de proceder, cuya aprobación parecía pedir á Europa.

Al dar este paso demostraba también El-Jatib creer que la opinión europea se declararía por el Sultán, pues estaba persuadido de la legitimidad de su derecho.

Pondríase en evidencia, según él, la sinceridad con que el Sultán había deseado conservar la paz, y todos reconocerían que su Gobierno había cumplido con sus deberes y obligaciones en una cuestión en la que no asistía á España ningún derecho.

El deseo de El-Jatib de conciliarse la opinión europea resaltaba aún más por el hecho de haber también remitido copia de toda la correspondencia diplomática á los cónsules de las potencias representadas en Tánger. Schlagintweit hace notar á este propósito que no se esperaba tal conducta, un poco servil, de parte de quien se daba siempre el título de «Su Excelencia el ministro de Negocios Extranjeros».

Y agrega que en el estilo de todos estos documentos se echa de ver que estaban destinados á sufrir la crítica europea, con el deseo evidente de conciliar-se su benevolencia. Finalmente, Schlagintweit abriga la persuasión de que, habiendo Inglaterra, durante el período de negociaciones, manifestado el más vivo deseo de impedir que estallase la guerra, influyó, probablemente, en la redacción de las cartas de El-Jatib; éste, de lo contrario, se hubiera negado desde el principio á todo género de concesiones, pues todos nos lo pintan como uno de los hombres más fanáticos é intransigentes de su tiempo y de su país.

También Baudoz y Osiris han reproducido, pero sólo en parte, la correspondencia cruzada entre los representantes de España y Marruecos á propósito del incidente de Ceuta.

2.—Circular de Marruecos á Europa.

«A los representantes de la potencias extranjeras residentes en Tánger.

«Sabed que se ha verificado un rompimiento de relaciones entre nosotros y los españoles. Creo de mi deber el comunicaros una relación verdadera de cuanto ha pasado entre nos y el representante español, y al efecto os incluyo cinco copias de otras tantas cartas que nos han sido dirigidas por dicho representante, así como las de nuestras cuatro contestaciones, siendo ésta toda la correspondencia que ha mediado entre nosotros desde que los anyeras destruyeron las señales que marcaban los límites, sin orden nuestra y en oposición á nuestros deseos.

»Por el contenido de esta correspondencia podréis juzgar exactamente si el Sultán, nuestro señor, obraba en esta negociación de una manera regular y amistosa, ó si el Gobierno español ha manifestado desde un principio deseos de buscar causas para la guerra.

»Ya sabéis que cuando la tribu de Anyera perpetró el hecho que hemos mencionado, murió el Sultán Muley-Abd-Ér-Rahman, nuestro señor, y que nosotros no teníamos poder para tomar medidas y arreglar aquel negocio, hasta que Dios fué servido de elevar al trono á nuestro señor, el Sultán Sidi Mohammed; S. M. tuvo á bien confirmarnos en nuestro puesto actual, y el día en que recibimos nuestro nombramiento llevamos la cuestión al Sultán.

»El Gobierno español, con motivo del cambio ocurrido en el de este nuestro Imperio, concedió un plazo hasta el 5 de octubre, que luego prorrogó hasta el 15 del presente; pero aun antes de nuestro nombramiento por nuestro actual señor, habíamos hecho todq lo posible para que el pueblo de Anyera se abstuviese de todo desorden.

»Observaréis que el encargado de Negocios de España presentó en su primera carta la petición de construir edificios en el campo de Ceuta. En las antiguas estipulaciones entre nosotros y España, y también en las de 1845, se hace mención del campo y del terreno para pastos pertenecientes á los españoles; pero el Sr. Blanco en su carta menciona solamente el campo, y nada más. El Sultán, nuestro señor, en su alta sabiduría, y deseando continuar en relaciones amistosas, nos ordenó aceptar las cuatro peticiones, y convino en que los españoles levantasen fortificaciones dentro de las líneas del campo.

»Esta orden la recibimos antes del 5 de octubre, que era el primer plazo concedido. Después de esto, según veréis por carta del encargado de España, presentó otra nueva petición á fin de que se permitiera á España levantar fortificaciones en el terreno que le habíamos cedido en 1845 para pastos de sus ganados.

»Esta nueva exigencia era contraria á lo que el Sr. Blanco nos había prometido, y de ello tenemos pruebas; pero, á fin de satisfacerle por completo, se lo concedimos en 11 de octubre. El 13 de octubre el encargado español nos escribió de nuevo, pidiéndonos las alturas necesarias para la defensa de la plaza de Ceuta; y si leéis con atención su carta de 5 de octubre, veréis que en ella repite que sólo exigía el poder construir fortificaciones dentro de las líneas limítrofes.

»No hicimos caso, sin embargo, de la tortura que á sus palabras daba, según le convenía, ni tampoco cuestionamos si tenía razón ó no, y le concedimos lo que pedía, en la inteligencia de que se exigía para la defensa y ensanche del territorio de la ciudad, y porque nos había manifestado en conversación particular que las alturas pedidas estaban inmediatas á Ceuta, y no á una larga distancia; aceptó, pues, nuestra réplica, y volvió aquí en la noche del 16 del actual.

»Después presentó otra petición para la posesión de un extenso distrito, como observaréis en su carta de aquella fecha, desde el valle de Yebel-Musa —según nos explicó su vicecónsul—, incluyendo el terreno inmediato entre él

y la plaza de Ceuta. Después contestamos que no teníamos facultades para conceder nuevamente lo que se pedía sin acudir al Sultán, nuestro señor, y en este punto se han cortado las relaciones y se habla de guerra.

»Entretanto os suplico enviéis este pliego con su cubierta á vuestro Gobierno, haciéndole saber que en nombre del Sultán, nuestro señor, protestamos contra el Gobierno español por haberse separado de sus compromisos por tres veces y haber declarado sin causa la guerra.

»Mucho nos ha sorprendido el saber que los papeles públicos, al ocuparse de este asunto, aseguran que el pueblo de Anyera insulta continuamente á la plaza de Ceuta; vosotros sabéis muy bien que en el espacio de quince años no se ha cometido agresión alguna contra dicha plaza, hasta que su gobernador quiso edificar en sitio en que no se había hecho antes.

»Os suplicamos, pues, transmitáis á vuestro Gobierno la relación exacta de cuanto ha mediado en el particular. Ya tenéis un perfecto conocimiento de la conducta observada por los habitantes de ésta y otras ciudades que han manifestado deseos de permanecer en la mejor amistad con todas las naciones.

»A la muerte del último Sultán prevaleció cierto estado de excitación é insubordinación; no se injurió ni maltrató á nadie. En Mazagán la población se batió contra la gente del campo en defensa de los europeos. Deseo hagáis saber todo esto á vuestro Gobierno, rogándole no dé crédito al lenguaje de los que no conocen este país, ó no tienen simpatías para con su población y Gobierno. Nuestro deseo es el de permanecer en relaciones amistosas con todos los Gobiernos; pero repetimos nuestra protesta contra la injusta conducta de la nación española en esta cuestión, que no sabe fijarse en lo que pide ni mantener lo que promete.

»Apelamos á Dios todopoderoso, á los grandes y potentes Gobiernos de Europa y América; apelamos á los hombres que siguen en este mundo la senda de la justicia y que juzgan los derechos de los demás hombres sin acudir á la fuerza. Ponemos nuestra confianza en Dios, rogándole nos mire favorablemente. Esperamos los acontecimientos, y no obraremos de modo que se nos pueda culpar; todo el mal procederá de nuestros enemigos.

»Paz. 27 Rabiá-el-Aul de 1276 (25 de octubre de 1859).—(Firmado:) *Mohammed El-Jatib.*»

3.—Circular de España á las Cortes europeas.

El Gobierno español, por su parte, para justificar la declaración de guerra, dirigió á sus representantes en el Extranjero un documento, reproducido *in extenso* por Schlagintweit, y del cual vamos á dar un extracto:

«Los esfuerzos del Gobierno de S. M. para el mantenimiento de la paz han sido de todo punto infructuosos; el espíritu conciliador y recto que le ha guiado en las negociaciones seguidas con el Gobierno marroquí no ha alcanzado á vencer la sorda hostilidad del ministro del Rey de Marruecos. El representante en Tánger de S. M. la Reina, nuestra señora, se ha retirado con

todo el personal de la Misión. El rompimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos Gobiernos es, por tanto, un hecho consumado. España ha hecho en bien de la paz cuanto ha sido posible; pero el caso que preveía ha llegado, y el Gobierno de S. M. está resuelto á dar principio á las hostilidades. La Europa entera conoce las violencias cometidas en todos tiempos por las tribus de las costas del Rif: las guarniciones de Melilla, el Peñón y Alhucemas se ven diezmadas por las incesantes acometidas de los rifeños. El Gobierno de Su Majestad reclamó nuevas garantías, y en los últimos días de agosto se firmó un Tratado. En él no se incluyó la plaza de Ceuta, porque el Gobierno español no la creía tan expuesta á los ataques de las tribus comarcanas. Pero al mismo tiempo que se firmaba el Tratado, los moros de Anyera atacaron á Ceuta, la guarnición fué reforzada, y tuvieron lugar varios encuentros, en los que murieron algunos soldados españoles.

»El Gobierno de Madrid reclamó inmediatamente el castigo de los culpables; el plazo fué ampliado por dos veces á causa de las circunstancias especiales en que se halló el Imperio marroquí por la muerte del Sultán.

»Próximo se hallaba á expirar, en 15 del presente mes, el último término, cuando el ministro marroquí dirigió al cónsul general de S. M. en Tánger dos notas, en las que manifestaba haber recibido plenos y amplios poderes para acceder á las reclamaciones españolas, y por las que consentía en la concesión del territorio pedido.

»El Gobierno de S. M. se apresuró á indicar á su representante en Tánger la forma en que debían llevarse á cabo las satisfacciones reclamadas.

(Sigue la enumeración, que ya conocemos, de las condiciones impuestas.)

»A lo cual el ministro marroquí contestó negando todo lo que había concedido, torciendo el espíritu de las notas del representante español, y desmintiendo lo que en su comunicación del día 11 había dicho sobre haber recibido plenos poderes para arreglar las cuestiones pendientes.

»El Gobierno de S. M., convencido de que ni la dignidad de la nación ni su propio decoro le consentían continuar tratando con quien hasta tal punto desconocía la hidalguía de sus sentimientos, dió orden al cónsul general de España en Tánger para que, después de demostrar una vez más al ministro marroquí, en una nota razonada, la inconsecuencia de su proceder, bajase su pabellón y se retirase con todo el personal de la Misión española, declarando terminadas las negociaciones, y encomendando á la fuerza de las armas la solución del conflicto suscitado.

»Esta sencilla narración de todos los hechos ocurridos demuestra la necesidad en que se hallaba el Gobierno de la Reina de apelar á la fuerza para dirimir la contienda empeñada.

»Este es el último, aunque doloroso recurso, cuando se promueven graves diferencias entre dos pueblos, y cuando uno de ellos, como en el presente caso, desoye la voz de la razón y de la justicia.

»El Gobierno de la Reina apela en esta solemne ocasión al juicio de Europa, seguro de la simpatía que inspiran la moderación y la firmeza que ha procurado conciliar con la defensa del honor nacional, sentimientos de los cua-

les no prescindirá aun cuando la victoria corone los esfuerzos de su generoso ejército.

»En la guerra próxima á empezar el Gabinete de Madrid respetará los derechos de las potencias neutrales y protegerá á los súbditos de las naciones amigas establecidos en los puntos del Imperio de Marruecos que sean ocupados por las armas españolas. En este sentido se han comunicado las instrucciones oportunas al comandante de la escuadra destinada á operar en las costas de Marruecos y á los jefes de los cuerpos del ejército expedicionario.

»España confía á su ejército de mar y tierra la defensa de su honor ofendido y de sus intereses lastimados. Apoyada en su justicia, segura de haber demostrado su moderación con actos irrecusables, sin combinación con ninguna otra potencia, exenta de toda mira ambiciosa, quiere poner término con una guerra al estado insufrible de hostilidad en que los moros fronterizos de sus plazas se hallan perpetuamente respecto de sus guarniciones.

»España ha procurado mantener con Marruecos relaciones pacíficas y aun amistosas, y con este objeto ha firmado en el transcurso de un siglo cuatro Tratados; pero la ignorancia ó el abandono del Gobierno marroquí los violaron siempre, apenas llegaron á celebrarse, después de laboriosas negociaciones. Tiempo es ya de que cese entre dos pueblos vecinos una situación tan irregular y peligrosa para nuestro sosiego é intereses. Lo que ni la razón ni los esfuerzos perseverantes de Gobiernos ilustrados pudieron alcanzar, habrá de lograrse por la fuerza robustecida por la justicia.

»Madrid, 29 de octubre de 1859.—(Firmado:) *Calderón Collantes.*»

4.—Comunicación de Marruecos á Inglaterra.

Al mismo tiempo el Gobierno marroquí remitía un documento análogo al cónsul inglés en Tánger, Drumond Hay, rogándole se encargase de comunicarlo á las Cortes extranjeras:

«Tenemos el honor de hacer saber á usted que ha llegado á nuestras manos una copia impresa de la carta dirigida por el ministro español á todos los representantes extranjeros residentes en la corte de España, en que se hace relación de las cuestiones que han mediado entre nosotros y el Gobierno español antes de la declaración de la guerra, así como del asunto del Rif, del cual no hacíamos mención nosotros en la carta que dirigimos á los representantes extranjeros residentes en este Imperio. Por esta razón dirigimos la presente carta para dar á usted una relación exacta de todo lo que ha pasado sobre este asunto, rogándole la presente á su Gobierno, á quien suplicará al mismo tiempo se digne comunicarla á todos los demás Gobiernos, por no poderse la presentar nosotros, á causa de no hallarse en el Imperio ninguno de los representantes más que usted.

»La razón por que no hablamos del Rif en nuestra carta del 27—Rabiá-el-Aual—fué porque habíamos arreglado con el representante español en agosto último todas las disputas relativas á esta cuestión, y habíamos hecho un Tra-

tado de paz; sorprendiéndonos mucho que el ministro español asegure que el principal motivo de la guerra es la cuestión del Rif. No hablaríamos nosotros de una cuestión ya arreglada; pero viendo que el ministro español se ocupa de ella, alegando que se causa perjuicio á todas las naciones con los actos de los rifeños, deseamos explicar el asunto con toda sencillez y exactitud.

«Usted sabe que hasta hace cuatro años los rifeños que habitan Guelaya —Cabo de Tres Forcas— se ocupaban de la piratería, y habían atacado con sus botes á más de treinta buques; pero desde hace cuatro años no tenemos noticia de que ningún buque haya sido atacado ni por los rifeños ni por ningún súbdito del Imperio. Nuestro señor Muley-Abd-Er-Rahman hizo cuanto pudo por ponerles término; pero como habitan en país escabroso y casi impenetrable, nunca se sometieron á la voluntad de su Soberano. Siempre que cometían alguna piratería, y la nación á que pertenecía el buque deseaba castigarla, no se lo estorbábamos. Usted sabe que hace cuatro años los rifeños de Cabo de Tres Forcas se apoderaron de un buque inglés, otro francés y un falucho español. Con las medidas que tomó el Sultán por medio del morabito Sidi Mohammed El-Hach fueron restituídas á su país las tripulaciones, y los Gobiernos inglés y francés reclamaron el valor de sus buques. El Gobierno inglés recomendó varias veces al Sultán que, para bien del Imperio, enviase su ejército á castigar á los guelayas. El Sultán, aceptando estos buenos consejos, envió dos ejércitos sucesivos, castigó severamente á los agresores, y les hizo restituir lo robado y pagar la suma que los Gobiernos inglés y francés pedían por sus respectivos buques. El Sultán obligó también á los jefes de la costa del Rif á que fueran responsables de los actos que en adelante cometieran sus pueblos, y desde aquella fecha no se ha oído hablar de agresiones; pero el Gobierno español, sabiendo que han cesado las piraterías, quiere, sin embargo, hacer creer á las demás naciones que aún existen piratas en el Rif, y presentar así esta guerra como un bien para las demás naciones (1). ¿Por qué cuando existían realmente esas piraterías no usaron de su poder para reprimirlas? Usted sabe que los españoles, con sus posesiones en la costa del Rif y sus guardacostas, impiden á los rifeños hacer el tráfico legal con Tetuán y Tánger, y, estando en paz con nosotros, se han apoderado de sus botes. El gobernador de las posesiones españolas hasta nos escribió—carta que conservamos—, y nos dijo que los rifeños no cometían ningún acto agresivo contra las posesiones de España, y, sin embargo, los españoles se han apoderado de mercancías de los rifeños hasta el valor de 20.000 libras, y no han devuelto nada hasta el día. También cogieron á la tripulación y pasajeros, y tardaron meses en soltarlos; cogieron además un bote perteneciente al morabito Sidi Mohammed El-Hach, persona que había favorecido mucho á los españoles, librándolos de los piratas, aunque llevaba el patrón de este bote un pasaporte del gobernador español; pero, á pesar de todo esto, rehusaron entregar el bote ni la tripulación hasta que intervino el Gobierno inglés.

(1) Schlegelweil observa (pág. 306, nota) que, sin embargo, las naciones europeas tuvieron aún que reclamar contra actos de piratería realizados en las costas del Rif.

»No queremos continuar la relación de otros actos injustos de que hemos sido víctimas. No podemos negar que es mala é indómita esa gente del Rif; pero eran excitados á sus atropellos con otras naciones por los actos agresivos que con ellos ejercían los españoles. Cuando el Gobierno español reclamó 2.000 libras por el falucho que naufragó en la costa del Rif, cerca de Melilla, y fué saqueado por los rifeños, no accedimos á su demanda, porque en el Tratado existente se halla estipulado que nuestro Gobierno no sea responsable de los actos de los rifeños, que no obedecen los mandatos del Sultán, y que si los españoles tomaban sobre sí el castigar sus agresiones, que esto no haría interrumpir las buenas relaciones de amistad entre las dos potencias. Los españoles han tenido algunas refriegas con los rifeños, y nunca nos hemos enojado ni hemos dicho nada cuando sus guardacostas han apresado botes rifeños. Por esta razón, no comprendemos que sea justo que exijan nada de nuestro amo, el Sultán, cuando se han tomado ya justicia por su mano. Aunque fué justo que el Gobierno marroquí rehusase pagar la reclamación de las 2.000 libras por el falucho, usted, en nombre de su Gobierno, varias veces nos pidió, como un favor especial, que accediéramos al pago de las 2.000 libras para evitar cuestiones y disputas. Accedimos, y pagamos, dando así una prueba de nuestro deseo de favorecer á los españoles. También, á petición de usted, cedimos una nueva línea á Melilla.

»Bien sabe usted de qué manera el representante español, Sr. Blanco del Valle, nos ha tratado, y el lenguaje usado con nosotros en varias ocasiones; pero, aunque sintamos esto vivamente, hemos dejado sin comentarios su lenguaje descortés por conservar la buena armonía con el Gobierno de España, nuestro vecino, viendo que esta armonía era un beneficio para ambas naciones. Por esto sospechamos que el Gobierno español no está bien informado, y que ha sido arrastrado por el equivoco lenguaje de su agente á creer cosas que no existen; recae la culpabilidad, por tanto, en la persona que ha sido la causa de esta guerra, pues no había el menor motivo para ella.

»Este Imperio iba progresando rápidamente en sus relaciones comerciales con otras potencias; si el ministro español quiere alegar que los rifeños han sido causa de la guerra, ¿por qué no envió el Gobierno español sus tropas á las costas del Rif? ¿Qué motivos tiene para tomar medidas ofensivas contra nuestros puertos? En cuanto al asunto de Ceuta, todo el mundo sabe que no existió la piratería en todo el Imperio, fuera de la costa del Rif. Se sabe igualmente que hace más de veinte años no ha salido de nuestros puertos un buque de guerra con bandera del Imperio, y que los dos ó tres buques mercantes que han salido con dicha bandera, iban tripulados por europeos.

»Con respecto á lo que dice el ministro español en su carta del 29 de octubre con referencia á la cuestión de Ceuta, nos remitimos á la correspondencia de que hemos enviado copia á los representantes extranjeros. Cualquiera persona de mediana capacidad que lea estos escritos, verá que hemos sido tratados injustamente.

»Rogamos á usted que dé su propio testimonio de todo esto, pues sabe que varias veces, por deferencia á usted y á su Gobierno, hemos cedido á las nue-

vas reclamaciones que presentaba el Gobierno español. Bien sabe usted que nos hemos conducido siempre con rectitud y justicia en todo lo que hemos ofrecido por nuestras entrevistas y cartas; pero el representante español hizo, como usted sabe, declaraciones y promesas á nosotros y á usted, y se retractó cuando le pareció conveniente, faltando á la verdad y á la justicia. Sabe usted cuánto hemos padecido en este asunto para cumplir con sus deseos y para conservarnos bien con todos. Si el Gobierno español quiere negar lo que hemos afirmado respecto al Rif, estamos dispuestos á enviar copias á todo el mundo de nuestra correspondencia, desde el principio hasta el fin.

»Para concluir, tenemos el honor de participarle nuestra intención de imprimir y publicar esta carta por medio de nuestros amigos en Inglaterra y en otras partes de Europa, á fin de que todo el mundo tenga noticia del asunto, y juzgue de qué parte está la justicia.—(Firmado:) *Mohammed El-Jatib.*»

5.—Juicio de la correspondencia que precedió á la guerra de 1859-60.

«Un examen reposado de la correspondencia que medió entre los representantes de España y de Marruecos convence fácilmente—dice Schlagintweit—de que Marruecos, á pesar de la apariencia de sus buenas intenciones, hizo nacer continuas dificultades y presentó mil excusas, sobre todo á propósito de la ejecución de las medidas que se habían de tomar. Sin embargo, tampoco España estuvo exenta de culpa.

»En primer lugar—agrega Schlagintweit—, los inconvenientes de la falta de organización administrativa en Marruecos se ponen de manifiesto en esta correspondencia; vese también cuán grande era entonces la impotencia del poder soberano, que sólo en principio era absoluto.

»Con tales defectos de organización en la máquina administrativa, con una falta casi total de cultura, aun entre los altos funcionarios, era muy difícil que una potencia europea, aun suponiendo las condiciones más favorables y las relaciones más cordiales, pudiese alcanzar las satisfacciones indispensables para la protección de las personas y bienes de sus súbditos, sino por medio de las armas.

»Poco feliz fué la idea del ministro marroquí al dar el primer lugar en su comunicación á los Gobiernos europeos á los asuntos del Rif, cuando sólo habían sido tratados incidentalmente en la circular del Gobierno español. Las piraterías de los rifeños eran entonces menos graves que antes; pero aún no habían desaparecido por completo. Hacia 1857, todavía Prusia, como es sabido, tuvo que castigar á los rifeños por las agresiones de que se hicieron culpables contra barcos de comercio prusianos.

»Había, por el contrario, que dar gracias á los guardacostas españoles, que, siempre en acecho, dificultaban los actos de piratería rifeña y apresaban y aun destruían, aunque esto muy raras veces, las barcas sospechosas. Quizá los guardacostas se dedicaban á esta tarea con alguna falta de discernimiento; y posible es, como indicaba la nota marroquí, que una barca de comerciantes

rifeños hubiere sido á su vez pirateada. Pero el hecho es que el bandolerismo subsistía en el Rif, y que los periódicos ingleses y españoles tenían con demasiada frecuencia que relatar actos de piratería realizados, sobre todo, durante el mal tiempo. De la inseguridad del continente el *Gibraltar Chronicle* nos da una prueba irrefragable en su número de 1.º de noviembre de 1859, diciendo que cerca de Ras-el-'Ain, el 31 de agosto de 1859, varios franceses habían sido capturados por los indígenas y quemados vivos.»

Estas reflexiones de Schlagintweit nos parecen perfectamente razonables, pues ponen en su punto los alegatos marroquíes. Sin embargo, repetimos, la culpa no fué sólo de Marruecos, y Schlagintweit también lo reconoce. El representante de España dirigió con tan poca habilidad las negociaciones, que el ministro marroquí pudo después acusarle fácilmente de mala voluntad y de segunda intención.

La falta de exactitud en los primeros despachos de Blanco del Valle salta á la vista; precisamente una de las cosas que, como Schlagintweit observa, contribuyeron más á la ruptura de las negociaciones, fué la distinta interpretación que unos y otros daban á la palabra *campo*, confundido al principio por el cónsul general de España con la zona de pastos. El autor alemán agrega que en esto la falta se debe, en su mayor parte, al diplomático español. En la nota del 5 de septiembre se lee *campo de la dicha guarnición*, mientras que en la del 5 de octubre se habla del *territorio de Ceuta*; expresión que, sobre todo con la aclaración de *territorio comprendido dentro de los límites*, tiene un sentido muy distinto.

La zona de pastos se encuentra, en efecto, dentro de los límites de Ceuta; pero no en el campo, con el cual sólo es colindante.

Así que, aunque sea verdad todo lo dicho por Schlagintweit de la mala fe y de la astucia de la Corte marroquí en aquella época, la responsabilidad de la guerra no incumbe sólo á Marruecos. Ahí están, no sólo los hechos, sino también los testimonios para comprobarlo, como ya hemos visto; pero, por si esto fuera poco, el examen de las piezas diplomáticas convence á todo espíritu imparcial que ve las cosas con calma, pesando el pro y el contra, de que ni los españoles ni los marroquíes tenían un deseo sincero de llegar á un acuerdo pronto y definitivo.

Si los segundos con sus tergiversaciones rehuyeron el dar á su tiempo y en debida forma las reparaciones exigidas; si no se apresuraron á acoger las reclamaciones de los primeros, como debían, sobre todo al principio; y, por último, si luego no se apresuraron á cumplir sus promesas, en cambio, los españoles parece que no se preocuparon debidamente desde el principio de explicarse con precisión, para que luego fuese imposible el llamarse á engaño y recurrir á sutilezas y sofismas.

Sus primeras notas están concebidas en términos tan vagos, que los marroquíes tenían derecho más tarde á someterlas á una controversia, aun habiéndolas aceptado gracias á su misma vaguedad; estos términos se van precisando en lo sucesivo, lo cual, con adversarios poco inclinados á la buena fe, había de producir inevitablemente nuevas dificultades. Pero las reclamaciones de

España, no sólo se precisan, sino que también se aumentan. No negamos que esto sea hasta cierto punto admisible, pues las exigencias pueden crecer á medida que se confirma ó se adivina el poco deseo del enemigo de resolver las dificultades presentes, y de evitarlas en adelante; pero creemos que la diferencia es demasiado grande entre las concesiones territoriales pedidas por España en los primeros días de las negociaciones, y las que reclamó al fin. Aunque no hubiera habido más que una mala inteligencia, una falta de exactitud en los términos empleados por el cónsul general, esto bastaría para excusar hasta cierto punto á sus adversarios.

Sin embargo, los marroquíes debían haber comprendido un poco mejor de qué se trataba: ¿cómo suponer que El-Jatib, natural de Tetuán, no conocía la expresión española Sierra Bullones, correspondiente á la marroquí Bel-Yuneh ó Bel-Yunes?

Su mala fe descubrióse también en otra ocasión.

A propósito de su carta cuarta, Schlagintweit hace las siguientes reflexiones: El-Jatib alude á la nota del cónsul general firmada el 5 de septiembre, y, felicitándose de que el Sultán acceda á las reclamaciones en ella formuladas, espera eludir las reclamaciones exigidas al concedérsele un nuevo plazo, y expuestas en la carta del cónsul firmada el 3 de octubre, so pretexto de que la prórroga, que expiraba el 15 de octubre, no había aún comenzado —opinión que carece de fundamento, pues el nuevo plazo acordado en carta de 3 de octubre comenzaba aquel mismo día—: en este sentido se expresa el cónsul general en su carta de 5 de octubre.

En resumen: parece deducirse de la correspondencia que acabamos de analizar que ni los españoles ni los marroquíes, á pesar de sus protestas tan reiteradas, buscaron sinceramente la paz; ó si la buscaron al principio, cambiaron luego de designio. Esta conclusión concuerda perfectamente con lo que hemos visto anteriormente y con lo que nos dicen testigos oculares, tanto de España como de Marruecos, como vimos al principio de este estudio sobre la guerra. La correspondencia cruzada entre los dos países debe considerarse como un velo destinado á ocultar el fondo de las cosas y permitir á las partes beligerantes prepararse, sin dejar de sondear todo lo posible al adversario.

CAPÍTULO IX

I.—LAS NEGOCIACIONES DURANTE LA GUERRA Y EL TRATADO DE PAZ

II.—LAS NEGOCIACIONES DESPUÉS DE LA GUERRA

SUMARIO I.—1. Proclama del general O'Donnell á los marroquíes.—2. Primeras entrevistas para la paz (11 de febrero de 1860).—3. Estado de la opinión en España desde el principio de la guerra hasta la toma de Tetuán.—4. Nuevas negociaciones para la paz (16 de febrero).—5. Evolución de las ideas de los beligerantes durante las negociaciones.—6. Conclusión de la paz: los preliminares.—7. Efecto producido en España y Marruecos por la nueva de la paz.—8. El Tratado de paz.

SUMARIO II.—1. Embajada de Muley-el-Abbas á Madrid (verano de 1860).—2. Tratado de Madrid (30 de octubre de 1861).—3. Pago de la indemnización de guerra.—4. Resultados de la guerra de 1859-60.

I

NEGOCIACIONES DURANTE LA GUERRA.—TRATADO DE PAZ

1.—Proclama del general O'Donnell á los marroquíes.

Entre los documentos relativos á las negociaciones diplomáticas y á los esfuerzos hechos por restablecer la paz, ó, al menos, por atenuar los males de la guerra, debemos citar en primer término, por orden cronológico, la proclama del general O'Donnell á los marroquíes. No tuvo, como es de suponer, ninguna eficacia, aunque en la mente de su autor estaba destinada á impedir que la guerra se generalizase demasiado, ó, por lo menos, á influir en ese sentido.

Data de los primeros días de diciembre de 1859; su texto dice así:

«Habitantes de Marruecos:

»Al penetrar en vuestro país, no vamos á ser ni vuestros tiranos ni vuestros enemigos. Vuestro Emperador, que se ha negado á hacernos justicia, nos ha obligado á recurrir á nuestras propias armas para obtenerla, y á que interrumpamos la generosa amistad que os ha dispensado España. No temáis, sin embargo, que abusemos de nuestro triunfo ó de vuestra sumisión, porque en el triunfo son siempre generosos los soldados españoles, y porque vuestra sumisión os dará derecho á nuestra consideración y á nuestra amistad. Entregaos á vuestras ocupaciones ordinarias con confianza; yo os prometo la ayuda y la protección de mis soldados; yo os prometo que vuestra religión y vuestras costumbres serán respetadas por todos. El soldado español, fiel á su Reina y á su Patria, sólo es terrible en los momentos del combate.

»El general en jefe,—*Leopoldo O'Donnell.*»

2.—Primeras conferencias sobre la paz (11 de febrero de 1860) (1).

Hasta llegar á la toma de Tetuán no se encuentran nuevos documentos relativos á la paz.

La toma de la ciudad fué para los marroquíes «el golpe más doloroso que podían recibir; los combates más ó menos favorables librados hasta entonces, y las pérdidas más ó menos sensibles que habían sufrido, no podían ser para los habitantes de las grandes ciudades del Imperio de un efecto tan palpable como la toma de un campamento y de una de las ciudades más importantes de Marruecos. Sólo después del asalto del campamento, anunciado por miles de fugitivos en todas las provincias del Imperio, la nación entera comprendió que se la engañaba; que los combates sostenidos hasta aquel día no habían sido más que derrotas; que cada acción le había hecho perder, ó terreno, ó un punto estratégico: si no, ¿cómo hubiera llegado el enemigo hasta los muros de Tetuán?» (2). Por eso, ya al día siguiente de la toma del campamento, 11 de febrero, á las siete de la mañana, cuatro emisarios de Muley-el-Abbas se presentaron en las avanzadas, pidiendo entrevistarse con el general en jefe. Eran: Elías El-Machchari, gobernador del Rif; Elinis-Ech-Oharyi, segundo gobernador de Fez; Ahmed-ben-El-Batin, gobernador de Tánger y lugarteniente de Muley-el-Abbas; y Ben-Auda, su hermano, que había mandado la caballería marroquí en los anteriores combates. Iban precedidos de un jinete de elevada estatura que enarbolaba una bandera blanca, y rodeados de una docena de criados y soldados, algunos con el puntiagudo gorro de los mojanis; la escolta había, en señal de paz, enfundado sus fusiles.

O'Donnell recibió inmediatamente á los enviados, «con la dignidad propia del vencedor, al mismo tiempo que con la proverbial hidalguía castellana». La misión de los embajadores de Muley-el-Abbas reducíase á preguntar en qué condiciones se les concedería la paz. O'Donnell respondió que él estaba encargado de hacer la guerra, y que no tenía poderes para conceder la paz. «La actitud de los enviados fué digna—dice Iriarte—; pero bajo esta resignación se adivinaba el abatimiento en que estaban sumidos. Cuando el general, haciendo alusión á los malos consejos de la diplomacia inglesa, les echó en cara su ciega confianza en sus tropas, bajaron la cabeza confesando que habían creído luchar con soldados mal aguerridos, mal mandados y faltos de material» (3).

O'Donnell prometió enviar inmediatamente un oficial á España para dar cuenta al Gobierno de su demanda, diciéndoles que volviesen á los cinco días, y que entonces podría comunicarles las condiciones exigidas.

Los marroquíes, al salir del cuartel general, fueron á visitar al general Ríos, que les dispensó la más afable acogida, y después se dirigieron á la tienda de

(1) Iriarte: op. cit., páginas 207-208. Schlegel: op. cit., páginas 240-244. Alarcón, II, páginas 149 á 152, 171 á 190, 199 á 201.

(2) Iriarte: op. cit., pág. 208.

(3) Ibidem, pág. 209.

Prim, que se empeñó en acompañarlos con su Estado Mayor hasta más allá de las avanzadas. En el momento de separarse, Prim regaló su revólver á uno de los enviados, que miraba con curiosidad un arma nueva para él. El marroquí respondió á esta delicadeza dando al general español una magnífica pistola, artísticamente incrustada, que llevaba oculta. Al atardecer se despidieron unos de otros, manifestando su deseo de que «Dios quisiese iluminar á los que tenían en sus manos la paz y la guerra» (1).

El mismo día salió el general Ustáriz para España en busca de la respuesta de la Reina y de su Gobierno.

3.—La opinión en España desde el principio de la guerra hasta la toma de Tetuán.

Cuando supo España que Tetuán había caído en manos de sus soldados, entregóse á la más delirante alegría. Los trofeos de la victoria fueron depositados á los pies de la Reina por un ayudante del general en jefe. Se celebraron funciones de acción de gracias en todas las ciudades, se engalanaron las calles, levantáronse arcos de triunfo, y quemáronse en todas partes fuegos artificiales. Estos regocijos, en que tomaban parte grandes y pequeños, jóvenes y viejos, hombres y mujeres de todas las clases, grababan en los espíritus la convicción de que se había logrado algo importante, y de que ya todo iría de bien en mejor (2).

La Reina felicitó al Ejército y le dió las gracias. O'Donnell, «que había conducido á las tropas españolas de victoria en victoria hasta la cumbre de la gloria», fué hecho duque de Tetuán y grande de España de primera clase; Ros de Olano, marqués de Guad-el-Jelú.

Este entusiasmo era efecto natural del estado de los espíritus en España desde el principio de la guerra. En diciembre, á pesar de conocer en qué condiciones se hacía la campaña, algunos periódicos hablaban de conservar y colonizar el país después de haber tomado á Tetuán, y preveían ya la necesidad de reclutar nuevas tropas (3).

(1) Es-Selaul describe de un modo pintoresco este episodio: «Escribieron la carta—dice—y la enviaron con una diputación de entre ellos. Apenas se apartaron de la ciudad los comisionados, cuando tropesaron con una patrulla de batidores enemigos de los que rondaban por los alrededores y vigilaban su campamento. Avanzaron éstos hacia los emisarios, se mostraron con ellos afables y complacientes, y les preguntaron: «¿A qué habéis venido?» Respondieron: «Traemos una carta para O'Donnell.» Llevados á su presencia, los recibió con semblante cariñoso y risueño, los obsequió con dulces. Y, entre otras cosas, les dijo: «He de hacer con vosotros más de lo que ha hecho el francés con la gente de Argel y Tremecén. Mentía—¡que Dios lo abandone!—, pues todo ello no era más que un ardido para atraer á los incautos y corromper la religión. Y si no, ¿qué beneficios han hecho los franceses á los habitantes de Argel y Tremecén? ¿Acaso no estamos viendo que la religión ha desaparecido, que la corrupción se extiende entre ellos, y que su descendencia se educa en el ateísmo y la impiedad, salvo raras excepciones? Pero no tardarán en sufrir sus consecuencias. Dios cuidará del culto del Islam, y destruirá con su poder el poder de los ateos y el culto de los ídolos. Cuando los musulmanes propusieron á O'Donnell que fuese á la plaza, les dijo: «Hoy es domingo, día de fiesta para los cristianos, y no me está permitido hacer ninguna maniobra, ni levantar el campo. Esperadme mañana á las diez.» Los legados volvieron á la ciudad y al seno de sus familias, y les informaron de lo que habían tratado con el enemigo.» (*Istisna*, IV, página 217.)

(2) Schlagintweit, páginas 330-331.

(3) Véanse, por ejemplo, estos pasajes de G. de Lavigne (op. cit., páginas 58-59): «La *Gaceta Militar* habla de con-

El enervamiento que comenzaba á manifestarse mientras que las tropas combatían en el Serrallo, se disipó con la primera victoria brillante. La nueva de la batalla de los Castillejos fué acogida con iluminaciones y repiques de campanas; sólo Madrid mostróse menos entusiasta, porque se daba mejor cuenta de las dificultades que aguardaban al ejército (1).

Más tarde algunos periódicos, apoyándose en el feliz resultado de las operaciones, se permitían esperar que la campaña sería el punto de partida de la conquista de Marruecos (2), y ya se planeaba la colonización de la costa hasta Argelia, deseándose que se hiciese pronto.

Es verdad que se levantaban algunas voces discordantes, y que una parte de la prensa hacía notar que «la guerra costaba ya 240 millones de reales»; pero la *Gaceta Militar* respondía que no era ésa la cuestión: que se trataba de saber cómo O'Donnell manejaba su espada, y no de inquietarse cómo el ministro de Hacienda se arreglaría para llenar sus arcas (3).

Los armamentos se continuaban (4); aún en los peores momentos, cuando el ejército en Río Azmir se veía acosado por el hambre y expuesto á los mayores peligros, se hablaba de tomar á Tánger (5).

¿Era una inconsecuencia de la *Gaceta Militar* (6) representar á Tetuán como un castillo de naipes que no resistiría al soplo del ejército español, mientras por otra parte anunciaba el envío de Centa á Tetuán de la madera necesaria para construir barracas, «que serían de manifiesta utilidad durante el sitio»? ¿O bien diremos con G. de Lavigne: «Estos aprestos formidables, las grandes cantidades de provisiones que se reúnen en los puertos de España, las armas que se fabrican y que se transforman, los millares de fusiles que se rayan para armar á los cuerpos de nueva formación, los cañones que se funden en Sevilla con una actividad sin ejemplo, el material de pontoneros que llega,

servar y colonizar el país después de haber tomado á Tetuán, y de reunir nuevos soldados para poder dejar en Africa una división entera» (diciembre de 1859); y en la página 60 agrega: «Háblase de aumentar el ejército expedicionario y de dirigir á los puertos de embarque 30.000 soldados, para elevar á 80.000 el contingente del ejército de ocupación.

«Hasta entonces no se empunderán las grandes operaciones, lo cual ha causado disgusto en España. Pero pronto se ha sobrepuesto el entusiasmo. La Nobleza ha enviado una comisión á Palacio para declarar á la Reina que está dispuesta á contribuir con toda especie de sacrificios al mejor resultado de la campaña» (diciembre de 1859).

(1) G. de Lavigne: op. cit., pág. 68.

(2) *Ibidem*, pág. 67: «Tetuán es ya una ciudad española, y no ha sido erigida en ducado para devolverla á los bárbaros.»

Apenas tomado Tetuán, la Reina Isabel erigió en ducado la ciudad y su comarca, y nombró á O'Donnell su titular.

En los teatros y cafés se leían poesías, odas y proclamaciones triunfantes, redactadas en tono ditiámbico.

«Se va á buscar en sus casas á los poetas de renombre, á los improvisadores favoritos del pueblo, á los oradores de las ocasiones solemnes; se les hace aparecer en escena, al pie de la farola de la Puerta del Sol ó sobre una mesa de café, y el silencio con que son escuchados es interrumpido á cada paso con salvas de aplausos. En el café del Iris, en la calle de Alcalá, una ardiente composición del joven Emilio Arjona produjo una especie de delirio: todo eran gritos, lágrimas, abrazos. En enero la *Gaceta Militar* dice que «Tetuán, con el territorio comprendido entre ella y Centa, pertenece ya á la Corona de Isabel II». Los habitantes del país gozarán los beneficios de la administración española, como los argelinos han experimentado los de la francesa. «Más pronto ó más tarde, todo el territorio marroquí volverá á formar parte integrante de la Monarquía española, como en tiempo de Sisebuto...» «España—dice este periódico—sólo quiere apoderarse del terreno que los marroquíes debían concedernos para formar el territorio de nuestros presídios.» (G. de Lavigne, pág. 69.)

(3) G. de Lavigne, pág. 80.

(4) «En enero, después de los Castillejos, se fabrican cada semana en Sevilla, según la *Gaceta*, de ocho á diez cañones rayados de á 12, 6 y 8; 150 balas gruesas de cañón, 550 rayadas y 30.000 balas de plomo para carabinas, cada día.» (G. de Lavigne, pág. 66.)

(5) G. de Lavigne: op. cit., pág. 126

(6) *Ibidem*, páginas 84-85.

los refuerzos que se preparan, todo parece demostrar que la toma de Tetuán está lejos de ser el único objetivo asignado á los esfuerzos del ejército español?»

Pero cuando mayores eran los preparativos para la guerra, en el momento en que la división Ríos llegaba á Río Martín, supose de pronto que se conferenciaba con Gibraltar; el brigadier Gurrea fué á dicha plaza, y de allí un vapor inglés le condujo á Tánger (1). Se trataba de la paz, según se decía; entretanto la Reina de Inglaterra se limitaba á decir al Parlamento en un discurso: «Me he esforzado, sin conseguirlo, por evitar una ruptura» (2).

Tomado Tetuán, y una vez pasado el primer acceso de entusiasmo, abrióse camino la reflexión, y hubo quien comprendió que todavía no se había hecho nada, y que el ejército marroquí estaba disperso, pero no aniquilado (3).

España poseía á Tetuán; pero tenía que defenderla. Marruecos pedía la paz; pero la rechazaba luego ante las condiciones que se le exigían, y no cedía en nada. Según los rumores que corrían de boca en boca, Muley-el-Abbas había dicho, decidido á no dejar en manos de sus enemigos más que una ciudad muerta y completamente vacía: «Abandonemos á Tetuán como á una isla»; y si no lo dijo, la frase respondía á la situación con enérgica propiedad.

Los más prudentes, y O'Donnell con ellos probablemente, no se dejaban fascinar por el triunfo, y pensaban, como dice Schlagintweit, que Tetuán ofrecía á las tropas, aun insuficientemente fortificada, una plaza de armas segura y un punto de apoyo para las operaciones futuras; que, desde el punto de vista político, la conquista de una ciudad tan importante debía facilitar las negociaciones para la paz, y... nada más. Pero al lado de los prudentes, á quienes la intervención oculta, ó aun solamente posible, de Inglaterra había hecho acordarse de la realidad, estaban los exaltados, numerosos todavía, que no querían despertarse de sus sueños de gloria (4). Los periódicos hablaban de colonizar, de conservar á Tetuán; y para justificar estos proyectos, afirmaban que al Sultán de Marruecos le producía casi dos millones anuales.

De ahí la incertidumbre que reinaba en el pueblo, en el Ejército, en el Consejo de ministros. ¿Qué hacer? No se sabía con certeza. Había quien no tenía confianza «en la pericia, más de una vez comprometida, del jefe del ejército». Tomóse, pues, el partido de aguardar en Tetuán á que el enemigo hiciese nuevas proposiciones de paz.

Pero cuando luego las hizo, sin que se llegase por eso á un acuerdo, aumentó la incertidumbre (5). Unos hablaban de «prepararse para marchar

(1) G. de Lavigne: op. cit., páginas 84-85.

(2) *Ibidem*, pág. 84.

(3) «En seguida de la toma de Tetuán corrieron en Madrid rumores de paz. El Sultán está dispuesto á negociar, se decía. Parece ser que la causa de este rumor fué el retraso en el envío del parque de sitio.» (G. de Lavigne, pág. 85.)

(4) G. de Lavigne: op. cit., pág. 118. La masa del pueblo no deseaba la paz. «Han excitado sus sentimientos bélicos —dice G. de Lavigne—; la han mecido con proyectos de conquista; se le ha hecho ver á España reconquistando con nueva gloria parte de su preponderancia pasada; acaricia la idea de no ver más en el viejo suelo español nada que no sea español, y podría con razón quejarse hoy de tener que volver á la penosa realidad.»

Sin embargo, hay que creer que la intencionalidad del conde de Montemolín—Carlos VI—y la sublevación del general Ortega en su favor debieron también influir en la prisa que se dió el Gobierno para firmar la paz. Necesitaba tener en su mano todas las tropas fieles de que podía disponer.

(5) «La inacción del ejército en Tetuán extrañaba á muchos en Madrid; los periódicos lo explicaban por la necesidad de evitar nuevos accidentes como el de Río Asmir.» (G. de Lavigne, pág. 187.)

adelante», y ya decían que se había adoptado para esta marcha el orden equilateral: sus provisiones eran demasiado precisas; las de otros no lo eran menos: decían que había que mandar una expedición contra Melilla, y aseguraban que ya se hacían los preparativos: se enviarían 10.000 hombres, que, saliendo de Río Martín, seguirían la costa, «á la par con una división naval encargada de sostenerlos y aprovisionarlos. Se detendrían en Vélez de la Gomera, que se rodearía de puestos avanzados. En Melilla se recobrarían las posiciones de las que el brigadier Buceta se había dejado tan tristemente desalojar, y se fortificarían de modo que asegurasen la inviolabilidad de un amplio territorio alrededor de la plaza.»

Otros querían combinar un movimiento contra Tánger con la ayuda de las tropas del Serrallo y de los famosos tercios vascos, que avanzarían á través del Anyera mientras el ejército seguía el camino del Fondaq (1).

En suma: que al abrirse el período de negociaciones que debían ser tan difíciles, los más exaltados en España deseaban que fracasasen, y el partido de la guerra era el dominante.

4.—Nuevas negociaciones de paz (16 de febrero-21 de marzo de 1860).

El 16 de febrero los mismos parlamentarios se presentaron en las avanzadas del cuerpo de Prim á las tres de la tarde. El general les hizo dar una escolta, que les acompañó hasta el cuartel general, á través de la ciudad. La entrevista fué más larga que la primera, pues O'Donnell les expuso detalladamente las condiciones estipuladas. Entre las principales figuraba la incorporación perpetua al territorio español de la ciudad de Tetuán y de la región confiada á la administración de su bajá; la de todo el territorio comprendido entre el mar, Sierra Bullones y Sierra Bermeja, de Ceuta á Tetuán; límites más amplios alrededor de Melilla para asegurar su defensa; un Tratado de comercio, y la tolerancia para los misioneros religiosos de España en Marruecos, además de una indemnización de 200 millones de reales (2).

Concedíaseles un plazo de cinco días para ratificar estas proposiciones. «Oída la lectura de unas exigencias tan importunas y tan poco generosas, los enviados guardaron silencio, pues su misión no era discutir, y se contentaron con manifestar su sentimiento de que una paz tan necesaria no se pudiese realizar» (3).

Pidieron luego á O'Donnell permiso para pasar la noche en Tetuán, á fin de no tener que caminar después de la puesta del sol. Púsose á su disposición la casa de Erzini, y allí se quedaron, sin dignarse aceptar al principio ni criados ni ofrecimiento alguno, «contentándose por todo alimento con el arroz y

(1) G. de Lavigne, pág. 180. Vid. etiam: «Estableceráse blockhaus en el territorio conquistado por el ejército. Se ha hecho venir de España á Ceuta un destacamento de 300 presidiarios, que se emplearán en tender un ferrocarril de tracción animal entre Ceuta y Tánger.» Se trataba de fortificar la isla de Perejil; pero este último proyecto parece poco serio á G. de Lavigne, porque «las potencias — dice — no lo consentirían». (Pág. 194.)

(2) Jerónimo Böcker: *España y Marruecos*, páginas 65-66.

(3) Iriarte: op. cit., pág. 211.

los dátiles que llevaban consigo». Pero el general Ríos les quiso mostrar la estima en que los tenía, como adversarios valientes y tenaces, y los invitó á una velada, á la que asistieron gran número de oficiales y los periodistas y dibujantes que seguían al ejército. La recepción tuvo lugar en la casa del hermano de Erzini, que, por fortuna, había quedado completamente amueblada: su dueño no había salido de Tetuán, y, á lo que parece, había dejado hasta sus joyas y dinero en el sitio acostumbrado, confiando en la caballerosidad de los oficiales que por entonces la habitaban. La música de un regimiento, situada en el patio de la casa, ejecutaría varias piezas durante la velada. Los marroquíes llegaron á las ocho en punto, y entraron, según su costumbre, llevándose la mano al pecho y descalzándose las babuchas. Al principio trataron de conformarse á las costumbres europeas; pero pronto, abandonando sillones, mecedoras y butacas, se sentaron sobre los tapices. Erzini, el general Ríos, sus dos brigadieres, los enviados y un notable tetuani formaban círculo alrededor del brasero, mientras que el resto de los invitados se extendió sobre cojines y tapices por los ángulos de la sala.

El lugarteniente de Muley-el-Abbas se mostró más afable y comunicativo que los demás: respondía con amabilidad á las preguntas de los periodistas; comprendió perfectamente lo que ellos querían—hablar de las condiciones de la paz, tenidas en secreto—; hizo lo posible para informarlos sin faltar á su deber, y los cautivó con su cortesía, su distinción y su porte, noble y afable al mismo tiempo (1).

Las condiciones de la paz se guardaban en secreto, y aunque el general Ríos, por su cargo, debía de conocerlas, no podía discutir las delante de todos; así que la conversación giró sobre las ventajas que para los marroquíes tendría el acabar la guerra. Se les hacía ver las enormes fuerzas de que disponían los españoles, el excelente estado de las tropas, la abundancia de víveres, el inmenso material de que disponían la artillería é ingenieros; pero ellos manifestaron unánimemente la imposibilidad en que el Emperador de Marruecos se hallaba de desmembrar de su Imperio una ciudad tan importante como Tetuán. Cuando el general Ríos enumeró los sacrificios que podía hacer la nación, el número de soldados que podía levantar, las sumas enormes que las Cortes pondrían á la disposición del Gobierno, los recursos que España podía emplear para sostener la guerra todo el tiempo que fuera necesario sin dañar en nada á su prosperidad interior, el general de la caballería, Ben-Auda, le respondió que por parte de los marroquíes la guerra podía ser eterna, sin que costase el menor sacrificio al país. Quinientos hombres, relevados de tiempo en tiempo, atacando con premeditación y dividiendo las fuerzas del enemigo, bastarían para no dejar á toda la guarnición de Tetuán descansar un instante; la ocupación se haría al fin imposible. Además, como la política inglesa estaba descontenta, sería preciso llegar á un arreglo, quizás á un congreso, y no hay duda que las naciones reunidas se opondrían á toda desmembración del Imperio (2).

(1) Iriarte, páginas 218-219.

(2) Ibidem, páginas 218-219.

«El único resultado que obtuvo la diplomacia del general Ríos, fué saber que las pérdidas del enemigo habían sido enormes, y que en su ejército casi todas las heridas eran mortales por la impericia de sus curanderos y por la falta de servicios sanitarios; su hacienda también estaba en pésimo estado.

«Os engañan—decían—cuando os pintan á Fez como una ciudad cuyos tesoros son inmensos. Entre vosotros la prosperidad de un país se representa por su crédito; pero nosotros todo lo tenemos que esperar de nosotros mismos. Nuestras fortunas particulares, como la del Estado, no consisten más que en metálico, y bien sabéis la inmensa cantidad de moneda que hace falta para reunir un millón.»

En cuanto á la guerra misma, no quisieron confesar que el soldado español vale más que el suyo, y que la disciplina, que hace del combatiente un instrumento dócil en manos de su jefe, da á los ejércitos europeos una superioridad incontestable. Sus observaciones más sinceras fueron las relativas á la artillería: reconocieron que ella les obligaría á cambiar toda su táctica, y que tendrían que renunciar á la guerra contra Europa, ó bien proveerse de cañones y reclutar algunos renegados para manejar las piezas y enseñar á los artilleros (1).

Los parlamentarios se despidieron; Ben-Anda, que hacía de intérprete, volvió á los pocos minutos trayendo una caja de dátiles del jardín del Sultán, como regalo para el general O'Donnell.

Entretanto el general en jefe (2), no fiándose de las negociaciones entabladas, continuaba sus preparativos para dirigirse contra Tánger. Muley-el-Abbas, por su parte, había enviado á Fez un correo para informar á su hermano el Sultán y pedirle consejo. El 20 Ben-Anda volvió al campo español para pedir que el plazo concedido fuese prorrogado ocho días, á fin de que se pudiesen recibir instrucciones de Fez. O'Donnell se negó, diciendo «que sería poco prudente dar tiempo al enemigo para que aumentase sus fuerzas» (3). Temía, en efecto, que esta demanda no fuese más que un pretexto. Entonces Ben-Anda le pidió que concediese una entrevista á Muley-el-Abbas; pero fuera de la población, pues no era digno para él entrar en una ciudad que había perdido. O'Donnell accedió á ello.

El 23 de febrero presentóse Ben-Anda al mediodía, para avisar al general en jefe que Muley-el-Abbas le esperaba á unos kilómetros de la ciudad, en la confluencia del Uad-Semsa con el Uad-Tetuán. El lugar de la cita distaba como una legua de la ciudad y legua y media del campo marroquí. O'Donnell, seguido de su Estado Mayor y de una escolta de coraceros de menos de cien hombres, encontró á los parlamentarios en las avanzadas. Los generales García, Ríos, Prim, Ustáriz y Quesada le acompañaban, seguidos de otra escolta de cien caballos; con ellos iban también el intérprete Rinaldi, Alarcón y Abair. El camino estaba infernal con la lluvia del día anterior. Llegados á un kilómetro de la rica tienda plantada en el llano por orden de Muley-el-Ab-

(1) Iriarte, páginas 220-221.

(2) Alarcón, II, páginas 190-192.

(3) Iriarte, pág. 237.

bas, O'Donnell hizo detenerse á su escolta, que se formó en línea de batalla, y se adelantó un trecho, seguido de sus generales, dando orden de dejar pasar á los cronistas y corresponsales que pudiesen llegar.

La tienda se levantaba en un sitio descubierto para prevenir toda sospecha de emboscada; la escolta de Muley-el-Abbas se había detenido en una colina, á 500 metros de distancia: componíase de un millar de infantes y jinetes de la guardia negra, elegidos entre los más ricos, elegantes y apuestos; un grupo de caides, casi todos dignatarios del ejército, estaba á su cabeza; á doscientos pasos se hallaba el Príncipe á caballo, rodeado de un pequeño grupo de altos funcionarios, entre los cuales figuraban Mohammed El-Jatib; un consejero privado, Erzebi; un ayudante del Príncipe, encargado de negociar la paz; y Ben-Auda, que hacía de intérprete (1).

Cuando los marroquíes vieron á O'Donnell detenerse, destacaron seis jinetes á todo galope; el general envió á su encuentro otros seis, con el intérprete y el general Ustáriz á su frente. Los dos grupos cambiaron rápidamente algunas frases; convinieron en el ceremonial y se volvieron á sus líneas. Inmediatamente cada uno de los jefes avanzó hacia la tienda, seguido de su Estado Mayor. Muley-el-Abbas, con una treintena de caballos, llegó al galope, precediendo unos veinte pasos á los que le acompañaban. Descabalgó al mismo tiempo que O'Donnell, se dieron la mano y se dirigieron á la tienda, en la que O'Donnell, como huésped, debía énter el primero. Las siete personas que le acompañaban quedaron á la puerta, excepto el intérprete. El Jatib, Erzebi y Ben-Auda entraron con Muley-el-Abbas. Rinaldi cerraba la marcha.

El ayudante del Príncipe—un secretario quizá—se detuvo también á la puerta, oyendo lo que se decía; á algunos pasos estaban los caballos de los jefes. Muley-el-Abbas tenía dos soberbios animales, que montaba alternativamente, y que dos esclavos acariciaban con plumeros de avestruz para espantarles las moscas.

O'Donnell, bastante arrebatado, encontró en El-Jatib un contradictor implacable; el Príncipe se callaba, y el general en jefe se dirigía solamente al ministro. Estoy seguro que la traducción del intérprete era casi inútil: tan viva era la mímica del general. Cuando se propuso en principio la conservación de Tetuán por los españoles, Mohammed El-Jatib respondió que los marroquíes, antes de ceder la ciudad, se harían matar hasta el último. O'Donnell, viendo que la primera y más importante condición era rechazada, quiso poner fin inmediatamente á una entrevista que ya no tenía objeto, pues él, como militar, no hacía más que ejecutar las órdenes de Palacio; irritado contra El-Jatib, le dijo que no era un ciudadano libre de todo peligro quien debía discutir las condiciones de la paz (2), sino más bien el Príncipe, que había valientemente combatido, y á quien habíamos visto excitar á sus tropas á la resistencia y detener los fugitivos en las trincheras; luego, resuelto á poner fin al

(1) Iriarte, pág. 239. Alarcón, II, páginas 190-192.

(2) La respuesta de O'Donnell á El-Jatib fué, según Lavigne, poco diplomática. «Bien está—le habría dicho—que hagas el valiente tú, que ni siquiera llevas espada, y que pases la vida entre tus esclavos, en tu suntuosa villa de Tánger.» (Op. cit., pág. 155.) Pero nada nos garantiza que éste haya sido el texto de la respuesta.

debate, O'Donnell se levantó violentamente, tendió la mano al Príncipe, diciéndole que le inspiraba la más viva simpatía y que se alegraba de haberle conocido. Muley-el-Abbas, que quería la paz, conoció que se estrellaría contra aquella voluntad de hierro, y, cogiendo á O'Donnell por el vestido, le hizo sentarse, pidiéndole continuar la conferencia.

El-Jatib, aunque humillado, invocaba todas las razones que había en favor de la causa marroquí, hasta que al fin, arrojando la máscara, habló de notas diplomáticas según las cuales España se había comprometido á no hacer conquistas, de potencias interesadas en que Tetuán no se hiciese español, de intervenciones armadas...

Muley-el-Abbas le impuso silencio y dió la última prueba de su inmenso deseo de conciliarlo todo, pidiendo un nuevo é improrrogable plazo que permitiese explicar al Emperador claramente la situación, y abrirle los ojos sobre el estado real de sus fuerzas y el poder de los españoles...

O'Donnell se negó á toda dilación, declarándose libre para emprender al día siguiente la marcha contra Tánger. Sin embargo, aunque miraba como un deber el no dejar que el enemigo aumentase sus fuerzas, no quiso mostrarse poco generoso, y declaró á Muley-el-Abbas que desde que las hostilidades comenzasen, dondequiera que se hallase, en Tánger ó más lejos, apenas viese una bandera de parlamento alzarse en medio de la refriega, haría cesar el fuego y entablaría nuevas negociaciones de paz. Muley-el-Abbas estaba profundamente emocionado; su fisonomía respiraba la tristeza más amarga; El-Jatib me pareció irritado y lleno de resentimiento; en cuanto á Ben-Auda, asistía á la escena con la impasibilidad del subalterno, al que no está permitido exteriorizar sus impresiones (1).

La despedida tuvo lugar después de una rápida presentación de los generales que acompañaban á O'Donnell: Muley-el-Abbas fué tendiendo la mano á cada uno. La conferencia había durado cerca de una hora; ya no quedaba más que activar los preparativos para continuar la lucha lo más pronto posible (2).

Todavía se tuvieron algunas conferencias en el intervalo de tiempo que medió hasta la marcha contra Tánger y la batalla de Wad-Rás (23 de febrero-23 de marzo). Así, el 13 de marzo, después del combate de Sema, los parlamentarios de Muley-el-Abbas volvieron para pedir la modificación de las condiciones en un sentido menos riguroso; la cesión de Tetuán era imposible, pues podría comprometer el Trono por la indignación que provocaría en el Imperio.

O'Donnell creyó en la sinceridad de los enviados, como casi todos los que los vieron, y se decidió á mandar á España un emisario que propusiese al Go-

(1) Iriarte, pág. 242.

(2) En-Selimi describe así la entrevista (*Islisga*, IV, pág. 320): «O'Donnell avanzó con varios jefes de su ejército, á los cuales se agregó el caid de los musulmanes de Tetuán, El-Hach-Ahmed-A'air, que esperaba servir de intérprete á los emisarios para honrarse de haber tomado parte en tan brillante asamblea; pero sus esperanzas no se realizaron, porque cuando llegaron los dos grupos cerca de la tienda, se quedó toda la gente á cierta distancia, y no entraron más que O'Donnell, Muley-el-Abbas y El-Jatib, sin que hubiese una cuarta persona. Dícese que O'Donnell mostróse con El-Abbas en extrema cortés y afable. Duró la conferencia una hora, y se levantó la sesión. Decíase que O'Donnell deseaba la paz, bajo ciertas bases que mencionó; que El-Abbas las había examinado detenidamente, y las había enviado para que las aprobase á su hermano, el Sultán Sidi Mohammed. Quejó la gente esperando la respuesta de Fez; pero al cabo de algunos días llegó la noticia de que el Sultán no aceptaba aquel arreglo.»

bierno la renuncia á la anexión perpetua de Tetuán, á condición de elevar á 25 millones de duros la indemnización de guerra, y de que Tetuán y sus territorios quedasen en poder de España, como garantía, hasta el pago completo de la indemnización (1).

La respuesta debía recibirla O'Donnell para el día 17; para esa fecha, en efecto, el Gobierno de Madrid hizo saber que había modificado las primeras condiciones de la paz: Tetuán quedaría en manos de los españoles, no como posesión, sino como garantía de los 500 millones de reales que Marruecos pagaría á España (2); los reductos del Serrallo serían los nuevos límites de Ceuta; se concedería á España una pesquería en un punto del litoral que se determinaría ulteriormente; el representante del Gobierno de Madrid podría residir en la capital de Marruecos, y los misioneros tendrían libertad para practicar el culto en determinadas ciudades. La respuesta de Muley-el-Abbas debía llegar el 21, á más tardar. Llegó el 21; pero era negativa en cuanto á Tetuán, que Marruecos no podía ceder ni siquiera provisionalmente, como garantía del pago de la contribución de guerra.

5.—Evolución de las ideas de los beligerantes durante las negociaciones.

Dos partidos se habían formado en Marruecos; al frente del que quería la paz se hallaba Muley-el-Abbas, persuadido de que era imposible resistir á los españoles, á pesar de las ventajas aparentes de la situación. Como él pensaban la mayor parte de sus oficiales y soldados, desesperanzados casi todos de vencer. Pero en la Corte, un grupo importante de altos dignatarios y de fanáticos quería continuar la guerra á todo trance (3).

Entonces fué cuando, combatido por estas dos corrientes, decidió el Sultán encomendar al resultado de la primera batalla, que fué la de Wad-Rás, su resolución definitiva.

No hay duda que Inglaterra aprovechó la oportunidad de intervenir en secreto para preservar á Tánger de un ataque por parte de los españoles, y para evitar las complicaciones ulteriores que podrían seguirse de la ocupación de esta ciudad por España; sus esfuerzos debieron ser tanto más eficaces, cuanto que los marroquíes se habían ya desilusionado, á lo que parece, sobre la posibilidad de una intervención activa é inmediata de Inglaterra en su favor (4).

(1) Jerónimo Bócker: op. cit., páginas 87-88.

(2) Alarcón, II, pág. 244.

(3) G. de Lavigne, pág. 135.

(4) «El lenguaje de Inglaterra parece indicar menos animosidad á medida que se confirman las victorias españolas.» (G. de Lavigne, pág. 107.) Pero es evidente que esta potencia no podía renunciar á su plan de impedir toda conquista en Marruecos. De Lavigne (pág. 135) agrega en este sentido: «Ha corrido el rumor—marzo—de que los embajadores de Francia é Inglaterra han indicado amistosamente al Gobierno español que debe ya considerar el honor nacional vengado, y que la campaña carece en adelante de objeto. Se ha dicho que el Sr. Men, embajador de España en París, ha teleografiado anunciando la salida de una escuadra inglesa para Tánger, y que ha expuesto con toda claridad las interrelaciones hechas á lord John Russell en el Parlamento inglés sobre las intenciones ulteriores de España. La emoción, que al principio ha sido grande, se ha calmado un poco con las declaraciones de un periódico, según las cuales

También en España había dos partidos opuestos; el de la paz tenía su centro principal en Africa y en el Ejército (1). Al entablarse las primeras negociaciones, y cuando todavía las tropas acampaban en Tetuán, ya muchos oficiales y soldados pensaban que la guerra había durado bastante. «La injuria hecha á la bandera quedaba vengada; ya el ejército no tenía más que hacer sino recoger su material y embarcarse para la Península, después de haber puesto muy alto el nombre de España, probando que no se la insultaba en vano» (2).

La mayor parte comprendía que la continuación de la campaña, aun con el éxito más completo, no podía ser de gran utilidad política. Por otra parte, el ejército había soportado grandes fatigas (3) y sufrido enormes pérdidas en los combates y por las enfermedades; la dificultad de los aprovisionamientos y la inconstancia del clima hacían penosa la vida; los oficiales tenían bastante con la gloria, las condecoraciones y los ascensos conseguidos; en fin, el soldado comenzaba á añorar España, y, en su lógica natural, no comprendía para qué había de quedarse en Africa, si las conquistas le estaban prohibidas (4). Y quizás O'Donnell pensaba lo mismo.

Pero en España era numeroso el partido de la guerra, que no veía más que las victorias (5) conseguidas, los trofeos, el terreno ganado, sin tener en cuenta, ni las inmensas dificultades que costaría conservarlo, ni los esfuer-

España contaba con las simpatías del Gabinete de Londres. Inglaterra, que, en pacífica posesión de Gibraltar, acaba de consolidar su imperio en la India y va quizás á fundar nuevos establecimientos en China, no puede impedir que España se apodere de un territorio que le perteneció en otro tiempo, y que acaba de reconquistar á precio de tanta sangre y tantos sacrificios.

(1) El-Selaul no ha dejado de notarlo, adornando su relación con pormenores más ó menos verdaderos, pero muy pintorescos. «Cuando se hicieron gestiones para la paz, se alegraron por igual cristianos y musulmanes: en cuanto á estos, la causa de su alegría era evidente; los cristianos, por su parte, si bien es verdad que habían logrado la victoria, también es cierto que no la consiguieron sino á costa de muchos muertos, innumerables heridos y grandes sacrificios. El Altísimo dice: «Si vosotros sufrís, también sufren ellos lo mismo que vosotros; pero vosotros esperáis de Dios lo que ellos no esperan.» Esto unido al alejamiento del país en que habían nacido y al género de vida que habían llevado, principalmente la gente baja del ejército; pues la victoria se alcanzó á costa de la muerte de muchos y al precio de su sangre, como cuando se dice: «Con la cabeza del asno se rescata el casco del caballo.»

«Cuenta un testigo que los soldados cristianos, cuando oyeron que se estaba negociando la paz, experimentaron doble alegría que los musulmanes; preguntaban á éstos con frecuencia si había alguna nueva noticia, y siempre que oían algo referente á la paz saltaban de alegría. Esto se explica porque los soldados cristianos peleaban siempre contra su voluntad.» (*Jotique*, IV, pág. 218.)

Y en otra parte: «Cuando llegó al ejército cristiano la noticia de que se había hecho la paz, se produjo en su campo una algazara como no se ha visto otra; todos gritaban: ¡la paz, la paz!, y entraban en Tetuán dando voces; al encontrarse con un musulmán se mostraban muy cariñosos con él, como si hubieran sido ellos los que recibían un beneficio con la paz.» (*Jotique*, IV, pág. 221.)

(2) Iriarte, pág. 210.

(3) Schlagintweit: op. cit., páginas 340-367.

(4) Iriarte, pág. 211.

(5) *Ibidem*, pág. 210. Schlagintweit, pág. 340. Acerca del entusiasmo de la prensa, dice G. de Lavigne, pág. 118: «Un periódico andaluz—los de Madrid eran más secundos—escribe: «O'Donnell ha colocado de nuevo á España entre las potencias de primer orden; en tres meses ha hecho, al frente de su valiente y sufrido ejército, más que los tres grandes hombres que rigieron los destinos del país en tiempo de Fernando VI y Carlos III—Ensenada, Floridablanca y Aranda—; ha reparado en parte las faltas de Felipe II y Carlos V, y se ha hecho digno de la gloria que alcanzaron Gonzalo de Córdoba con su espada y Cisneros con su política. Isabel I tuvo dos hombres eminentes; Isabel II cuenta con uno solo, que reúne consigo mancuernas las cualidades más relevantes de entrambos.»

Para G. de Lavigne (páginas 115-116) opina «que esta gran demostración de fuerza y de valor guerrero no basta para conseguir el resultado al cual España debe aspirar, y que son necesarias otras pruebas todavía más costosas para legitimar el lenguaje demasiado enfático de los órganos de la opinión pública. No creemos que estos tres meses de campaña hayan bastado para devolver á la Corona de Isabel la Católica y de Carlos V todos los honores que había perdido.»

zos que se habían hecho para conquistarlo. Gran parte de la prensa española se obstina, á pesar de todo, en soñar con la conquista de Marruecos; algunos exaltados querrían «ir á plantar la bandera roja y gualda sobre los muros de Fez y de Mequínez» (1).

El partido de la guerra dominaba también en el Consejo, si sé exceptúa á O'Donnell, que era su presidente. De ahí que el ejército se sorprendiese dolorosamente al saber lo duro de las condiciones exigidas por España en las primeras negociaciones con Muley-el-Abbas. Los que las conocieron no pudieron haberse ilusiones sobre la paz. Si el Emperador de Marruecos hubiese querido, llevado del temor de nuevas conquistas, poner fin á la guerra aceptando tales condiciones, una sublevación hubiese estallado inmediatamente, poniendo en peligro el Trono y la dinastía. Finalmente, para España la conservación de Tetuán era irrealizable, porque, además del peligro inmenso que habría en aislar un ejército en la ciudad conquistada, la nación española durante veinte

(1) Iriarte: op. cit., pág. 210. Muchos hablaban de hacer del norte de África una posesión española con Capitán general «para dar un carácter más estable á la ocupación». (G. de Lavigne pág. 186.) «El entusiasmo no decaía desde que comenzó la campaña, y los donativos se sucedían sin cesar. El duque de Osuna, embajador en Rusia, ofrecía 500 plazas de empleados superiores y 1.300 de subalternos en sus inmensas posesiones: las primeras para los oficiales, y las segundas para las clases y soldados á quienes la guerra inhabilitase para los trabajos de la vida civil ó militar; puso además al servicio de la Administración del Estado todos los edificios que poseía en las provincias meridionales, para transformarlos en hospitales y almacenes.» (G. de Lavigne, pág. 81.)

«En enero una suscripción abierta en Madrid para los heridos alcanzaba en tres días, y sólo en la corte, la cifra de dos millones de reales. En Burgos se reunían 125.081 reales.» (G. de Lavigne, pág. 86.) «El Infante D. Enrique, hermano del Rey, y la Infanta, su esposa, ofrecían dos pensiones de 5.000 reales para viudas de oficiales muertos en campaña.

«La Comisión permanente de la Grandeza ha puesto á disposición del Gobierno una nueva suma de 738.500 reales, que eleva á 1.351.000 las suscripciones de sus miembros.

«Salamanca, el rico banquero madrileño, ha entregado al ministro de la Guerra, para diversas necesidades, 120.000 reales.

«Cuba y la Habana ofrecen sumas considerables: citase, sobre todo, un préstamo de 500.000 duros, sin interés, ofrecido por la Banca, 10 millones de reales reunidos por suscripción en toda la isla, dos millones legados por un rico capitalista, etc.

«Enero.—Los colonos de Cuba han tomado parte en las suscripciones de la Península: tres ciudades se han comprometido á sostener cada una una compañía. Se envían zapatos, que hacían falta. La Reina María Cristina ha dado 140.000 reales; los españoles de Londres, 150.700; un capitán de artillería en Cuba ofrecía 50.000 duros ganados á la lotería y sus servicios: no se aceptaron más que estos últimos, y fué incorporado al ejército con el grado de comandante de infantería.» (G. de Lavigne, pág. 182.)

«Las ciudades envían calorosas alocuciones á los cuerpos de ejército. Alcántara felicita al batallón que lleva su nombre por su heroísmo en los combates del Serrallo. En su entusiasmo, la vieja ciudad, á la que tanta gloria dió la Orden militar en ella fundada, compara á los valientes del batallón con todos los héroes de España: Laine Calvo, el Oid, Gonzalo de Córdoba, Hernando del Pulgar, Garcilaso, etc. Exceso de énfasis, es verdad, pero nota característica del entusiasmo español.

«Hemos querido citar los donativos hechos al Gobierno y al Ejército—dice G. de Lavigne—, porque en ellos vemos el termómetro de la opinión pública, el sublime arranque de patriotismo, que está todavía muy lejos de calmarse. Un periódico de Madrid, ensayando una nueva combinación, se ha aventurado á decir, en el tono más desdellioso, que no hay que pensar en la conservación de Tetuán; que para España valdría más, con vez de esa ciudad, miserable, impronductiva y mal defendida, sin puerto y sin comercio, recibir Mogador, que le daría una posición importante frente á las Canarias. Esta especie de retroceso ha producido general indignación, y la inquietud es tanto mayor, cuanto que ese periódico, tenido por uno de los más afectos al Gobierno, había proclamado á Tetuán, al día siguiente de la conquista, como una ciudad rica é industrial rodeada de un territorio fértil, situada junto al Mediterráneo, etc.

«Hay quien descubre en este nuevo lenguaje concepciones hechas á poderosas influencias extranjeras; pero como no por eso hay que dejar de sostener el honor nacional y de contribuir al triunfo del ejército, los donativos y las suscripciones continúan. Una representación extraordinaria en el gran teatro Liceo, de Barcelona, ha producido 25.000 reales. Los catalanes tratan de erigir en medio de Barcelona un monumento conmemorativo de la guerra de África. Los donativos particulares merecen también citarse. El capitán general Cancha ha ofrecido un bastón de honor al jefe del batallón que más se ha señalado en la toma del campamento de Tetuán; el agraciado ha sido el teniente coronel de cazadores de Alba de Tormes. Cuatro particulares de la Habana han enviado: uno, 17.000 duros; dos, 18.000 cada uno; y el cuarto, 20.000. Puerto Rico ha enviado á la metrópoli 225.200 duros: el patriotismo es tan grande como la riqueza pública.»

años ó más tendría que gastar en su nueva colonia sumas considerables, que sólo muy tarde hubiesen dado escasos resultados. Marruecos entero se uniría en una sola voluntad para negarse á todo contacto con el enemigo; los rifeños y las tribus errantes tendrían en continua alarma á los españoles; los rebaños serían robados; los trabajos, deshechos; las construcciones, derribadas (1).

Cuando las nuevas negociaciones iniciadas después del combate de Samsa fracasaron, una parte de los corresponsales de periódicos, todos los que con su pluma ó su palabra tenían alguna esperanza de influir en la opinión pública, se pusieron, con Alarcón á la cabeza, á predicar la paz en los periódicos de la Península.

Navarro y Núñez de Arce dejaron á Tetuán para intentar abrir los ojos al pueblo y «luchar con energía contra un entusiasmo que, según la expresión de Alarcón, podía ser fatal á España». Pero unos y otros no cosecharon sino injurias entre los partidarios de la guerra. O'Donnell entretanto se veía, no sin inquietud, obligado á continuar una campaña que ya no podía aprobar. El ejército estaba fatigado; se acercaba la época de los grandes calores, que tantas penalidades causarían al soldado; comprendía las dificultades del avance, como hemos expuesto anteriormente; además, temía que un ataque á Tánger provocase dificultades diplomáticas. Así se explica la frase que, «medio en serio, medio en broma», dijo á Núñez de Arce y á Navarro el día en que fueron á despedirse de él: «Señores, digan ustedes en Madrid que si nos perdemos mi ejército y yo, nos busquen en el desierto de Sahara.» «En el fondo de esta frase se ocultaba una sangrienta crítica contra la situación política», dice Iriarte (2).

Pero como él no podía persuadir á la nación de la necesidad de la paz, no le quedaba más remedio que seguir adelante; aun después de la batalla de Wad-Rás, la paz no se hubiera hecho en las condiciones exigidas por España, sin la intervención de Inglaterra. El hecho es conocido, aunque no lo sean los pormenores.

6.—La conclusión de la paz (3).

Al día siguiente de la batalla de Wad-Rás—24 de marzo—, y cuando ya se iban á tomar disposiciones para continuar la marcha, Ahmed-Ech-Chabli, emisario de Muley-el-Abbas, se presentó en las avanzadas. Pedía, de parte de su amo, hacer la paz. O'Donnell respondió que hacía ya levantar las tiendas, y que aguardaría así, dispuesto á marchar, hasta el día siguiente, á las seis de la mañana; pero que, pasada esta hora, continuaría las operaciones. Las condiciones eran las propuestas la última vez. Ech-Chabli escribió un billete y lo envió inmediatamente á Muley-el-Abbas con un soldado de la guardia negra que le acompañaba, y luego él mismo se dirigió hacia el Fondaq.

Al día siguiente, 25, volvió al galope á la hora fijada para emprender de

(1) Iriarte op. cit., pág. 313.

(2) *Ibidem*, pág. 308.

(3) *Ibidem*, páginas 305-313. Jerónimo Becker, pág. 70. Alarcón, II, páginas 255-256. Schlagintweit, pág. 307.

nuevo la marcha. Dijo que Muley-el-Abbas deseaba venir en persona á entenderse con el general en jefe; pero que no podría llegar antes de las nueve, pues era el tiempo del Ramadán y el Príncipe se levantaba un poco tarde; hasta se extrañó de que el ejército se dispusiese ya á ponerse en camino.

O'Donnell hizo en seguida plantar una tienda; á la hora fijada llegó el Príncipe, y el ceremonial fué el mismo que la primera vez. Muley-el-Abbas, O'Donnell, los intérpretes y secretarios penetraron solos en la tienda; los miembros de la primera embajada se mezclaron con los generales agrupados á algunos pasos. Un séquito numeroso y un fuerte destacamento de la guardia negra, con buen golpe de caides, aguardaba algo más lejos.

La entrevista fué corta: Muley-el-Abbas venía dispuesto á aceptarlo todo. Su secretario redactó los preliminares de la paz, que Muley-el-Abbas firmó y selló á continuación (1).

El general Ustáriz, secretario del general, salió de la tienda diciendo: «Señores, ya somos amigos»; é inmediatamente los oficiales españoles entraron en conversación con los caides marroquíes.

(Se continuará.)

(1) O'Donnell dió cuenta de ello al Gobierno de Madrid por la siguiente carta:

«Al Excmo. Sr. Ministro de Estado, presidente interino del Consejo de ministros.

«Campamento de Wad-Rás, 25 de marzo de 1860.

«Excmo. Sr.: Los comisionados de Muley-el-Abbas se presentaron ayer de nuevo en mi campamento, presentándome una carta del califa en que me encarecía vivamente sus deseos de paz, y, al efecto, solicitaba que celebrásemos una conferencia en que pudiéramos ponernos de acuerdo y firmar los preliminares de la paz. Tenía yo dispuesto emprender un movimiento cuyo resultado debería ser el forzar el paso del Fendaq, y, deseoso de no retardarlo, le contesté que si admitía el supuesto de que mis condiciones eran las mismas que ya conocía, y me avisaba la hora de nuestra entrevista antes de las seis y media de la mañana siguiente, la tendría gustoso; pero que, de no avisarme á aquella hora, entendería mi operación. Ya había el ejército batido tiendas y dispuestose á marchar, cuando á toda brida llegaron los comisionados á avisarme que Muley-el-Abbas asistiría á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. Hice disponer una tienda á seiscientos pasos de mis avanzadas para recibirlo, y cuando se aproximó salí á su encuentro, dejando mi cuartel general y escolta á trescientos pasos, y acompañado solo de los generales.

«En la conferencia fueron sucesivamente aceptadas todas las condiciones, con la sola modificación de ser de cuatrocientos millones la indemnización, en vez de ser de quinientos, y que la base relativa á Tánger se había de estipular en artículo secreto. La instancia con que pedía la paz, su elevada condición de califa y la dignidad con que soportó su desgraciada suerte me movieron á rebajar á cuatrocientos millones la indemnización; no me pareció generoso para mi Patria humillar más á un enemigo que, si se reconoce vencido, dista mucho de ser despreciable. Convinimos en celebrar una suspensión de armas á contar de este día, y nos separamos después de firmar ambos los preliminares y el armisticio, que remito á V. E. originales los primeros y en copia el segundo. Hoy emprenderé y llevaré á cabo el movimiento de entrar en mi línea divisoria. Lo que pongo en conocimiento de V. E. para que llegue al de S. M.

«Dios guarde, etc. Campamento de Wad-Rás, 25 de marzo de 1860.—(Firmado:) Leopoldo O'Donnell.»

